

ION

TRAS

ACO

R
4

1177903

5824





A. Rishoj-

Fenelón

AVENTURAS DE TELÉMACO
HIJO DE ULISES

TOMO I



MCMXXXII



FENELÓN

Aventuras de Telémaco

Hijo de Ulises

Versión castellana por F. S. B.

TOMO I



Fondo Bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

5824

MADRID, 1932

ES PROPIEDAD
Madrid, 1932
Published in Spain



Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA
Falleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

Francisco Salignac de la Mothe-Fenelón (1651-1715), preceptor del nieto de Luis XIV de Francia y de los duques de Borgoña, Anjou y Berry, estando confinado en su sede arzobispal de Cambrai, dió cima a la más donosa de sus obras: Suite du IV.º livre de l'Odyssée ou les Aventures de Télémaque, que ofrecemos nuevamente vertida al castellano. La publicación de esta obra en 1699 hizo irrevocable el confinamiento del ilustre clásico francés en Cambrai. Comenzada su edición (1) bajo los auspicios del Real Privilegio, éste fué súbitamente suspendido cuando sólo se habían impreso las 208 primeras páginas del primer volumen, y la obra poco después fué prohibida en todos los dominios del rey de Francia. El motivo de esta persecución no fué otro que haberse sentido ofendida la Corte del «Rey Sol» con la crítica fría, implacable y merecida que supo hacer Fenelón de los defectos de aquellos hombres encumbrados a fuerza de lisonjas, y aun del mismo gobierno del rey, tantas veces desacertado. Fenelón, intensamente patriota, quiso prevenir muchos males, y así hizo hablar do-

(1) París, par Claude Barbin, 1699. Esta edición consta solamente de cinco libros.

nosamente a Mentor, el consejero del joven Telémaco, poniendo en sus labios los más sabios consejos, e inspirándose para ello en los más elocuentes ejemplos de la Historia, contenidos en los libros clásicos griegos y romanos, haciendo revivir en los personajes de leyenda lo que, algunas veces, iba desarrollándose en Versalles. A pesar de la prohibición, publicóse la obra, si bien muy reducida y corregida, obteniendo un éxito clamoroso; en los Países Bajos y en poco menos de un año se imprimieron hasta veinte ediciones. Estas primeras ediciones (1) salieron, desde luego, muy defectuosas, por calcarse en la primitiva, y ésta en manuscritos de segunda mano; por esto fué justamente conceptuada à la fois furtive et incomplète (2). Solamente después de la muerte de Fenelón, ocurrida en 1715, y la de Luis XIV, acaecida seis meses más tarde, púdose publicar la primera edición autorizada, gracias a la providencia del marqués de Fenelón, sobrino del autor (3), poseedor de los manuscritos originales.

Boileau, escribiendo a Brossette, en 10 de noviembre de 1699, recién publicada la primera edición a que hice referencia, decía: «Il a de l'agrément dans ce livre et une imitation de l'Odyssée que j'approuve fort». En efecto, Fenelón tenía un co-

(1) La principal de ellas, par Moetjens, avec préface de l'Abbé Saint Remy (La Haya, 1701).

(2) Fenelón dijo en ella que le échappa par l'infidélité d'un copiste.

(3) Edition conforme a la copie corrigée du manuscrit original (París, 1717).

nocimiento profundo de la Odisea; se la había asimilado de tal manera, que todas las referencias del Telémaco ojrécense frescas y vivas, como si fuesen originales. Por el «Telémaco» se envanece justamente la literatura francesa de poseer en su propia lengua las mismas donosuras del poeta griego. Siguiendo a Dupony, conviene hacer notar que no se redujo Fenelón a la imitación de la Odisea, puesto que en sus Aventures de Télémaque el menos lince notará la imitación de algunas escenas sugestivas de la Eneida (por ejemplo, los amores de Telémaco y Eucaris), de Claudio (como en la descripción de la isla de Chipre), de Herodoto (historias de Tiro y de Sesostris), de Quinto Curcio y de otros. No obstante, la trama del libro es maravillosa, sugestiva y llena de originalidad y encanto.

La obra llena una finalidad eminentemente educativa; Fenelón, en efecto, se propuso escribir un «Espejo de Príncipes» para sus augustos discípulos, y en especial para el duque de Borgoña, y a fe que supo hacerlo a maravilla; inspiróse en lo ajeno, es cierto; pero acuciando la propia imaginación y tejiendo con singular donosura un libro que puede servir para todos los tiempos, que las generaciones leerán siempre con gusto. Fenelón, por boca de Mentor, fué «voz que clamaba en desierto», cuando la Corte francesa seguía a pasos desmesurados el camino de su propio desprestigio, arrastrada por los empedernidos lisonjeadores; mientras el pueblo, empobreciéndose más y más, echaba a voleo en los surcos del terruño abonados con lágri-

mas de sangre la semilla abundosa que había de espigar en los días trágicos de la Revolución.

Las ediciones posteriores de *Las Aventuras de Telémaco* son abundantísimas. Hemos comparado bastantes, notando, por cierto, entre ellas, las más profundas diferencias. Finalmente, hemos aprovechado la más reciente (1930), teniendo a la vista la de 1717 y adaptando la distribución de materias en la forma más corriente.

En el siglo XVIII aparecieron varias imitaciones del *Telémaco*, que se prodigaron en ediciones sucesivas, durante la primera mitad del siglo XIX; entre otras, recordemos, por su importancia, las siguientes: *Cyrus*, de Ramsay (1717); *Sithos*, de Terrasson (1782); *Voyage du jeune Anacharsis* (1788).

En cuanto a la distribución de capítulos, seguimos la denominación tradicional de libros; en cuanto al número de éstos, la tradición no es constante. En la primera edición, furtive et incomplète, solamente figuraron cinco libros (1699); la de *La Haya* (1701) consta de diez; en la del marqués de Fenelón, hecha teniendo a la vista los originales, la obra hállase distribuida en veinticuatro libros (1). Dupouy, en sus notas bibliográficas (2) sobre la más reciente edición, reconoce que la primera edición completa, la de 1717, consta de vein-

(1) Fenelón, *Les aventures de Télémaque. Notices et annotations par Aug. Dupouy, agrégée de l'Université. Bibliothèque Larousse, París*. Dos tomos (207-200 págs.).

(2) Pág. 23, o. c.

ticuatro libros; pero después, contradiciéndose (1) escribe: «La distribution en XXIV livres se trouve dans plusieurs éditions; l'édition de 1717 ne donne que XVIII livres». Indudablemente, esta variedad de capitulación que se observa en las diferentes ediciones de la obra parece que responde a conveniencias editoriales; trátase, en efecto, de un detalle puramente material, mientras no se mutila el texto. Nosotros hemos adoptado la distribución más generalizada, que es la de XXIV libros, repartiéndolos en dos volúmenes; el primero contendrá los diez primeros libros, y el segundo los catorce restantes, menos largos que aquéllos. Al final de cada uno de dichos volúmenes ofrecemos al lector poco avezado en el manejo de los libros clásicos, griegos y romanos, un reducido nomenclátor de las citas aducidas en el texto, para su mejor interpretación.

F. S. B.

Otoño de 1931.

(1) Pág. 26, o. c.

LIBRO PRIMERO

ARGUMENTO: Telémaco, conducido por Minerva, que ha tomado la figura de Mentor, es arrojado por un naufragio a la isla de Calipso. Esta diosa, inconsolable después de la partida de Ulises, acoge favorablemente al hijo del héroe, y concibiendo por él una violenta pasión, le ofrece la inmortalidad si permanece en la isla. Ruégale después que le cuente sus aventuras, y Telémaco le describe su viaje a Pilos y a Lacedemonia, su naufragio en las costas de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado a los manes de Anquises, el auxilio que Mentor y él dieron a Ancestes en una incursión de bárbaros y la generosidad con que este rey manifestó su reconocimiento, dándoles un navío fenicio para que pudiesen retornar a su país.

Tan inconsolable se hallaba Calipso desde que Ulises la dejara, y tal era su desconsuelo, que aun tuvo por desgracia ser inmortal. Ya no henchían su gruta sus dulces cantos, ni las ninfas que la servían atrevíanse a dirigirla la palabra. Acostumbróse a pasear sola por la florida pradera, cuyo inmachito verdor recordaba en la isla una eterna primavera; mas lejos de hallar en la hermosura de aquellos lugares un consuelo a su dolor, despertábale de continuo el recuerdo de aquel Ulises que tantas veces tuvo junto a sí. Con frecuencia quedábase inmóvil frente al mar, que regaba con sus lágrimas, fija la mirada en la ruta a través de las ondas que siguiera el navío de Uli-

ses, hasta que desapareció de sus ojos. De golpe alcanzó a ver los restos de un naufragio reciente, destrozados bancos de remeros, remos esparcidos por la arena, un timón y jarcias que flotaban en la costa; después descubrió más lejos a dos hombres, uno de ellos anciano y otro joven muy parecido a Ulises, puesto que tenía de éste la dulzura y la arrogancia, la estatura y hasta la gravedad del andar. La diosa comprendió que era Telémaco, el hijo del héroe; mas no le cupo descubrir quién fuese el venerable anciano que le acompañaba, porque, si bien la sabiduría de los dioses es infinitamente mayor que la de los hombres, sin embargo, a las divinidades inferiores no les es dado penetrar los arcanos de los dioses supremos; y Minerva, que bajo la figura de Mentor, acompañaba a Telémaco, no quiso que la diosa Calipso la conociera. Esto no obstante, alegróse Calipso del naufragio que había arrojado a su isla al hijo de Ulises, tan parecido a su padre. Y así, dirigiéndose a él, le dijo, como si no le hubiera conocido:

—¿Cómo habéis tenido la temeridad de entrar en mi isla? Sepas, joven extranjero, que nadie entra impunemente en mi imperio.

Con palabras tales creía poder disimular la alegría de su corazón; mas, a pesar suyo, la descubría su semblante.

Telémaco le contestó:

—Quienquiera que seáis, mortal o diosa, porque en viéndoos cabe tomaros por divina, ¿po-

dréis mostraros insensible a la desgracia de un hijo que, entregado a los azares de los vientos y de las ondas en busca de su padre, ha visto estrellarse su navío contra los roquizares de vuestra isla?

—¿Quién es, pues, tu padre?— objetó la diosa.

—¡Ulises! —contestó Telémaco—. Uno de los reyes que, después de un sitio de diez años, asolaron la ciudad de Troya. Por su valor en la guerra y, sobre todo, por la prudencia de sus consejos, es famoso en toda el Asia. Ahora, errante por los mares, ha recorrido los más terribles escollos. Parece que su patria huye de él. Penélope, su esposa, y yo, que soy su hijo, ya perdemos la esperanza de tornarlo a ver. Yo sufro las mismas desventuras, buscándole. Mas, ¿qué digo? Quizá a estas horas ya se halla en los profundos abismos del mar. Muévaos a compasión nuestra desgracia; y si supierais, ¡oh, diosa!, lo que los hados han dispuesto para salvar o perder a mi padre, dignaos decirlo a su hijo Telémaco.

Tan sorprendida y enamorada quedó Calipso de la discreción y cordura del joven, que no acertaba a responderle, ni se hartaba de mirarle.

Por fin, rompiendo el silencio, dijo:

—Yo te haré sabedor de cuanto a tu padre ha acontecido; mas la historia es larga y ahora urge que te repares de tus fatigas. Ven a mi morada y en ella te recibiré como a un hijo; ven, tú serás mi consuelo en esta soledad, y si sabes apreciar la dicha que te preparo, te haré feliz.

Telémaco siguió a la diosa, cuya hermosura

sobresalía entre la muchedumbre de ninfas jóvenes que la acompañaban, tal como, en las selvas desouella la frondosa copa de una encina corpulenta sobre los arbustos que la rodean. Telémaco admiraba aquella singular hermosura, la rica púrpura de su undoso manto, la rubia cabellera prendida con gracioso descuido, el fuego de aquellos ojos y la amabilidad con que templaba su viveza. Mentor les seguía silencioso, con los ojos bajos.

Llegaron a la gruta de Calipso, admirándose Telémaco cuando observó, bajo la apariencia de una simplicidad harto rústica, cuanto servir puede de encanto a los ojos.

No había allí oro, ni plata, ni mármoles, ni columnas, ni cuadros, ni estatuas; la gruta estaba socavada en la misma roca; conchas y rocalla guarnecían sus bóvedas, tapizándola una vid tierna, cuyos sarmientos flexibles se extendían por igual por todas partes. El blando céfiro, más poderoso que los ardientes rayos del sol, dábanle una frescura gratísima. Variedad de fuentes llevaban sus aguas, con sonoro murmullo, por aquellas praderas cubiertas de amarantos y violetas, y sus remansos lucían claros y puros como el cristal; infinidad de florecillas matizaban la verde alfombra de grama que rodeaba a la gruta; y más allá, un espeso bosque de árboles frondosos que daban frutos de oro y cuya flor, renovada siempre en todas las estaciones del año, esparcía la más dulce fragancia. Este bosque sombrío, en

cuya espesura obscura como una noche perennne, impenetrable aun a los rayos del sol, coronaba aquellas praderas; ni se oía en él más que el cantar de los pájaros o el ruido de un arroyo que, precipitándose en cascada desde la altura, deslizábase después por la campiña.

La gruta hallábase situada en la falda de una colina, desde donde divisábase el mar unas veces claro y terso como un espejo, y otras locamente irritado, cuando levantando sus olas como montañas, las estrellaba horrisonamente en las peñas. Por el otro lado fluía un río caudaloso, cuya corriente dividíase a trechos para formar varias islas coronadas de florecidos tilos y erguidos álamos que parecían esconder sus soberbias copas en las mismas nubes. Las diversas corrientes retozaban a su vez por la campiña, ora llevando con rapidez sus aguas de cristal, ora durmiendo en los remansos, ora retrocediendo en su curso, después de largos rodeos, como intentando volver a su origen, sin acertar a dejar el encanto de aquellos lugares. Veíanse en la lejanía colinas y montes cuyas cimas ocultaban las nubes y cuya extraña vista formaba el horizonte más a propósito para recreo de los ojos; los más inmediatos estaban cubiertos de vides, cuyos verdes pámpanos no acertaban a cubrir los sabrosos frutos, cuyo peso agobiaba a los sarmientos; la higuera, el olivo, el granado y todos los demás árboles agradables amenizaban la campiña, haciendo de ella un jardín delicioso.

Después que Calipso hubo enseñado a Telémaco todos estos portentos de la Naturaleza, le dijo:

—Ven conmigo, Telémaco, y descansarás, pues tu ropa está mojada y ya es tiempo de que la cambies por otra. Después nos veremos de nuevo y contarte he cosas que llenarán de ternura tu corazón. Y mientras así le hablaba, conducía Calipso a sus huéspedes a lo más hondo de una gruta contigua a la suya, donde las ninfas habían cuidado de encender lumbre de leña de cedro, cuyo suave aroma saturaba el ambiente; y no se olvidaron tampoco de dejar nuevos vestidos para sus huéspedes.

Telémaco sintió el placer que naturalmente sentiría cualquier joven a quien ofrecieran una túnica de lana fina, más blanca que la misma nieve y un rico manto de púrpura bordado de oro.

Pero Mentor, a quien no se ocultaba lo que Telémaco sentía en su interior, díjole gravemente:

—¿Por ventura son dignos del hijo de Ulises estos pensamientos tuyos? ¡Harto mejor fuera que pensaras en hacerte digno de la buena fama de tu padre y en resistir a la fortuna que te persigue! Porque el joven que gusta engalanarse livianamente como una mujer, indigno se hace de la sabiduría y de la gloria, que sólo se deben al que acepta los trabajos y desprecia los placeres.

—¡Antes los dioses apaguen mi vida —contestó Telémaco— que permitir que se apodere

de mi corazón la molicie y la voluptuosidad! No; jamás el hijo de Ulises se rendirá a los hechizos de una vida regalona y afeminada. Mas, ¿no debemos dar gracias a los cielos, puesto que nos deparan esta diosa, o esta mortal, después de nuestro naufragio?

—Teme —replicó Mentor— no te colme de males; teme a sus halagos engañosos, más aún que a las peñas donde se estrelló tu nave. Si; ¡témelos! Porque el naufragio y la misma muerte son menos temibles que los placeres que asaltan a la virtud. Guárdate de prestar oídos a cuanto la diosa te diga. No dejes de estar sobre ti. Mira que la juventud es presuntuosa; todo se lo promete y cree cuanto puede, y estima que nada debe temer. Guárdate de sus insinuaciones lisonjeras; teme la oculta ponzoña, desconfía de ti mismo y nada hagas sin mis consejos.

Luego se presentaron de nuevo a Calipso, que ya les aguardaba. Las ninfas, trenzado el cabello y vestidas de blanco, sirviéronles una comida sencilla, pero exquisita por su limpieza y buen gusto. No se les ofreció otra carne que la de las aves cogidas en sus redes o de las bestias cazadas con sus dardos; el vino, más dulce que el néctar, de que rebosaban las grandes vasijas de plata, era escanciado en copas de oro orladas de flores; las frutas fueron aquellas que la primavera ofrece y ofrenda el otoño. Mientras comían, cuatro de las ninfas cantaron primero las guerras de los

dioses con los gigantes; después los amores de Júpiter y de Semele; el nacimiento de Baco y su educación por el anciano Sileno; la carrera de Atalanta y de Hipómenes, que la venciera valiéndose de las manzanas de oro cogidas en el jardín de las Hespérides, y, por último, la guerra de Troya, glorificando los triunfos y la prudencia de Aquiles. La primera de las ninfas, llamada Leucothoe, acompañaba con su lira las dulces voces de sus compañeras.

Cuando Telémaco oyó el nombre de su padre, no pudo contener el llanto, y las lágrimas corrieron abundosas por sus mejillas, dando realce a su hermosura. Y en esto, viendo Calipso que Telémaco no podía comer, porque el dolor le oprimía el corazón, hizo una señal a las ninfas y éstas cantaron el combate de los Centauros y los lápitas y la bajada de Orfeo a los infiernos, para libertar a Eurídice.

Acabada la comida, la diosa atrajo aparte a Telémaco y le habló de esta manera:

—Bien sabes, ¡oh, hijo del gran Ulises!, la benevolencia con que te he acogido; sabe también que soy inmortal y castigo al que tiene el atrevimiento de entrar en esta isla. Ni aun tu naufragio te disculpara; nada fuera bastante para librarte de mi enojo, si yo de antemano no te amase. La misma fortuna cupo a tu padre; mas él no supo aprovecharse de ella. Largo tiempo le detuve aquí; en su mano estaba vivir la vida inmortal, pero pudo más en él la obstinada pa-

sión a su miserable patria, despreciándolo todo por Itaca, que no ha logrado volver a ver.

Obstinado en dejarme, marchóse de aquí; pero me vengó una tempestad que sepultó su nave bajo las olas, después de haber jugado con ella mucho tiempo los vientos. De escarmiento te sirva su funesto ejemplo. Y así, puesto que su naufragio no te deja ni la esperanza más remota de tornar a verle, ni de reinar en Itaca, sírvate de consuelo de su pérdida haber hallado a una diosa dispuesta a hacerte feliz, y en esta isla un reino que ella misma te ofrece.

Y siguió hablándole largamente, pintando con delicadeza los placeres de que disfrutó Ulises en su compañía. Le contó las aventuras que le sucedieron en la caverna del cíclope Polifemo, y con Antífates, rey de los Lestrigones; lo que le sucedió en la Isla de Circe, hija del Sol y el riesgo que corrió entre Scila y Caribdis. Contó por último la tempestad postrera que moviera Júpiter contra él al dejarla, y para que se persuadiese que en ella había perecido Ulises, le ocultó su llegada a la isla de los Feacios.

Desde luego Telémaco se había entregado con demasiada ligereza a la satisfacción de verse bien tratado por Calipso; mas al fin descubrió los artificios de la diosa y la prudencia de los consejos de Mentor; y así la contestó secamente:

—Disculpadme, ¡oh Diosa!, el sentimiento que me embarga; mi acerbo dolor solamente me da lugar a llorar y sentir. Quizá más adelante me

hallaré más capaz de disfrutar de la felicidad que me ofrecéis. Vos sabéis mejor que yo cuánto Ulises merece ser llorado.

Así las cosas, no atrevióse Calipso a instar más; antes al contrario, fingió tomar parte en su pena y llorar con Telémaco la desventura de Ulises; pero sin echar en olvido su plan, para ganarse el corazón de Telémaco, le preguntó cómo había naufragado y cuáles fueron sus aventuras antes de llegar a las riberas de su isla.

—La historia de mis infortunios —contestó Telémaco— se os haría demasiado pesada.

—¡De ninguna manera! —contestó la diosa—. Estoy ansiando conocerla; no difieras referírmela.

De este modo le insistió tanto, sin poder resistirla, que Telémaco comenzó a hablarla de la siguiente manera:

—Salí de Itaca con el fin de interrogar sobre mi padre a los otros reyes que estuvieron en el sitio de Troya. La noticia de mi partida sorprendió no poco a los que iban detrás de mi madre, Penélope; yo habíala ocultado con el mayor cuidado, porque conocía de antemano su perfidia. Llegué a Pilos, hablé con Néstor y pasé a la Lacedemonia, donde Menelao me recibió con el mayor cariño; ni éste, ni el primero supieron decirme si mi padre era vivo o muerto. Cansado de dudas, resolví partir para Sicilia, adonde entendía pudo ser arrojado por algún temporal; pero el sabio Mentor, aquí presente, se opuso a

mi designio temerario, representándome la crueldad de los cíclopes, gigantes monstruosos, devoradores de hombres y lo que sucedió a la armada de Eneas y de los troyanos cuando navegaban por aquellas marinas. «Los troyanos —decíame— aborrecen de muerte a los griegos, y la sangre que con mayor gusto derramarían sería la del hijo de Ulises. Este es mi consejo: vuélvete a Itaca, adonde tu padre vuelva quizá al mismo tiempo que tú, porque los dioses le aman; o, en el caso que se haya decretado su ruina, o que no pueda retornar a su patria, ve tú a vengarle, a libertar a tu madre, haciendo de modo que los pueblos admiren tu sabiduría y que toda la Grecia vea en ti a un rey tan digno de serlo como el mismo Ulises.»

Desgraciadamente no tuve la prudencia y el ánimo tan dócil como precisaba para reconocer y seguir los saludables consejos de Mentor; únicamente atendía a los influjos de mi pasión. No obstante, el sabio Mentor, que me ama tanto, no dudó acompañarme en tan temerario viaje, aun habiéndolo emprendido contra su parecer. Sin duda los dioses permitiéronme caer en esta falta para que aprendiese a corregir mi presunción.

Calipso, mientras hablaba Telémaco, no apartaba la vista de Mentor, como si descubriera en él algo de divino, y permaneció en su presencia, no acertando a declarar sus confusas ideas sobre el desconocido, presa de temor y desconfianza.

Mas recelando que su turbación pudiera traslucirse, rogó a Telémaco que continuase su historia. E hizolo éste de la siguiente manera:

—El viento nos fué favorable largo trecho en la ruta hacia Sicilia; luego una obscura tempestad ocultó el cielo a nuestra vista, sumiéndonos en la noche; a la luz de los relámpagos pudimos divisar otras naves que corrían el mismo riesgo que la nuestra, y para mayor desconcierto descubrimos que aquéllas eran las naves de Eneas, más terribles para nosotros que los mismos escollos. Entonces conocí, tardíamente, con cuanta imprudencia me había dejado llevar del ardor de mi juventud.

En medio de estos peligros, Mentor manteníase firme e intrépido, y aun más alegre que de costumbre. Mentor me animaba, y yo comencé a sentir el valor invencible que me iba infundiendo. Cuando el piloto se hallaba anonadado, Mentor con toda serenidad iba dando todas las órdenes. Entonces le dije:

—Mi querido Mentor. ¿Por qué rehusé tus consejos? ¿Cuán desgraciado soy por no haber seguido más que mi loco albedrío en una edad en que no se puede prever el futuro, ni se tiene experiencia del pasado, ni moderación para guiar el presente! Si lográsemos vencer estos peligros, en adelante desconfiaría de mí, como de un enemigo. Solamente tus consejos seguiré en adelante.

Mentor me contestó, sonriendo:

—No quiero reprender la falta que has cometido. Tienes bastante con conocerla y ojalá te enseñe a moderar tus ansias; porque después que pase el peligro te estimulará de nuevo la presunción. Mas al presente lo que conviene es tener valor. Antes debías haber visto el peligro y temerle en vez de arrostrarlo; mas ahora, estando en él, lo que debes hacer es despreciarle. Así que debes mostrarte como un digno hijo de Ulises, poniendo el corazón sobre los riesgos que te amenazan.

—Tanta afabilidad y tanto valor me dejaron sorprendido; pero más aún me admiró la industria de que usó para librarnos de los troyanos. Despejándose poco a poco el cielo, era fuerza que reconocieran nuestra nave; mas habiendo observado Mentor que una de las de Eneas, algo separada de las demás, se parecía bastante a la nuestra, teniendo empero su popa adornada con una guirnalda de flores, mandó adornar la popa de nuestra nave de un modo semejante, y el mismo Mentor ató la guirnalda con cintas de los mismos colores que los de la contraria, ordenando a nuestros remeros que se ocultasen lo posible tendiéndose a lo largo de los bancales, a fin de no ser reconocidos por los enemigos. Así pudimos pasar entre las naves enemigas, mientras que sus tripulantes, en viéndonos y creyendo que éramos los compañeros que creían perdidos, lanzaban gritos de alegría. El mar nos obligó, bien a pesar nuestro, a navegar largo trecho con ellos,

pero, al fin, conseguimos quedarnos atrás; y mientras el soplo de los vientos los empujaban a ellos hacia las costas de Africa, nosotros, a fuerza de remos, nos dirigimos a las costas de Sicilia. Llegamos a ellas, pero, por nueva desgracia, nos encontramos con otros troyanos, igualmente enemigos de los griegos, vasallos del anciano Acestes, originario de Troya y rey de sus islas. En cuanto arribamos a la playa, creyendo los habitantes de la ribera que éramos enemigos armados que íbamos a sorprenderlos o a apoderarnos de sus tierras, embistieron furiosamente contra nosotros, incendiando nuestra nave y pasando a cuchillo a nuestros compañeros, reservándonos a Mentor y a mí con el fin de descubrir nuestros designios. Nos ataron las manos detrás y fuimos conducidos a la ciudad para presentarnos a Acestes. Nuestra muerte se iba defiriendo, para que sirviese de espectáculo a aquel pueblo cruel, que ya sabía éramos griegos. Cuando llegamos a la presencia de Acestes tenía éste en sus manos el cetro de oro y estaba administrando justicia a sus pueblos, preparándose para los sacrificios. Preguntónos severamente de dónde éramos y cuál era el objeto de nuestro viaje. Mentor, adelantándose, respondió:

—Venimos de las costas de la gran Hesperia y nuestra patria no dista mucho de ellas—así evitó nombrar nuestra patria.

—Acestes no quedó satisfecho con esta respuesta; pero sin dar lugar a más explicaciones

nos hizo conducir a un bosque inmediato para que sirviésemos allí en calidad de esclavos bajo los pastores que guardaban sus rebaños. Esta vil condición me horrorizó y, no pudiendo contenerme, dije:

—¡Oh, rey! Dadnos la muerte antes que tratarnos con tanta ignominia. Sabed que yo soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de los itacenses, que ando buscándole por estos mares; mas si no puedo tener la dicha de hallarle, ni la de volver a mi patria, ni es posible evitar la esclavitud, quítame esta vida que se me haría insoportable.

No bien hube dicho esto, cuando la muchedumbre gritó:

—¡Muera el hijo del cruel, cuyos artificios destruyeron la ciudad de Troya!

Y el mismo Acestes dijo:

—Telémaco, yo no puedo negar tu sangre a los manes troyanos que precipitó tu padre por las riberas del negro Cocito. Morirás, pues, juntamente con el que te acompaña.

Al mismo tiempo un anciano propuso al rey que fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises. «Su sangre — decía — será grata a la sombra de aquel héroe y, ¡cuánta no será la gratitud y el reconocimiento de Eneas cuando sepa que tanto amáis lo que él más apreciaba en este mundo!»

Todo el pueblo aplaudió y no pensóse ya sino en el sacrificio. Nos condujeron al sepulcro de Anquises, donde se habían erigido dos altares,

sobre los cuales ardió pronto el fuego sagrado. La espada sacrificial ostentábase a nuestra vista; habíamos sido coronados de flores; nadie tenía compasión de nosotros. Nuestra suerte estaba decidida. Mas he aquí que Mentor pidió tranquilamente la gracia de hablar al rey y, lograda, le dice:

—¡Acestes! Puesto que la desgracia del joven Telémaco, que nunca tomó las armas contra los troyanos, no os mueve a piedad, muévaos al menos vuestro propio interés. Por la sabiduría que alcanzo de los presagios y de la voluntad de los dioses sé que antes de tres días os han de acometer unos pueblos bárbaros que, como torrentes encrespados, bajarán de lo alto de la sierra, inundarán vuestra ciudad y talarán el país. Preveníos, pues; armaos y no perdáis momento en poner a resguardo de vuestras murallas los ingentes rebaños que tenéis en el campo. Si mi predicción resulta fallida, podréis sacrificarnos dentro de tres días; mas si, por el contrario, saliese cierta, reflexionad cuán injustamente sería quitar la vida a quienes defienden la vuestra.

Las cosas que Mentor había pronosticado y la serenidad de aquel hombre, que jamás había observado en ningún otro, mucho admiraron a Acestes. Y así las cosas, le contestó:

—Bien veo, extranjero, que los dioses que tan poca fortuna os otorgan, os han dado en recompensa una sabiduría, que es preciso apreciar más que todos los tesoros.

Habiendo dicho esto mandó suspender el sacrificio, apercibiéndose con presteza contra la invasión pronosticada por Mentor. Adondequiera que mirásemos veíamos mujeres trémulas, ancianos encorvados y niños llorosos que iban a refugiarse entre los muros de la ciudad. Las yuntas, mugiendo, y balando las ovejas, dejaban los pastos abundosos y se venían en grandes rebaños a la ciudad, donde no había suficientes establos para ellos. Las gentes se atropellaban, desconcertadas, y henchía el ambiente un confuso rumor. El amigo, buscando a su amigo, abrazaba al desconocido, y otros corrían sin saber adónde; todo era confusión y asombro. Pero los magnates de la ciudad, teniendo por cordura desconfiar de Mentor, les trataban como a impostores que hicieran la falsa predicación con objeto de salvar su vida. Mas en el crepúsculo del tercer día, y cuando los magnates estaban más satisfechos de su modo de apreciar los augurios, se vió que por las vertientes de los cercanos montes bajaba una multitud infinita de bárbaros armados; feroces himerios y gentes que sentaban sns cabañas en los montes Nebrodes y en las cumbres del Acagras, donde reina un invierno que nunca templaron los céfiros. Como los próceres desoyeron las predicciones de Mentor, perdieron sus esclavos y sus rebaños. El rey, viendo cómo se habían cumplido los pronósticos, dijo:

—Quiero olvidarme de que sois griegos, porque nuestros enemigos de antes hoy han sido para

nosotros nuestros más fieles amigos. Los dioses os han enviado para salvarnos; así, espero de vuestro valor que os apresuréis a socorrernos con la sabiduría de vuestros consejos.

La valentía que manifestaban los ojos de Mentor llenaba de admiración a los más aguerridos combatientes; armóse de escudo, yelmo, espada y lanza, ordenó las tropas de Acestes y, poniéndose a su frente, avanzó ordenadamente contra el enemigo. Acestes, aunque muy valiente, no podía seguirles sino de lejos, por causa de su mucha ancianidad. Yo seguía a Mentor de cerca; pero mi valor se hallaba muy distante del suyo; su coraza bien parecía, en medio del combate, la inmortal *égida*; donde caían sus golpes, caía la muerte. Semejante a un león de Numidia que, acosado por el hambre, entra en el redil de las mansas ovejas y allí despedaza, degüella y nada en sangre, huyendo despavoridos los pastores para librarse de su furor, tal sucedía con la acometida de Mentor. Y así, los bárbaros, pensando sorprender la ciudad, quedaron sorprendidos y mal parados. Los vasallos de Acestes, animados con el ejemplo y las palabras de Mentor, manifestaron aquel día un valor que ni habrían soñado. Yo derribé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo; era de mi edad, pero mucho más alto que yo, porque aquel pueblo es de casta de gigantes, descendientes de cíclopes; éste tal me despreciaba por débil, pero yo, sin que me arredrase su prodigiosa fuerza ni su aspecto salvaje

y brutal, llegué a atravesarle con mi lanza, haciéndole vomitar la vida con un torrente de sangre negra. Poco faltó para que no me aplastase con su caída; tal era su peso y el de la armadura que el ruido que hizo al caer resonó hasta los montes; tomé entonces sus despojos y me incorporé con Acestes. Después del desorden causado por Mentor los enemigos huyeron, destrozados, hasta los bosques. Hechos tan felices como inesperados hicieron que se mirase a Mentor como a un hombre amado e inspirado por los dioses; Acestes, agradecido, nos advirtió el peligro que corríamos si las naves de Eneas volvían a las costas de Sicilia; y para que pudiésemos retornar a nuestra patria nos dió un navío y, colmándonos de presentes, nos aconsejó que partiésemos cuanto antes. Tampoco quiso darnos piloto y remeros de su gente, para no exponerlos cuando llegásemos a la costa de Grecia; pero, en cambio, nos dió unos mercaderes fenicios que, por traficar con todos los pueblos del mundo, nada tenían que temer, encargando a éstos a su vez de devolverle el navío después de dejarnos en Itaca. Pero los dioses, burlándose de los designios de los hombres mortales, quisieron que nos aguardasen nuevos peligros.

LIBRO II

ARGUMENTO: Telémaco fué cogido por la armada de Sesostris en el navío sirio y llevado cautivo a Egipto; pinta la hermosura de aquel país y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo y enviado a Etiopía y que él mismo se vió reducido a guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló, enseñándole a que imitase a este dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta que, sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar y, persuadido de su inocencia, le prometió restituírle a Itaca; pero que la muerte del rey le volvió a sumergir en nuevas desgracias y que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los tirios.

La altivez de los tirios había irritado a Sesostris *el Grande*, rey de Egipto y conquistador de muchos reinos. Porque tanto se habían engraido con las riquezas acaparadas con motivo de su comercio y con la seguridad que les ofrecía la inexpugnable Tiro, que le negaron el tributo que les impuso al retorno de sus conquistas, y hasta habían provisto de tropas a su hermano, el cual había intentado asesinarle entre los regocijos de un festín. Sesostris, queriendo abatir tanto orgullo, interceptó el comercio en todos los mares, enviando sus escuadras contra los navíos fenicios. Nosotros dimos con una de las flotas egipcias cuando apenas habíamos perdido de vista

las montañas de Sicilia y alejábanse de nosotros el puerto y la tierra, como hundiéndose en el mar. Los navíos egipcios, entretanto, venían a nuestro encuentro como una ciudad flotante. Los fenicios quisieron alejarse; pero en balde, porque los navíos contrarios eran más veloces que los nuestros, les favorecían las auras y estaban mejor tripulados de remeros, y así, abordándonos, nos apresaron y nos llevaron prisioneros a Egipto.

En vano nosotros quisimos hacerles presente que no éramos fenicios, porque apenas se dignaron oírnos; sólo pensaban en el valor de su presa, pues comerciaban con esclavos. Pronto alcanzamos a ver las aguas del mar emblanquecidas por mezclarse con las aguas dulces del Nilo, y vimos también las costas de Egipto, casi tan bajas como el mismo mar. Poco después arribamos a la ciudad de No y desde allí bajamos, por el Nilo, hasta la de Menfis. Si el dolor de nuestro cautiverio no nos hubiese hecho insensibles, seguramente hubiésemos gozado contemplando la tierra del Egipto, siempre fértil y bien cultivada, como el jardín más hermoso, regada por infinidad de canales; por doquiera que tendiésemos la vista se ofrecían a nuestros ojos opulentas ciudades y alquerías hermosamente situadas; llanuras que, durante todo el año, se cubren de espigas doradas, sin descansar jamás; prados donde pacen infinitos rebaños; labradores enriquecidos con las abundantes cosechas del rico suelo; pastores que hacían repetir los dulces acordes de sus carami-

llos y zamponas a los ecos de aquellos contornos. ¡Feliz —decía entonces Mentor— el pueblo gobernado por un rey sabio! Porque vive en la abundancia, en medio de la felicidad y ama al autor de su prosperidad. Así es —me decía— como debes reinar y causar alegría a tus súbditos, si es que algún día quiere el hado que llegues a poseer el reino de tu padre. Amalos como a tus propios hijos y te complazca ser amado de ellos, haciendo de modo que cuando gocen de los dones preciosos de la paz y de la alegría se acuerden de que es de un buen padre de quien los reciben. Los reyes que sólo piensan en hacerse temibles y obtener por medio de la opresión la obediencia, son un azote para el género humano; quizá logren ser temidos, como es su deseo, mas también son aborrecidos y detestados, de modo que es menos lo que de él tienen que temer sus vasallos de lo que ellos han de temer de éstos.

—No es tiempo ahora —contestó Telémaco— de pensar en las máximas que me induzcan a reinar bien, porque Itaca ya no existe para nosotros; No volveremos a ver a nuestra querida patria ni a mi madre Penélope. Y aun cuando volviese Ulises cubierto de gloria, ni él tendría la satisfacción de verme ni yo de obedecerle para aprender a mandar. Muramos, mi querido Mentor, que es en lo único que cabe pensar, puesto que los dioses no tienen piedad de nosotros.

Así hablaba yo, con voz entrecortada por los suspiros. Pero Mentor, que sólo temía a los ma-

les antes de que llegasen y nunca estando en ellos, exclamó:

—¡Eres un hijo indigno del sabio Ulises! ¿Qué es esto? ¿Así te humilla la desgracia? Sepas que ha de llegar un día en que retornarás a tu Itaca y verás a Penélope; sepas que también verás al invencible Ulises cubierto de gloria que, con sus infortunios, te quiere adoctrinar para que no te abatas nunca. Grande sería su desconsuelo si supiese, allá en las lejanas tierras adonde le trujo la borrasca, que su hijo no sabía imitar ni su paciencia ni su valor; esta nueva cubriríale de vergüenza, porque le sería más sensible que cuantas desgracias ha sufrido.

Después me hizo fijar en la alegría y la abundancia de las tierras del Egipto, donde se cuentan hasta veintidós mil ciudades, y donde causa admiración la buena policía, la justicia administrada al rico en favor del pobre, la buena educación de los jóvenes, a quienes se acostumbraba a la obediencia, al trabajo, la sobriedad, y al amor a las artes y a las letras; la exactitud en la liturgia religiosa, el desinterés, el ansia de honra; la fidelidad entre los hombres y el temor de los dioses, que cada padre inculca a sus hijos. Mentor no se cansaba de admirar orden tan excelente.

—Feliz—me decía a cada momento— el pueblo así gobernado por un rey sabio, y más feliz, si cabe, el rey que sabe proporcionar tanta felicidad a sus pueblos y que sólo fundamenta la suya en sus propias virtudes. Un rey así tiene sujetos a los

hombres con un vínculo más fuerte que el del miedo, cual es el vínculo del amor. Y reina en los corazones, y los vasallos, lejos de desear su muerte, temen perderle, y darían gustosamente su vida por él.

Yo escuchaba con atención cuanto Mentor me decía, y a medida que me iba hablando renacía en mí el valor perdido.

En cuanto llegamos a Menfis, que es una opulenta y hermosa ciudad, el gobernador ordenó que fuésemos a Tebas para ser presentados al rey Sesostris, puesto que éste quería tratar las cosas por sí mismo, ni olvidaba su resentimiento de los tirios. Y así proseguimos nuestro viaje, navegando por el Nilo hasta Tebas, la famosa ciudad de las cien puertas, corte de aquel gran rey. Su ámbito nos pareció enorme y mucho más poblada que nuestras ciudades griegas. El aseo de sus calles era admirable, lo mismo que el curso de sus aguas, la comodidad de sus baños, los templos de mármol y su arquitectura sencilla, pero majestuosa. El palacio del rey era grande como una ciudad, no viéndose en él sino columnas de mármol, pirámides y obeliscos, estatuas colosales y muebles de oro y plata maciza.

Nuestros apresadores manifestaron al rey que habíamos sido hallados en un navío fenicio. Este rey tenía señaladas ciertas horas cada día para oír a los vasallos que quisieran hablarle o quejarse de algo; a ninguno despreciaba ni desechaba, porque tenía la íntima persuasión de que sólo era

rey para hacer bien a todos, y a todos sus vasallos amaba como si fuesen hijos suyos. Recibía a los extranjeros con agrado y gustaba de verlos, conociendo que siempre se puede aprender algo de utilidad imponiéndose de sus usos y costumbres. Esta curiosidad del rey más que otra cosa fué causa de que nos llevasen a su presencia. Lo hallamos sentado en un trono de marfil, teniendo en la mano un cetro de oro; era ya anciano, agradable, ungido de majestad y duzura. Diariamente administraba justicia a sus pueblos, con una paciencia y sabiduría que no necesitaban de lisonja para ser admiradas. Después de ocupar toda la mañana en el despacho de los negocios y en la exacta administración de la justicia, ocupaba las tardes escuchando a los sabios o conversando con los varones más virtuosos, que sabía elegir sabiamente. Lo único que se le pudiera censurar era haber triunfado durante todo el curso de su vida con demasiado fausto de los reyes vencidos y haberse confiado demasiado al influjo de uno de sus súbditos, cuyo carácter describiré muy pronto. En viéndome el rey se compadeció de mis pocos años; me preguntó cuál era mi nombre y mi patria, y pudimos apreciar, admirados, que la sabiduría hablaba por su boca.

—Gran rey —le dije—; seguramente tenéis noticias del sitio de Troya, que duró diez años, y de su ruina, que tanta sangre costó a Grecia. Mi padre, Ulises, fué uno de los reyes que más contribuyeron a la expugnación de aquella ciudad; mas

ahora anda errante por los mares sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Así le iba buscando yo, cuando una desgracia parecida a la suya me hizo caer prisionero. Os ruego que me restituys a mi padre y a mi patria; así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos y hagan apreciar dignamente a vuestros súbditos la felicidad de vivir bajo la tutela de tan buen padre.

Sesostris me miraba con ojos compasivos, pero como queriendo comprobar si era verdad lo que le había manifestado; nos envió a uno de sus ministros para que se informase, por nuestros aprehensores, si efectivamente éramos griegos y no fenicios. Porque decía: «Si son fenicios, merecen doble castigo, por ser enemigos y por su impostura; mas si fuesen griegos, quiero tratarles con benignidad y retornarles en una de mis naves a su patria. Soy afecto a la Grecia porque muchos egipcios han dado leyes en ella. Tengo noticias del valor de Hércules; la gloria de Aquiles se ha extendido hasta nosotros y admiro cuanto me han contado de la sabiduría de Ulises y, además, es mi gusto auxiliar a la virtud desgraciada».

El ministro a quien el rey comisionara tenía un alma negra y artificiosa, en el mismo grado que era sencilla y generosa la de Sesostris. Metofis, que así se llamaba este ministro, nos hizo varias preguntas, intentando sorprendernos; y como viese que Mentor respondía más discretamente que yo, le miraba con desconfianza y aversión, porque es propio de los malvados irritarse contra

los buenos. Y así, nos separó, y desde aquel momento no supe nada más de Mentor.

Esta separación fué para mí un golpe fatal. Esperaba Metofis hallarnos en contradicción, preguntándonos separadamente, y quiso además deslumbrarme con lisonjeras promesas y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. Así que no buscaba de buena fe la verdad, sino un pretexto para poder decir al rey que éramos fenicios, a fin de podernos reducir a la esclavitud. Y, en efecto, a pesar de nuestra inocencia y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.

¡A cuánto no están expuestos los reyes! Aun los más sabios son a veces sorprendidos en su buena fe cuando se rodean de hombres artificiosos e interesados; entonces los buenos se retiran (porque no son ni entrometidos ni lisonjeros), esperando que se les busque, y los príncipes no saben buscarlos. Al contrario, los malvados son atrevidos y engañosos: se insinúan, procuran agradar, son diestros en el disimulo y prontos a hacer cuanto se quiera contra el honor y la conciencia, a fin de satisfacer las pasiones del que gobierna. ¡Cuán desgraciado es el rey exponiéndose a los artificios de los perversos! Si no desecha la lisonja, si no ama a los que tienen el valor de decirles la verdad, pueden darse por perdidos. Tales eran las reflexiones que me hacía en la desgracia, recordando las enseñanzas de Mentor.

Con esto, Metofis me envió con sus esclavos a

los montes del desierto de Oasis a guardar parte de sus numerosos rebaños.

Aquí había llegado Telémaco cuando Calipso le interrumpió para preguntarle:

—Y tú, que en Sicilia habías preferido la muerte a la esclavitud, ¿qué hiciste en esta nueva ocasión?

—Mi desgracia iba siendo mayor —contestó Telémaco—; yo no tenía ni siquiera el triste consuelo de poder escoger entre la esclavitud y la muerte; me era forzoso ser esclavo y apurar los rigores de la fortuna. Había perdido toda esperanza; no acertaba a decir nada para librarme. Después me ha contado Mentor que le vendieron a unos mercaderes etíopes y que éstos le llevaron a Etiopía. En cuanto a mí, llegué a los horrorosos desiertos cubiertos de encendidos arenales, situados entre altivos montes, en cuyas cumbres la nieve eterna perpetúa en ellas el invierno; solamente entre las rocas y en las vertientes de estos abruptos montes se hallaba algún pasto para el ganado. Los valles son allí tan profundos que apenas conseguía el sol filtrar en ellos sus rayos. En estos países sólo hallé pastores y montaraces. Pasaba las noches llorando mi desventura y los días cuidando de un rebaño, procurando evitar el furor de un esclavo principal, llamado Butis, que, con la esperanza de recobrar su libertad, acusaba sin cesar a los demás para hacer resaltar el afecto y adhesión al dueño. Así tuve que rendirme a la desgracia. Cierta día, oprimido por el dolor,

me olvidé de mi rebaño y me tendí sobre la hierba junto a una caverna, esperando la muerte, porque se me hacía imposible soportar por más tiempo la amargura. Pero en el mismo instante advertí que todo el monte se estremecía, como que se desgajasen los pinos y las encinas de las cumbres; los vientos estaban suspensos, cuando de la caverna salió una voz fuerte que me dijo las siguientes palabras: «¡Hijo del sabio Ulises! Es preciso que la paciencia te engrandezca. Los príncipes que no han gustado más que la felicidad, son bien poco dignos de serlo, porque la molicie llega a corromperles y el orgullo a embriagarles. ¡Dichoso tú si aciertas a superar tus desgracias y las tienes siempre presentes! Volverás a tu Itaca y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes a los demás hombres, acuérdate de que has sido débil, que te has visto pobre y amargado como ellos; complácete en aliviarlos, ama a tu pueblo, detesta la lisonja y sabe que la grandeza corre parejas con la moderación y el poderío con el vencimiento de las propias pasiones».

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, haciendo renacer en él el valor y la alegría. Ya no sentí más aquel miedo que eriza los cabellos y hiela la sangre en las venas cuando los dioses se manifiestan a los mortales. Me levanté tranquilo de aquel sitio y, poniéndome de rodillas, adoré a Minerva, a quien atribuí el oráculo, y me sentí convertido en un hombre nuevo; la sabiduría iluminaba mi corazón y me

sentía fuerte para reprimir las pasiones y contener los ímpetus de mi juventud. Me granjeé el afecto de los demás pastores, y mi docilidad, mi paciencia y el exacto cumplimiento de mi deber llegaron a ablandar al cruel Butis, que tan mortificado me tenía.

A fin de soportar más fácilmente el peso de la esclavitud y de la soledad en que vivía, busqué algunos libros, porque me rendía la tristeza por falta de instrucción que alimentase y animase mi entendimiento. ¡Felices, me decía a mí mismo, aquellos a quienes los placeres violentos disgustan y saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que hallan la diversión instruyéndose y se complacen en cultivar su talento en las ciencias! ¡Adondequiera les arroje la fortuna siempre tienen consigo en qué ocuparse, porque el tedio que abate a los demás hombres, aun en medio de sus placeres, es desconocido para los que se dedican a la lectura! ¡Felices mil veces los que gustan de leer y no están privados de libros!

Con tales pensamientos me iba internando en un bosque sombrío cuando, sorprendido, di con un anciano que tenía un libro en la mano. Su frente era ancha y surcada de arrugas; su barba era cana y luenga, llegándole hasta la cintura; su estatura elevada y llena de majestad; su tez conservábase aún fresca y sonrosada; sus ojos eran vivos y penetrantes; su voz, suave y sus palabras vivas y cariñosas; en fin, nunca hallé un

anciano más venerable. Llamábase Termósolis y era sacerdote de Apolo, a quien servía en un templo marmóreo que los reyes del Egipto le habían consagrado. El libro que tenía entre sus manos era una colección de himnos en loor de los dioses. Acercóse a mí cariñosamente y entramos en conversación; contaba las cosas pasadas con tanta viveza que bien parecía que las estaba viendo y tan agradablemente que no me cansaba de oírle. El conocimiento profundo que de los hombres tenía y de los designios de que son capaces le permitía prever el porvenir. A pesar de su gravedad, mostrábase jovial y agradable más aún que la festiva juventud, que no arranca las simpatías como la ancianidad de este hombre singular. Así es que amaba a los jóvenes con tal que fuesen dóciles e inclinados a los hábitos virtuosos. Me tomó mucha inclinación y me dió libros que me consolasen. Me llamaba hijo suyo, y yo le decía a menudo: «Padre mío, los dioses me quitaron a Mentor; pero han tenido piedad de mí, dándome en vos un tan gran apoyo». Este hombre, semejante a Orfeo o a Lino, sin duda estaba inspirado por los dioses. Me recitaba los versos que había compuesto y me daba los de muchos poetas queridos de las musas. Cuando se cubría con su ancho manto, que era de una nítida blancura, y tomaba en sus manos su lira de marfil, los tigres, los leones y los osos acudían, le halagaban y le lamían los pies; los sátiros salían de las selvas para bailar en torno de él; los árboles como que se conmovieran,

y hasta creyera que los roquizares altivos, enternecidos a su canto, fuesen a bajar de las cumbres, atraídos por los encantos de sus dulces conceptos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes y la sabiduría de los hombres que posponen los placeres a la gloria.

Con frecuencia me animaba, inspirándome confianza en los dioses, que no abandonarían ni a Ulises ni a su hijo. Me persuadió que enseñase a los pastores, siguiendo el ejemplo de Apolo, a cultivar las musas, diciéndome que este dios, indignado porque Júpiter había turbado, con sus rayos, el cielo en días serenos, determinó vengarse de él en los cíclopes que los forjaban, hiriéndolos con sus dardos. Inmediatamente el Etna cesó de vomitar sus torrentes de lava; ya no se oía el golpear de los terribles martillos sobre el yunque, que antes estremecieran las cavernas profundas de la tierra y el fondo de los mares. Y se echaban a perder el hierro y el bronce, porque ya no estaban pulidos por los cíclopes. En esto, Vulcano salió iracundo de su fragua, y, aunque cojo, subió con presteza al Olimpo, presentándose bañado de sudor a la asamblea de los divinos, para exponerles sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arrojó del cielo, precipitándole sobre la tierra; su carro anduvo por sí solo en su ordinaria carrera para ofrecer a los hombres los días, las noches y las estaciones.

Apolo, despojado de sus rayos, se hizo pastor

de los rebaños del rey Admeto; pasaba el tiempo tocando su flauta, y los demás pastores acudían para oír sus canciones a la sombra de los olmos, junto a las aguas de una fuente cristalina.

Estos pastores antes habían llevado una vida salvaje y brutal, no sabiendo otra cosa que apacentar las ovejas, esquilas, ordeñarlas y elaborar quesos; en una palabra, toda la campiña era como un desierto.

Mas pronto aprendieron los pastores de Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las floescencias con que primavera se corona, el dulce aliento que exhalan las flores y el césped que nace sobre la tierra; las alegres noches del estío, en que los céfiros recrean con su frescura y el rosicler templa el calor de los árboles y del terruño; los dorados frutos con que otoño recompensa los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, en que la juventud baila en derredor de la lumbre. Pintaba también las selvas umbrías que cubren los montes y las hondonadas en que los ríos, con sus giros variados, como que juegan en las risueñas campiñas. Asimismo les hizo entender los atractivos de la vida campesina, cuando se sabe saborear delicadamente lo que ofrenda la sencilla Naturaleza. Pronto los pastores, creyéndose ricos con sus zampoñas, no se hubiesen cambiado por los reyes; porque en sus placenteras cabañas nacían multitud de placeres inocentes que rehuyen los palacios de los próceres. Los juegos, las risas y la gracia acompañaban a las inocentes pas-

toras; todos los días eran de fiesta; allí no se oía más que el gorjeo de las avecillas, el dulce soplar de los céfiros meciendo la fronda, el murmullo del agua cristalina cayendo de la roca, o las canciones que inspiraban las musas a los pastores que seguían a Apolo. Apolo les enseñaba también a ganar la meta en las carreras y a cazar con el dardo los gamos y los ciervos. Los mismos dioses llegaron a sentir envidia de aquellos pastores, porque esta vida suya les pareció más dulce que su mi ma gloria; y por esto volvieron a llamar a Apolo al Olimpo.

—Esta historia, hijo mío —me decía—, te debe servir de instrucción, porque te hallas en el mismo estado en que Apolo se halló. Desbasta esta tierra salvaje y haz, como él, que florezca esta soledad; enseña a los pastores el encanto de la armonía, suavizando la aspereza de sus corazones; enséñales la virtud amable y que sientan cuán dulce es el goce de los inocentes placeres de la soledad, de que nada es capaz de privar a los pastores. Porque ha de llegar un día, hijo mío, en que las penas y los cuidados más crueles que rodean los tronos de los reyes harán que en el tuyo echés de menos la vida pastoril.

Y habiéndome dicho esto, me regaló una flauta de sonido tan dulce, que los ecos de los montes la hicieron resonar por doquiera, atrayendo en derredor de mí a todos los pastores vecinos. Mi voz tenía una armonía divina; yo mismo me sentía conmovido y como enajenado cantando las gra-

cias con que la Naturaleza adorna los campos. Pasábamos días enteros y parte de las noches cantando juntos; y cuando les aleccionaba, quedaban suspensos e inmóviles en derredor de mí, olvidándose de sus cabañas y de sus rebaños; y perdieron de este modo el salvajismo, y todo era en ellos grato y risueño, y la civilización y la cultura de los habitantes parecía ablandar aquellas tierras antes tan ingratas.

Con frecuencia nos reuníamos para ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, del cual Termósolis era sacerdote; entonces acudían los pastores coronados de laurel, y las pastoras, coronadas de flores, danzaban, llevando sobre la cabeza los canastillos de los dones sagrados. Después de los sacrificios teníamos un banquete campestre, cuyos exquisitos manjares no eran otros que la leche de las cabras y ovejas y las frutas recién cogidas por nuestras manos: los dátiles, los higos y las uvas. Nos sentábamos sobre el césped, bajo la fronda de los árboles, y disfrutábamos de una sombra más grata que la de los dorados artesanos de las regias moradas. Lo que acabó de hacerme famoso entre los pastores fué que cierto día se arrojó contra mi rebaño un león hambriento, haciendo horrible carnicería; sin tener a mano más que mi cayado, me tiré a él con denuedo; la bestia erizó su melena, y abriendo su encendida boca, me mostró los dientes, extendió sus garras y con la larga cola azotó nervioso sus ijares. No obstante, pude aterrarle. La modesta cota de

malla de que iba vestido según el uso de los pastores egipcios, impidió que me desgarrase con sus zarpas; tres veces le derribé y otras tantas se irguió contra mí, dando terribles rugidos que resonaron en los bosques. Por fin le ahogué entre mis brazos. Los pastores, testigos de mi victoria, me hicieron vestir la piel de la fiera.

La fama de este hecho y el feliz cambio de los pastores se extendió por todo el Egipto, llegando a oídos de Sesostris, a quien se dijo que «uno de los dos cautivos tenidos por fenicios era el que había hecho renacer el siglo de oro» en aquellas soledades. Como Sesostris sentía pasión por las musas y por cuanto podía servirle de instrucción, quiso verme y me escuchó amablemente, descubriendo que Metofis, por su mucha avaricia, le había engañado; y así le condenó a prisión perpetua y quitándole las riquezas que poseía injustamente, exclamaba: «¡Cuán desgraciado el hombre que se ve elevado sobre los demás! Porque sólo difícilmente alcanza por sí mismo la verdad, pues los mismos que le rodean impiden que llegue hasta él; parece que todos tienen interés en engañarle, y todos, bajo la apariencia de celo, ocultan sus propias ambiciones. Aparentan amar al rey y únicamente aman las riquezas que el rey otorga; lo que se le ama es tan menguado, que, a fin de alcanzar sus favores, se le adula y hasta, si es preciso, se le vende».

Desde aquel día Sesostris me trató cariñosamente, resolviendo enviarme a Itaca con naves

y tropas suyas para librar a Penélope de sus pretendientes. Ya estaba pronta la flota y sólo quedaba embarcarnos. Entretanto admiraba en mí mismo estas andanzas de la fortuna, que así eleva como abate. Esta experiencia propia me hacía concebir la esperanza de que mi padre Ulises hubiese podido llegar a su reino, después de su odisea. También pensaba que podría volver a ver a Mentor, aun cuando lo hubiesen llevado a los más alejados países de la Etiopía.

Mas en el poco espacio de tiempo que retardé la partida, por ver si me era posible adquirir noticias, murió repentinamente el anciano Sesostris, y con su muerte me vi de nuevo sumergido en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por la pérdida de su rey; cada familia entendía haber perdido su mejor amigo, padre y protector. Y así exclamaban los ancianos levantando sus manos al cielo: «Nunca tuvo el Egipto un rey tan bueno, ni volverá a tenerle! ¡Oh, dioses! ¡Cuánto mejor hubiera sido no dárnoslo a conocer, que quitárnoslo después! ¡Por qué hemos de sobrevivir al gran Sesostris?» Y los jóvenes decían: «¡Ya se han desvanecido las esperanzas de nuestra patria! ¡Cuán felices nuestros padres por haber vivido toda su vida bajo el gobierno de tan buen rey; pero nosotros sólo le hemos podido conocer para llorar su pérdida!» Sus criados llorábanle de día y de noche. Los indígenas de los pueblos más lejanos acudieron en tropel, por espacio de cua-

renta días que duraron sus funerales; todos querían contemplar su cadáver, para conservar la memoria de su imagen; y muchos hubiesen querido ser sepultados con él.

Aumentaba considerablemente el dolor de su pérdida las malas condiciones de su hijo Boccoris, siempre inhumano con los extranjeros, nada aficionado a las ciencias, sin amor a la gloria, ni tener estima de los varones virtuosos. La misma grandeza de su padre había contribuído a hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie y dotado de una fiereza brutal, creía que los hombres no habían nacido sino para él y eran de una naturaleza distinta de la suya; sólo pensaba en satisfacer sus bajas pasiones y en disipar los inmensos tesoros ahorrados por Sesostris; en afligir a los pueblos, desangrar a los pobres y seguir los lisonjeros consejos de jóvenes insensatos, de quienes siempre se rodeaba, alejando de sí con menosprecio a los sabios ancianos que habían merecido la confianza de su padre. Todo el Egipto llegó a temerle; y aunque el nombre de Sesostris, tan querido, le hiciera sufrir la pérfida conducta del hijo, éste corría por sí mismo a su propia perdición, pues es imposible que un príncipe de tan perversas prendas pueda sostenerse mucho tiempo en el trono.

Yo, desde luego, perdí la esperanza de volver a Itaca. Viví en una torre, a la orilla del mar, cerca de Pelucio, donde me hubiese embarcado de no morir Sesostris. Metófis había tenido la destreza

de salir de sus prisiones y de entrar en la gracia del nuevo rey, logrando encerrarme a mí en aquella torre, para vengarse de la desgracia que yo le había causado. Pasaba los días y las noches en la mayor tristeza; cuanto me había predicho Termósolis y había oído en la cueva no me parecía más que un sueño grato que se esfumó. Me sumía el más amargo dolor; contemplaba las olas que batían el pie de la torre donde estaba preso; muchas veces mis ojos se posaron sobre los navíos combatidos por la borrasca que estaban en peligro de estrellarse contra los escollos sobre los que la torre había sido edificada. Y lejos de compadecer a aquellos hombres, envidiaba su suerte. Porque sus desgracias tendrían fin con la muerte o llegarían a su patria; pero yo —¡pobre de mí!— no podía esperar ni una cosa ni la otra.

Consumiéndome en tan inútiles pesadumbres, vi como una selva de mástiles; el mar estaba cubierto de velas que los vientos hinchaban, y las olas se coronaban de espuma, batidas por infinidad de remos. Oí por doquiera un confuso griterío. Por la playa vi a los egipcios temerosos, que corrían en busca de armas, y a otros armados que, al parecer, iban al encuentro de los invasores. Luego conocí que aquellas flotas eran las unas de Fenicia y las otras de la Isla de Chipre; mis infortunios ya me habían instruído bastante en las cosas de la navegación. Parecióme que los egipcios estaban divididos; y pude creer que Boc-

coris, con sus violencias, había dado origen a una sublevación, encendiendo la guerra civil. Y, en efecto, contemplé desde mi torre un sangriento combate.

Los egipcios que habían llamado en su auxilio a los extranjeros, después de proteger su desembarco, atacaron a los otros egipcios, a cuya cabeza iba Boccoris animándoles; parecía el dios Marte; en derredor suyo corrían torrentes de sangre; las ruedas de su carro iban tintas en sangre negra, espesa y espumosa, pasando dificultosamente sobre montones de cadáveres destrozados. El joven rey, bien formado, vigoroso y arrogante, tenía pintados en sus ojos la rabia y la desesperación. Tal como un hermoso caballo desbocado, el brío le empujaba a la aventura, y la discreción no moderaba sus ímpetus. No sabía reparar sus propias faltas, ni atinaba en las órdenes, ni prevenía los males que les amanezaban, ni contemporizaba con aquellas personas de cuyos consejos tenía tanta necesidad. Y esto no por falta de talento, puesto que iba a la par de su valor, sino por no haber probado nunca la adversidad y porque su buen natural había sido pervertido por las lisonjas de sus maestros. Embriagado con su poder y su suerte, creía que todo debía ceder a sus caprichos; la menor resistencia exaltaba su cólera, y, encolerizado, ni razonaba, ni podía ser ecuánime; su soberbia le transformaba en fiera, porque su bondad natural y recta razón le abandonaban. Entonces sus más fieles criados se veían preci-

sados a huir de su presencia. Únicamente los aduladores merecían su cariño; y así no era extraño que tomase partido contra sus mismos intereses, obligando a todos los hombres de bien a detestar su locura.

Mucho tiempo le sostuvo el valor en medio de sus enemigos; pero, al fin, sucumbió. Yo le vi morir. El dardo de un fenicio le atravesó el pecho, cayeron las riendas de su mano y desplomóse a los pies de los caballos. Un soldado de la isla de Chipre le amputó la cabeza, levantándola como un trofeo ante el ejército victorioso.

Nunca olvidaré aquella cabeza bañada en sangre; aquellos ojos desencajados y amortecidos, aquel rostro pálido y desfigurado; aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras comenzadas; aquel aire altivo y amenazador que la muerte no pudo vencer. Siempre vivirá su imagen en mi memoria; y si los dioses me otorgan reinar algún día, no echaré en olvido este funesto ejemplo; porque un rey no es digno de mandar, ni es feliz, cuando cierra los ojos de la razón. ¡Qué mayor desgracia, en efecto, que el hombre destinado a procurar la felicidad pública, se haga dueño de tantos hombres solamente para hacerlos desgraciados!

LIBRO III

ARGUMENTO: Telémaco cuenta cómo el sucesor de Boccoris devolvió todos los prisioneros tirios; que él fué conducido a Tiro en el navío de Narbal, de la armada tiria, y la pintura que éste le hizo de Pigmalión, su rey, temible por su avaricia. Refiere también que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba a embarcarse en un navío de Chipre, para ir por esta isla a la de Itaca, cuando descubrió Pigmalión que era extranjero y quiso ponerle preso; que estuvo entonces a punto de perecer; pero que Astarbe le libertó, haciendo morir en su lugar a un joven cuyo desprecio le había irritado.

Calipso admiraba tan sabios discursos y, sobre todo, la ingenuidad con que Telémaco refería los yerros a que le habían llevado su ligereza y la falta de docilidad a los consejos de Mentor, hallando en el joven una generosidad y una grandeza de ánimo extraordinarias; porque Telémaco no se perdonaba a sí mismo, antes al contrario, se aprovechaba de sus mismas defecciones, para hacerse más sabio, discreto y moderado.

—Continúa —díjole— mi querido Telémaco, pues estoy impaciente hasta que sepa cómo pudiste salir del Egipto y dónde encontraste al sabio Mentor, cuya pérdida injusta sentiste tanto.

Y Telémaco continuó su narración de la siguiente manera:

—Aun cuando los seguidores del rey eran los

más virtuosos y los leales de entre los egipcios siendo los menos fuertes, viéronse en la necesidad de ceder, cuando le vieron muerto. Eligióse entonces por rey a Termutis, el cual seguidamente firmó alianza con los fenicios, con lo cual éstos abandonaron el país con las huestes de Chipre y los prisioneros que les habían sido devueltos; y como si yo lo fuese, me incluyeron entre ellos. Me sacaron de la torre, y, embarcándome con los demás, renació en mi pecho la esperanza. Un viento favorable henchía las velas de nuestro navío; los remeros hendían las olas espumosas; el ancho mar estaba cubierto de navíos y los marineros lanzaban gritos de alegría cuando las riberas del Egipto se alejaban de nosotros y luego sus colinas y sus montes. Pronto nos vimos entre cielo y mar. Entretanto, el sol naciente parecía sacar del seno del mar sus luminosos rayos, dorando las vetas lejanas de los montes, y el cielo pintado de azul obscuro nos prometía un viaje feliz.

Aun cuando fui devuelto como si fuese fenicio, nadie de los que me acompañaban me conocía. Narbal, el navarca, me preguntó:

—¿De qué ciudad sois de la Fenicia?

—Yo no soy fenicio —le respondí—; pero los egipcios me apresaron en una nave de fenicios y como fenicio me han tenido cautivo; en tal concepto he padecido mucho y en el mismo concepto he sido libertado.

—Entonces —agregó—, ¿de qué país sois?

Y yo le contesté en estos términos:

—Yo soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de Itaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes que sitiaron la ciudad de Troya, mas los dioses no le han concedido volver a ver su patria. Yo anduve buscándole por muchos países; pero la mala fortuna me persigue, como a él. Tenéis en vuestra presencia a un desgraciado que sólo anhela la dicha de verse de nuevo entre los suyos y de encontrar a su padre.

Narbal me miraba sorprendido, y le pareció descubrir algo de los dones del cielo y que no hallaba, de común, entre los hombres. Y como era naturalmente sincero y generoso, tuvo compasión de mí y me habló con la confianza inspirada por los dioses para salvarme de un gran peligro.

—No pongo en duda —me dijo— lo que dices, ni atinara a hacerlo, porque la mansedumbre y la virtud que refleja tu semblante no me permiten que desconfíe de ti; y, además, presiento que los dioses, a quienes siempre he servido, te aman y quieren que yo también te ame como a un hijo. Voy a darte un consejo saludable, y en cambio no te exijo sino que guardes secreto.

—No temáis —le contesté— que me sea difícil callar lo que tengáis a bien confiarme; pues aun cuando soy todavía joven, soy viejo en la costumbre de no confiar nunca mi secreto; menos revelaría a otro, por ningún pretexto, lo que se me hubiese confiado.

—¿Cómo tan joven os habéis acostumbrado a

guardar los secretos? —objetó—. Mucho celebraría conocer los medios porque habéis conseguido esta noble cualidad, que es la base de la conducta honrada, sin la cual todos los talentos fueran inútiles.

A lo cual contesté:

—Cuando Ulises partió para el sitio de Troya, me tomó sobre sus rodillas y entre sus brazos. Así me lo han referido. Después de haberme besado tiernamente, me dijo: «Hijo mío, no permitan los dioses que no pueda volverte a ver; antes la guadaña de la parca corte el hilo apenas formado de tus días, tal como el segador corta con la hoz la tierna flor; antes mis enemigos te despedacen a mi vista y a la vista de tu madre, que tu corazón se corrompa y abandone la virtud». Y dirigiéndose a los que nos rodeaban, les dijo: «¡Amigos míos! ¡Ahí os dejo a mi hijo, a quien tanto amo! Cuidad de su infancia, y si es que me amáis, alejad de él la perniciosa lisonja; enseñadle a que se venza a sí mismo; sea en vuestras manos como el tierno arbolillo al que se le dobla para enderezarle, y sobre todo no os olvidéis, no omitáis nada para hacerle justo, benévolo, sincero y fiel en guardar el secreto; que quien es capaz de mentir es indigno de habitar entre los hombres, y el que no sabe callar es indigno de gobernar».

He recordado muchas veces estas palabras, y por esto las llevo bien dentro de mi corazón y me las repito continuamente.

Los amigos de mi padre procuraron ejercitarme en guardar secreto; siendo aún muy niño, ya me confiaban los disgustos que tenían viendo a mi madre expuesta a los halagos de sus muchos pretendientes. Así es que desde entonces me trataban como a hombre juicioso y formal; hablábanme secretamente de los más importantes negocios y me comunicaban lo que resolvían para desviar las insinuaciones de aquellos pretendientes. Yo me hallaba ufano con estas confianzas y podía tenerme por hombre hecho. Nunca abusé de ellas, ni se me escapó indiscreción alguna que diera indicios de lo que callaba. Muchas veces, los mismos pretendientes me estimulaban a conversar, con la persuasión de que a un niño que podía haber visto u oído algo de importancia, no era difícil sacárselo; pero yo, evitando mentir, procuraba responderles sin poner de manifiesto lo que no debía.

Luego me dijo el navarca:

—Ya ves, Telémaco, el poder de los fenicios, tan formidable por sus innumerables flotas en todos los mares. El comercio que hacen hasta las columnas de Hércules les acarrea riquezas mucho mayores a las de los pueblos más florecientes. El gran Sesostris no hubiera podido expugnarles por mar y trabajó no poco para hacerlo por tierra con unos ejércitos avezados que habían conquistado todo el Oriente, y nos impuso un tributo que dejamos de pagar, porque nuestra riqueza nos hacía imposible soportar con paciencia el yugo

y la esclavitud nacional, y así recobramos pronto nuestra libertad. La muerte no le dió tiempo para continuar la guerra contra nosotros. Y si es cierto que debíamos temerle por su mucha sabiduría aún más que por su poder, habiendo pasado su trono a su hijo, tan enteramente falto de discreción, concluimos que ya no debíamos recelar nada. En efecto, en vez de sojuzgar nuestra tierra, los egipcios nos llamaron en su auxilio contra este rey impío y cruel. Nosotros, así, hemos sido sus libertadores, pudiendo unir esta nueva gloria a la opulencia y a la libertad del pueblo fenicio. Pero mientras damos la libertad a otro pueblo, somos esclavos en el nuestro; teme caer en las manos de Pigmalión, nuestro rey, cuyas crueles manos están tintas en la sangre de Simeo, esposo de Dido, su hermana. Dido, poseída del deseo de venganza, huyó de Tiro con una flota, siguiéndola los más de entre los que aman la virtud y la libertad, hasta las costas de Africa, donde han fundado la soberbia ciudad de Cartago. Como Pigmalión tiene una sed horrible de riquezas, de cada día se hace más despreciable y odioso a sus vasallos. En Tiro es ya un crimen poseer muchas riquezas; la avaricia hace desconfiado a Pigmalión, persigue a los ricos y teme a los pobres. Aun es mayor crimen en Tiro ser virtuoso; porque Pigmalión supo que los buenos no pueden sufrir sus injusticias e infamias, porque la virtud le condena, y por esto se irrita y enfurece tanto contra los virtuosos. Todo le agita, inquieta y

atormenta; tiene miedo de su misma sombra; no duerme, ni de noche ni de día; y los dioses, para más confundirle, le abruman con los tesoros que no sabe ni puede gozar. Porque lo que busca para ser feliz es precisamente lo que le aleja de la felicidad; echa de menos cuanto da y teme siempre perder, fatigándose por ganar más y más: Casi nunca se le ve; vive solo, triste y abatido en el centro del palacio; ni aun sus amigos se atreven a llegar a él, para no hacerse sospechosos. Una guardia formidable, siempre con las espadas desnudas y las picas erguidas, rodea su palacio. Treinta cámaras se comunican entre sí, pero cada una tiene su puerta de hierro con seis formidables cerrojos; el rey se encierra en una de ellas y jamás se sabe en cuál duerme, asegurándose que nunca duerme dos noches seguidas en una misma cámara, por miedo a ser degollado. Los placeres inocentes y la amistad, que aun es más dulce que los placeres, le son desconocidos. Cuando se le aconseja que procure alegrarse, dice que la alegría huye de él, rehusando entrar en su corazón. Tiene los ojos hundidos y vagos, arrojando fuego de fiebre; al menor ruido aplica el oído y comienza a temblar. Está pálido y delgado; tiene el rostro torvo y lleno de arrugas precoces, llevando estampadas las pesadumbres que le martirizan. Calla y suspira y prorrumpe en gemidos, no siéndole posible adormecer los remordimientos que despedazan su corazón. Las viandas más sabrosas le disgustan. Sus mismos hijos, que debie-

ran ser su esperanza, le causan terror y los tiene como a sus enemigos más terribles. Nunca ha tenido un momento de paz y sólo se conserva a fuerza de verter la sangre de cuantos le atemorizan. ¡Insensato! No ve que su misma crueldad le ha de perder algún día, y que quizá alguno de sus mismos domésticos, tan desconfiado como él, librará al mundo de este monstruo.

Yo temo a los dioses, y por más que me cueste, seré fiel al rey que los dioses dieron; antes morir que quitarle la vida, y aun de dejar de defenderle. Pero tú, Telémaco, guárdate de decirle quién eres; porque con la esperanza de que, vuelto Ulises a Itaca, te podría rescatar por una gruesa suma de dinero, te pondría preso.

Cuando llegamos a Tiro no olvidé poner en práctica los buenos consejos de Narbal. Pronto pude conocer la verdad de cuanto me había manifestado. Nunca creyera, de no haberlo visto, que un hombre pudiese ser tan miserable como me pareció Pigmalión. Ante un espectáculo tan horrible y tan nuevo para mí, me decía: He ahí a un hombre que busca hacerse feliz mediante las riquezas y el absolutismo, y poseyendo cuanto pudiera desear, esa autoridad absoluta y esas riquezas le hacen miserable. Si fuese pastor como yo lo fuí, sería tan feliz como yo lo era; gozaría de los inocentes placeres del campo y los gozaría sin remordimiento; ni temería al hierro ni al veneno; amaría a los hombres y sería amado de ellos. No tendría estas grandes riquezas, que en

realidad tan inútiles le son como si fueran montones de arena, porque no hace uso de ellas; pero gozaría plenamente de los frutos de la tierra y no padecería ninguna necesidad verdadera. Pigmalión parece que puede hacer cuanto se le antoja, pero sólo hace cuanto sus pasiones le exigen, y siempre se halla sujeto por la avaricia, el miedo y las sospechas. Parece dueño de los demás hombres, y ni siquiera es dueño de sí mismo, porque son tantos sus dueños y verdugos cuantos son sus violentos deseos.

Aun sin verle, así pensaba de Pigmalión; porque nunca se dejaba ver y sólo con temor se miraban las altas torres, rodeadas de guardias de día y de noche, donde él mismo tenía su cárcel. Comparándole con Sesostris, me daba cuenta de la enorme diferencia que había entre ambos. Sesostris tan humano, tan afable, tan amigo de tratar con los extranjeros y tan atento de oír todo el mundo y de sacar del corazón de los hombres la verdad que suele ocultarse a los reyes. Sesostris, pensaba, no tenía por qué temer a nadie; presentábase a sus vasallos como a sus propios hijos; y éste todo lo teme, y tiene razón de temerlo todo, porque está siempre expuesto a una muerte alejosa, aun en su palacio inaccesible y rodeado de guardias. Al contrario, el buen Sesostris estaba seguro en medio de la muchedumbre de su pueblo, como un buen padre lo está en su casa, en medio de su familia.

Pigmalión dió orden de que se despidiesen las

tropas de Chipre, y aprovechó esta ocasión para ponerse un momento en libertad, haciéndome pasar revista entre los soldados chipriotas; porque el rey hasta de las cosas más mínimas recelaba. El defecto general de los reyes fáciles y poco prudentes es entregarse con ciega confianza a favoritos lisonjeadores y corrompidos; y a este defecto Pigmalión unía el de desconfiar de los más virtuosos; no sabía discernir entre los hombres, a los rectos y sencillos que obran sin disfraz; así que nunca estaba en contacto con hombres de bien. Por otra parte, tenía tanta experiencia de la simulación y de la perfidia de los hombres que le rodeaban, y vicios tan horrorosos disfrazados con la capa de virtud, y tanta perfidia apreciaba en ellos, que llegó a suponer que en la tierra no había virtud sincera; y por esto miraba a todos los hombres recelosamente, como si fuesen iguales. Cuando hallaba alguno falso y corrompido, no se cuidaba de buscar otro, suponiendo que pudiese ser peor; aun los buenos le parecían peores que los malvados, por tenerlos por malos y por hipócritas.

Tornando a mí, vine confundido entre los soldados chipriotas, y así escapé a la perspicacia del rey. Narbal temblaba de miedo temiendo fuese descubierto, porque a ambos nos hubiese costado la vida, y estuvo impaciente hasta vernos partir; porque, para desgracia mía, los vientos contrarios nos detuvieron largo tiempo en Tiro. Aproveché estos días de espera para ente-

rarme de las costumbres de los fenicios, tan famosos en todas partes. Admiraba la ventajosa situación de aquella ciudad situada en una isla en medio del mar. La vecina costa era sumamente deliciosa por su fertilidad, por los exquisitos frutos que produce, por el gran número de pueblos y ciudades que casi se tocan y por la benignidad de su clima; porque los montes la ponen al abrigo de los ardientes soplos del Mediodía y la refrescan los vientos del Norte, soplando por el mar. Al pie del Líbano, vese esta gran montaña hendiendo las nubes y llegando a los astros; de las puntas de los roquizares que la coronan, cubiertos de hielo eterno, se desprenden ríos de nieve. En la vertiente se ve un bosque sombrío de cedros que parecen tan viejos como la tierra que los sustenta; y al pie de este bosque, en la misma ladera, ábrese abundantes pastos. Los toros andan errantes, dando bramidos, y balan las ovejas con sus tiernos recentales retozando sobre la hierba mullida, y corren por la campiña mil arroyuelos. Debajo de estos pastos y al mismo pie de la montaña la tierra parece un jardín en el cual la primavera y el otoño reinan juntos, para reunir sus flores y sus frutos. Jamás el mortífero viento del Mediodía, que todo lo seca y abrasa, ni el furioso aquilón han osado marchitar las flores de este jardín.

[Junto a esta ribera deleitosa se levanta, en el mar, la isla donde se asienta la ciudad de Tiro, de modo que bien parece que nada sobre las

aguas como reina de los mares que es. Mercaderes de todas partes del mundo la frecuentan, y lo son sus más afamados habitantes. Cuando se entra en ella, no parece sino un pueblo cosmopolita y el centro del comercio del mundo. Tiene dos grandes muelles semejantes a dos brazos, que se internan en el mar y ciñen su puerto anchuroso, donde no pueden entrar los vientos; dentro del puerto, todo un bosque de mástiles de navíos, y éstos tan numerosos, que a duras penas se puede ver el agua que los sostiene. Las grandes riquezas nunca quitan a los habitantes de Tiro el gusto de trabajo necesario para conservarlas y aumentarlas. Allí abunda en todas partes el lino suave del Egipto y la púrpura tiria, dos veces teñida, de brillo peculiar; empléanse también lanas finas recamadas de oro y de plata. Los fenicios abarcan el comercio de todos los pueblos, hasta el estrecho de Gades, y han penetrado en el vasto océano que rodea a la tierra. También navegan por el Mar Rojo y por él van en busca, en islas desconocidas, de oro, perfumes y animales raros que no se ven en nuestros países.

Mis ojos nunca se saciaban de contemplar el magnífico espectáculo de esta opulenta ciudad, en que todo estaba en movimiento. Allí no se veía, como en nuestras ciudades griegas, hombres ociosos y noveleros que concurren a la plaza pública en busca de noticias o a mirar a los extranjeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupan de descargar las naves y en llevar cuenta

exacta de lo que se les adeuda por los extranjeros; las mujeres no cesan de hilar la lana, hacer dibujos para bordar o plegar las telas preciosas.

Una vez pregunté a Narbal:

—¿Cómo es que los fenicios se han podido hacer dueños del comercio de todo el mundo, que les enriquece a expensas de las riquezas de los demás pueblos?

—Ya lo ves —me contestó—; la situación de Tiro es ventajosa para el comercio, y además nuestra patria tiene la gloria de haber inventado la navegación. Si hemos de creer la tradición atávica, los tirios fueron los primeros que domaron las olas mucho antes del tiempo de Tifis y de los Argonautas tan celebrados en Grecia. Quiero decir que fueron los primeros que osaron exponerse, en una débil embarcación, al arbitrio de las ondas y de las borrascas; los primeros que sondearon el mar y que observaron los astros lejos de su tierra, según la ciencia de los egipcios y babilonios; los primeros, en fin, que reunieron los pueblos que los mares tenían separados. Los tirios son industriosos, pacientes, trabajadores, aseados, sobrios y económicos; observan una exacta limpieza en todo, viven perfectamente unidos entre sí y nunca se ha conocido pueblo más constante, más sincero, más fiel, más formal ni más cómodo para los extranjeros. Ve aquí, sin ir más lejos, lo que les ofrece el imperio del mar y hace que florezca en este puerto un comercio de tanta utilidad. Si se introdujese entre ellos la división y la envidia;

si se afeminasen a fuerza de deleites y en la ociosidad; si los grandes de la nación despreciasen el trabajo y la economía; si dejasen de honrar las artes; si fuesen de mala fe con los extranjeros; si se alterasen en lo más mínimo las reglas comunes del comercio; si descuidasen las manufacturas y dejasen de hacer las cuantiosas anticipaciones que se necesitan para que sus géneros tengan cada uno en su clase la perfección posible, entonces veríase perder todo este poderío que tanta admiración os causa.

—Explicadme, os ruego —le dije—, los motivos de más importancia, a fin de poder establecer este comercio, algún día, en Itaca.

Y Narbal contestó:

—Haced lo que aquí se hace: recibid bien y fácilmente a los extranjeros; haced de modo que encuentren en vuestro puerto seguridad, comodidad y entera libertad; no os dejéis llevar nunca de la avaricia, ni de la soberbia. El medio mejor para ganar mucho, es no querer ganar demasiado y saber perder a tiempo. Hacedos querer de los extranjeros, y si es preciso, toleradles en lo posible, sin excitar nunca los celos con altanerías. Estableced leyes de comercio que sean constantes, moderadas y fáciles, y enseñad a vuestros pueblos a cumplirlas fielmente; castigad con rigor el fraude y aun la negligencia, y, sobre todo, el lujo que arruina el comercio, arruinando a la vez a los amadores del fausto. Sobre todo, abstenéos de poner trabas al comercio, para poderle

inclinarse a vuestras miras. El rey no se ha de mezclar nunca en él, si no quiere entorpecerlo, dejando todo el provecho para los vasallos, que son los que llevan el trabajo; si no obra así, los desanimará; bastantes utilidades le proporcionarán las riquezas que entran en sus estados. El comercio es como ciertas corrientes, que se llegan a agotar cuando se las cambia de curso. El provecho y la comodidad atraen al extranjero; de modo que si vuestro comercio es menos provechoso y menos cómodo, poco a poco se apartarán los compradores de vuestro país y después no volverán más, porque les habrán atraído otros pueblos, aprovechándose de vuestras indiscreciones; les atraerán a sus puertos y les enseñarán a no echaros de menos. Es fuerza confesar que, de algún tiempo a esta parte, se ha obscurecido algo el esplendor de Tiro; mucho más os hubiese admirado antes de subir al trono Pigmalión; esto no es sino los restos de una grandeza amenazada de ruina. ¡Infortunada Tiro, en qué manos has caído! Porque en otro tiempo los mares se traían el tributo de todas las naciones.

Pigmalión teme tanto a los extranjeros como a sus propios súbditos; y contra nuestra vieja costumbre, en vez de abrir nuestros puertos francamente a las lejanas naciones, quiere saber el número de las naves que arriban, de dónde son, cuántos vienen en ellas y cómo se llaman, de dónde son, en qué comercian, clase y precios de sus mercancías y aun el tiempo que han de

permanecer aquí. Y lo que es todavía peor, usa de embustes con el fin de sorprender a los mercaderes y apoderarse de sus mercancías, persigue a los que parecen más opulentos, y con diversos pretextos aumenta siempre los impuestos. Quiere también entrometerse en el comercio; mas todo el mundo teme, naturalmente, tener negocios con él. Por esto decae nuestro comercio y los extranjeros olvidan, poco a poco, las rutas de Tiro, que les eran tan familiares en otro tiempo; y no tardarán, si Pigmalión no cambia de conducta, en transferir a otros puertos nuestra gloria y nuestro poderío.

Como no quería ignorar nada de cuanto puede servir para el buen gobierno de un reino, pregunté qué habían hecho los tirios para lograr el poderío sobre los mares; y me contestó:

—El Líbano nos surte de madera para nuestros navíos, y por esto lo cuidamos y guardamos celosamente; no se corta un solo cedro si no es en vista de la necesidad pública; para construir nuestras naves contamos con varones expertos.

—¿Dónde habéis hallado estos operarios? —objeté.

Y contestóme Narbal:

—Se han ido formando poco a poco en el mismo país; porque cuando se recompensa bien a los que sobresalen en las artes, ciertamente surgen los varones capaces de llevarlas a gran perfección; porque los hombres más sabios y de más talento a ellas dedican sus afanes, ya que con ellas ad-

quieren grandes recompensas. Entre nosotros se trata con honor a los que descuellan en las artes y en la ciencia de la navegación; se tiene en gran consideración al buen geómetra; se estima mucho al buen astrónomo; se colma de bienes al piloto hábil; no se desprecia al buen carpintero, antes al contrario, se le trata y se le paga bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensa segura y proporcionada a su trabajo; se les mantiene bien y se les cuida si están enfermos, y aun en su ausencia, se tiene cuidado de sus mujeres y de sus hijos; si perece en algún naufragio, se indemniza a su familia; y a los que han servido cierto tiempo, se les licencia para que puedan retornar a la vida del hogar. Así tenemos todos los marineros que nos hacen falta, porque se da el caso del padre que cría a sus hijos para tan buen oficio, instruyéndoles desde su infancia en el manejo del remo, a tender cables y a despreciar las horrascas. De modo que se conduce a los hombres que han de ser hábiles para el país, con buen orden y con la otorgación de recompensas. La autoridad por sí sola nunca acierta bien, la sumisión de los inferiores no basta; es necesario lograr la fuerza de la voluntad y hacer de modo que los hombres hallen ventajas en su industria y pueda ser ésta aprovechada.

Narbal me llevó a los almacenes y arsenales para que viera las máquinas empleadas para la construcción de los navíos; yo, por mi parte, procuré informarme detalladamente de todo, y

cuanto aprendí lo puse por escrito, a fin de que nada útil se me pudiera olvidar.

Como el navarca me quería tanto y conocía bien a Pigmalión, estaba impaciente por no llegar a realizarse nuestra partida, temiendo mucho que los espías del rey me descubriesen; y no tardé en comprender sus temores; porque cuando más distraídos estábamos en el puerto, hablando con unos mercaderes, se acercó a Narbal un oficial, diciéndole:

—El rey acaba de saber por uno de los capitanes que con vosotros ha vuelto de Egipto un extranjero que pasa por chipriota y quiere que se le detenga para saber bien de qué país pueda ser; vos responderéis de él con vuestra propia cabeza.

Yo, algo apartado de ellos, observaba las proporciones de un nuevo navío que, según decían, sería el más veloz del puerto, cuya velocidad atribuía a la armonía de todas sus partes; y hacía preguntas al que había regulado sus proporciones.

Sorprendido y temeroso, contestó Narbal:

—Voy a buscar a ese extranjero, que es de la isla de Chipre.

Mas luego que perdió de vista al oficial, se vino corriendo a mí para avisarme del riesgo que ambos corriamos.

—¡Demasiado previsto lo tenía yo, querido Telémaco! —decíame—. El rey, atormentado de noche y de día por sus desconfianzas, sospecha que no eres chipriota y manda que se te prenda y me amenaza de muerte si no te pongo en sus

manos. ¿Qué haremos? ¡Oh, dioses, dadnos la prudencia suficiente para salir bien de este negocio! Será preciso que te lleve a palacio y que sostengas ante Pigmalión que eres chipriota, de la ciudad de Amatonte, hijo de un escultor de Venus. Yo declararé haber conocido a tu padre; y quizá el rey, sin averiguar más, te deje partir. Es el único medio que hallo para salvarte a ti y salvarme a mí.

Contesté a Narbal:

—Dejad morir a este desgraciado que los hados quieren perder. Yo sabré morir; sin duda os debo demasiado para arrastraros con mi propia desgracia; pero no puedo resolverme a mentir, y no siendo de Chipre, mal podría decir que soy chipriota. Los dioses pesan mi sinceridad; les toca, pues, conservar mi vida que yo no puedo salvar con una mentira.

—Esta mentira —repuso Narbal— es inocente; los mismos dioses no pueden condenarla, porque a nadie perjudica; por ella se salva la vida de dos infelices y si se engaña al rey se evita también que cometa un crimen. Eres demasiado extremo, ¡oh, Telémaco!, en el amor a la virtud y en el deseo de no ofender a la religión.

—Basta que la mentira sea mentira —contesté—, para ser indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses y que debe cuanto tiene a la verdad. El que miente falta a los dioses y se perjudica a sí mismo, hablando contra su conciencia. No me propongáis, Narbal, lo que es tan

indigno de mí como de vos. Si los dioses tienen piedad de nosotros, sabrán libertarnos, y si quieren que perezcamos, muriendo así, seremos víctimas de la verdad, y dejaremos a los hombres el ejemplo de haber preferido la virtud inmaculada a la misma vida; la mía ya es demasiado larga, según es desgraciada; por vos únicamente lo siento, mi querido Narbal. ¿Cómo es posible que vuestra amistad con este infeliz extranjero os sea tan funesta?

Mucho tiempo estuvimos hablando. Por fin, vimos llegar a un hombre que corría desalentado; era otro oficial del rey, que venía de parte de Astarbe. Era ésta una mujer, hermosa como una diosa, que unía a los hechizos de su cuerpo todos los hechizos del alma: era alegre, lisonjera e insinuante. Había tenido buena maña para llegar al corazón de Pigmalión, atrayéndole con su hermosura, su dulce voz y las armonías de su lira; Pigmalión, cegado por un violento amor, abandonó por ella a su amante esposa Tofa, pensando solamente en satisfacer las pasiones de la hermosa Astarbe; y tan funesto resultó para el pueblo este amor, como su propia avaricia. Pero aun cuando el rey la amaba apasionadamente, no dejaba de causar desprecio y fastidio en la hermosa; la cual, no obstante, sabía ocultar bien sus propios sentimientos, y aun no pudiéndolo sufrir, aparentaba no vivir sino para él. Había en Tiro un joven lidio llamado Malachón, extraordinariamente bello, pero delicado, afeminado y ence-

nagado en deleites, que solamente pensaba en conservar la delicadeza de su piel, en peinar los blondos cabellos que ondeaban sobre su espalda, dar un aire de elegancia a los pliegues de su palio, y en cantar sus amores al son de la lira. Viéndole Astarbe, quedó prendada de él; mas Malachón la despreció, porque estaba apasionado de otra joven y, sobre todo, por no exponerse a los furros de Pigmalión. Desairada Astarbe, pensó perderle, y en un momento de desesperación quiso presentar al rey al mancebo en vez del extranjero que el rey mandaba a buscar y que se decía haber venido con Narbal. Procuró insinuárselo a Pigmalión, sobornando a cuantos hubiesen podido desengañarle; y como el rey no amaba a los virtuosos, ni sabía distinguirlos, y sólo se hallaba rodeado de gentes interesadas, artificiosas y dispuestas a poner en ejecución sus mandatos injustos y sanguinarios, estas gentes temían el poder de Astarbe y la ayudaban a engañar al rey, porque era la mujer que poseía la confianza de Pigmalión. Y así Malachón, aunque bien conocido en toda la ciudad, pudo pasar por el extranjero que Narbal trajo consigo de Egipto, y fué encerrado en la cárcel. Mas temiendo que Narbal fuese a hablar con el rey, se apresuró a enviarle un oficial, con estas palabras: «Astarbe os prohíbe que descubráis al rey quién sea vuestro extranjero; sólo os manda silencio y que dejéis a su cuidado haceros quedar bien con Pigmalión; por lo tanto, apresuraos a embarcar con los chipriotas

a vuestro extranjero, a fin de que no se le vea más por la ciudad». Contento Narbal de salvar la vida de Telémaco y con ello la suya propia, ofreció guardar secreto, y el oficial, satisfecho del buen resultado de su misión, volvióse para dar cuenta de ello a Astarbe.

Entonces admiramos la bondad de los dioses, que así recompensaban nuestra sinceridad y que tan particularmente tienen cuidado de los que aprecian la virtud.

Pigmalión horrorizaba, siempre entregado a la voluptuosidad y a la avaricia; temiendo tanto ser engañado, casi siempre lo era groseramente, porque, desconfiando de los virtuosos, se entregaba en brazos de los malvados, ignorante únicamente él de lo que verdaderamente sucedía, haciéndose el juguete de una mujer liviana. Los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar a los buenos que prefieren la muerte a la pérdida de la virtud de la sinceridad.

Entretanto los vientos cambiaron de rumbo poniéndose favorables para las naves chipriotas.

— Esto es — dijo Narbal — que los dioses se declaran a nuestro favor y quieren salvarte; huye, pues — añadió —, de esta tierra maldita y cruel. ¡Quién pudiera seguiros hasta las más remotas marinas! ¡Feliz quien pudiese vivir y morir contigo! Mas el hado riguroso me tiene ligado a esta patria desgraciada y es preciso que sufra en ella; acaso me reserve ser sepultado bajo sus ruinas; pero no importa, con tal de que siempre diga la

verdad y que mi corazón ame siempre la justicia. En cuanto a ti, mi querido Telémaco, que los dioses te conduzcan de la mano y te otorguen hasta la muerte el don más precioso que puede ansiarse, cual es el de la virtud pura e inmaculada. Que vean tus ojos y estrechen tus brazos al sabio Ulises y que éste halle en ti un hijo que le iguale en sabiduría. En medio de tu prosperidad, acuérdate del desgraciado Narbal y no dejes de amarme.

Yo, sin poderle contestar, le bañé con mis lágrimas, porque profundos suspiros me cerraban la garganta, y así nos abrazamos en silencio. Me condujo hasta la nave y, una vez en ella y dadas las velas al soplo de los vientos, desde la playa continuó mirándome, hasta que no nos pudimos ver más.

LIBRO IV

ARGUMENTO: Calipso ruega a Telémaco que descanse. Repréndele Mentor a solas porque había hecho tan exacta narración de sus aventuras. Telémaco refiere que durante su navegación desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió a Venus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva; que después le pareció haber visto a Mentor que le exhortaba a que huyese de aquella isla; que, al despertar, halló que se había levantado una borrasca en que, sin duda, hubiera naufragado el navío si él mismo no hubiera tomado el timón, porque los chipriotas se habían embriagado de modo que no se hallaban en estado de dirigirle; que a su arribo a la isla vió con horror los ejemplos más contagiosos, pero que hallándose también en ella el sirio Hazael, de quien Mentor había venido a ser esclavo, le devolvió su sabio preceptor, y los embarcó en su navío para llevarlos a Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anfitrite en su carro tirado de caballos marinos.

El placer de oír de labios de Telémaco tales aventuras tanto enajenaba a Calipso, que hasta este momento permaneció inmóvil; mas luego le interrumpió para que descansase, diciéndole:

—Ya es hora de que, después de tantos trabajos, gustes de las dulzuras del sueño. Aquí todo te será favorable, de modo que no tienes nada que temer. Alégrate, pues, y goza de la paz y de los dones de que los dioses quieren colmarto. Mañana, cuando el alba entreabra con sus rosados dedos las doradas puertas de oriente y los caballos del sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan la

luz del día, ya tendremos tiempo de proseguir la historia de tus infortunios. Nunca tu padre te igualó ni en discreción ni en valentía; ni Aquiles, el vencedor de Héctor; ni Teseo, vuelto de los infiernos; ni el gran Alcides, que libró a la tierra de numerosos monstruos, mostraron tanta fortaleza y tanta virtud. Te deseo que un sueño profundo te haga corta la noche; mas, ¡ah!, muy larga será para mí, porque tardaré en volverte a ver, a oírte repetir lo que ya sé y a preguntarte lo que todavía ignoro. Entra con el sabio Mentor a esta gruta, donde todo está dispuesto para vuestro descanso. Ruego a Morfeo que derrame sus más dulces encantos sobre vuestros ojos cargados y haga circular por vuestros cansados miembros el soplo divino, enviándoos sueños ligeros que, girando en torno de vosotros, halaguen vuestros sentidos con las imágenes más halagüeñas, alejando de vosotros lo que pudiera despertaros demasiado pronto.

Entonces la diosa condujo a Telémaco a una gruta separada de la suya, si no menos rústica, tampoco menos agradable. De un extremo a otro corría una fuentequilla, cuyo suave murmullo convidaba al sueño. Las ninfas tenían preparados dos lechos de blando musgo, cubiertos por dos grandes pieles, la una, de león, para Telémaco y la otra, de oso, para Mentor.

Antes de entregarse al sueño, Mentor dirigió a Telémaco las siguientes palabras:

—Te has querido llevar, querido Telémaco, del

placer de contar tus aventuras, y dejas encantada a la diosa con la pintura que le has hecho de los peligros de que la industria y la valentía te han librado; con ello no has hecho sino inflamar más y más su corazón, preparándote un cautiverio más peligroso. ¡Cómo es posible que pienses que te ha de dejar salir de su isla después de haberla embelesado con tu historia? Ve aquí cómo el amor de la vanidad te ha hecho obrar indiscretamente. Calipso se había ofrecido a contarte varias historias y hacerte saber cuál era el destino de Ulises; pero has hecho de modo que, no sólo no te ha dicho nada de él, sino que ha logrado que le cuentes cuanto deseaba saber. ¡Cuándo serás tan discreto que sepas vencer la vanidad? ¡Cuándo aprenderás a callar lo que te ensalza cuando no sea conveniente manifestarlo? Todos admiran tu prudencia en una edad en que no es fácil hallarla; pero yo no te debo callar nada, ni disimularlo siquiera, porque soy el único que te conoce y el único que te ama lo bastante para hacerte ver tus propios yerros. ¡Qué distante te hallas de la sabiduría de tu padre!

Respondió Telémaco:

—¡Cómo podía negarme yo a contar mis desgracias a Calipso?

—No —contestó Mentor—; fuerza era contarlas; pero sólo debías lo que convenía para moverla a compasión. Le hubieras podido decir que anduviste errante primero, luego cautivo en Sicilia y más tarde en Egipto, y con esto hubiera

habido bastante; todo lo demás ha venido a aumentar el veneno que ya tenía en su corazón. ¡Quieran los dioses que el tuyo pueda preservarse del suyo!

Luego Telémaco, con docilidad, preguntóle:

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Ya no es tiempo —contestó Mentor— de ocultarle lo que falta de tus aventuras y lo que los dioses han ordenado en ellas a tu favor; sabe de ellas lo bastante para no poder ser engañada sobre lo que aún desconoce, y esta reserva de ahora la irritaría. Termina, pues, mañana la narración de cuanto los dioses han hecho a tu favor y otra vez obra con más moderación y cautela en cuanto puede atraerte sus alabanzas.

Telémaco recibió amistosamente tan acertado consejo, y con esto se acostaron.

En cuanto Febo comenzó a esparcir sobre el mundo sus luminosos rayos, oyendo Mentor que Calipso llamaba a las ninfas por el bosque, despertó a Telémaco, diciéndole:

—Ya es hora de sacudir el sueño. Volveremos a ver a Calipso; desconfía de sus halagüeñas palabras; no le descubras nunca tu pecho; teme el veneno de sus lisonjas. Ya has visto como ayer te puso por sobre de tu mismo sabio padre, sobre el invencible Aquiles, el famoso Teseo y Hércules inmortal. ¿Por ventura no fué excesiva su alabanza? ¿Creiste acaso lo que te decía? Sábete que ella misma tampoco lo cree; si te pondera tanto es porque te juzga débil y lleno de vanidad; de

modo que te engaña con los desproporcionados elogios a tu persona.

Y habiendo dicho esto fueron al encuentro de la diosa, la cual sonrió al verlos, ocultando bajo la simulación de su contento el temor y la inquietud que la turbaban, porque preveía que, siendo Telémaco aconsejado por Mentor, se le escaparía de las manos, como el propio Ulises. Dirigiéndoles la palabra, dijo:

—Apresúrate, mi amado Telémaco, a corresponder a mi curiosidad, pues toda la noche estuve pensando cómo saldrías de Fenicia y marcharías a Chipre en busca de mayor aventura. No perdamos un momento; cuéntame tu viaje.

Luego, sentándose sobre el musgo, sembrado de violetas, a la sombra de una selva frondosa, Calipso dirigió miradas de ternura, llenas de apasionamiento, sobre Telémaco, viendo también, con mal disimulada indignación, que Mentor no apartaba a su vez los ojos de ella. Telémaco, bajando graciosamente los suyos, continuó de esta manera:

—Apenas el dulce sopro de los céfiros hinchaban las velas de nuestro navío cuando la tierra fenicia se ocultó a nuestros ojos. Ignorando las costumbres de los chipriotas, resolví callar, fijándome en todo lo que hacían, observando las reglas que la discreción me dictaba, con el fin de granjearme su simpatía. Estando en esto, se apoderó de mí un dulce e irresistible sueño, que me dejó embargados y suspensos los sentidos, experimen-

tando una calma y un gozo profundo, que llenaban de paz a mi corazón. Me pareció ver a la diosa Venus hendiendo las nubes sobre su carro, tirado por dos palomas blancas. Tenía Venus la peregrina hermosura, la florida juventud y las gracias delicadas que la ornaban cuando salió de la espuma del Océano cautivando a Jove. En rápido vuelo bajó hasta mí y, poniéndome la mano sobre el hombro y llamándome por mi nombre, me dirigió las siguientes palabras:

—Joven griego, vas a entrar en mis dominios; pronto llegarás a la isla afortunada donde, detrás de mí, florecen los placeres, las risas y la alegría. Allí quemarás aromas en mis altares y yo te sumergiré en un mar de delicias. Abre tu pecho a las más risueñas esperanzas y guárdate de resistir a la deidad poderosa que quiere hacerte feliz.

Al mismo tiempo observé que Cupido, el dios niño, revoloteaba alrededor de su madre, agitando sus alitas blancas. La ternura, la gracia y la alegría se reflejaban en su semblante; pero descubría algo en sus ojos que me causaba miedo. El entonces se reía, mirándome, y su risa me pareció maliciosa, burlona y cruel. Sacó de su aljaba de oro la más aguda de sus flechas, templó su arco y se dispuso a disparar contra mí cuando, de repente, Minerva se interpuso para cubrirme con su égida. El rostro de Minerva no tenía la gracia afeminada, ni la apasionada languidez de Venus, ni tomaba las actitudes de ésta, sino que, por el contrario, era una belleza sencilla, descuidada y

modesta; en ella todo era gravedad, noble vigor, fuerza y majestad. Como la flecha no pudo atravesar la égida, cayó al suelo; entonces Cupido, ofendido, suspiró y quedó como avergonzado.

—Lejos de aquí, chiquillo temerario —exclamó Minerva—; nunca vencerás sino a las almas viles, que anteponen los placeres a la sabiduría, a la virtud y a la gloria.

A estas palabras el Amor huyó irritado, y Venus se remontó hacia el Olimpo. Largo tiempo estuve viendo a Venus en su carro, tirado por dos palomas blancas, envuelta en una nube de oro y azul; luego desapareció de mi vista. Cuando bajé los ojos, Minerva había desaparecido. Me vi luego transportado a un jardín delicioso, como los Campos Elíseos, donde hallé a Mentor, el cual me dijo:

—Huye de esta tierra cruel, de esta isla corrompida, en que sólo se respira deleite. Luego que le vi quise echarle los brazos al cuello; pero mis pies no se movían y desfallecían mis rodillas, mientras que mis manos, queriendo cogerle, sólo encontraban la sombra que huía. En uno de estos esfuerzos desperté, conociendo que este sueño misterioso era un aviso del cielo.

Sentí que renacía en mí el valor contra las tentaciones de los placeres y contra mí mismo para detestar la vida trivial de los chipriotas. Lo que más me dolía era pensar que Mentor habría salido de esta vida y, pasadas las aguas de la laguna Estigia, habitaría ya las mansiones venturosas de las almas justas. Esta idea me hizo llorar abun-

dosamente. Me preguntaron por qué lloraba, y contesté: «Bien sientan las lágrimas al infeliz extranjero que anda errante, sin esperanzas de poder retornar a su patria». Entretanto los chipriotas se abandonaron a una alegría insensata: los remeros, harto enemigos del trabajo, dormían sobre los bancales; el piloto dejó el timón y, coronado de flores, apuraba el vino de una vasija profunda, y todos los demás, sumidos en el furor de Baco, cantaban himnos a Venus y a Cupido, con versos que horrorizarían a los que aman la virtud.

Entretanto se cernía una tempestad, oscureciendo el cielo y alborotando el mar. Se desencadenó el vendaval y, bramando furiosamente, hinchaba las velas; las negras ondas batían el casco de la nave y la nave crujía. Ora subíamos por encima del oleaje, ora parecía que el mar se retiraba debajo de la nave para que nos hundiéramos en los profundos abismos. No muy lejos de nosotros descubríamos un grupo de escollos, en los cuales las ondas agitadas se estrellaban con estruendo. En esta triste ocasión recordé lo que tantas veces había oído de labios de Mentor: que los hombres muelles y entregados a los placeres carecen de ánimo en los peligros. Los chipriotas lloraban como mujeres; no se oían más que lamentos por el peligro en que se hallaban de tener que dejar los placeres de la vida; entonces hacían varias promesas a los dioses, de sacrificios, si llegaban felizmente a buen recaudo. Creí

que, salvando mi vida, debía salvar la vida de los demás. Empuñé briosamente el timón, porque el piloto, turbado como una bacante embriagada, no se hallaba en estado de conocer el riesgo que corríamos; animé a los marineros; híceles amainar el velamen y pasando, a fuerza de remos, entre los escollos, huimos de los horrores de la muerte, que tan cerca de nosotros habíamos sentido.

Esta aventura pareció un sueño a los que me debían la vida. Arribamos a la isla de Chipre en el mes de la primavera, dedicado a Venus; estación —decían los chipriotas— que más conviene a la diosa, pues parece que es la que reanima toda la naturaleza y hace nacer los placeres como las flores.

Al llegar a la isla sentí la suavidad de un aire que enajena, enerva los cuerpos e inspira un humor alegre y liviano. Noté que los campos, aunque naturalmente fértiles y hermosos, estaban sin cultivar, revelando lo enemigos que eran los indígenas del trabajo. Por todas partes se veían mujeres y doncellas frívolamente vestidas que, entonando cánticos a Venus, la iban a dedicar un templo. La belleza, las gracias, los placeres brillaban en sus semblantes; pero las gracias eran muy afectadas; se les echaba de menos la noble sencillez y el rubor, que es el más grande atractivo de la hermosura. El aire de malicia, la artificiosa compostura del semblante, la vanidad de los adornos, el andar lánguido, las miradas, que parecían no tener otro objetivo que buscar a los hombres

los celos mutuos que las mutuas pasiones encendían, en una palabra, todo cuanto observé en estas mujeres me pareció vil y despreciable. Y cuanto más se esmeraban, más disgusto me producían.

Condujéronme al templo de Venus. La diosa tiene varios en la isla, pues es venerada en Citeres, Idalia y Pafos. Me llevaron al de Citeres: hermoso templo, todo él de mármol, formando un perfecto peristilo; las columnas, gruesas y altas, le dan una majestad peculiar; en cada una de las fachadas, sobre el arquitrabe y en el friso, véanse unos grandes frontones con bajorrelieves historiando las más agradables aventuras de la diosa. Una multitud de gentes de todas partes se apretujaba junto a las puertas llevándole ofrendas.

En este templo jamás se degüella una víctima, ni se quema, como en otros templos, la grasa de las terneras y de los toros, ni se derrama sangre. Sólo se presentan sobre el altar las víctimas que se ofrecen, y todas ellas deben ser nuevas, blancas, sin mancha ni defecto; se las cubre con telas de púrpura bordadas de oro; se doran las astas de los toros y se los adorna con guirnaldas de flores bien olientes. Después de presentadas en el altar o ante el mismo se las conduce a un lugar apartado, y allí se las degüella para los festines de los sacerdotes de la diosa.

También se la ofrendan toda clase de licores olorosos y un vino dulce como el néctar. Los sacerdotes visten luengas túnicas blancas, ceñi-

das con cinturones de oro, adornados con franja de lo mismo en las extremidades. En los altares arden de noche y de día los perfumes más exquisitos del Oriente, formando una nube perenne que se eleva hasta el cielo. Todas las columnas están adornadas de festones, que cuelgan graciosamente. Todos los vasos sacrificales son de oro puro, y un bosque sagrado de mirtos circunda el templo. Solamente las jóvenes, y las jóvenes de belleza extraordinaria, pueden acercarse para presentar las víctimas a los sacerdotes, y sólo ellos pueden encender el fuego sagrado; pero la impudicia y la disolución manchan aquel hermoso templo.

Al principio me horrorizó cuanto veía; pero insensiblemente me acostumbré a verlo: ya no me espantaba el vicio, porque todo el mundo me empujaba al desorden; burlábanse de mi inocencia; mi encogimiento y mi pudor eran acogidos con sorna por aquellos desvergonzados. Nada omitían, por cierto, para despertar mis pasiones, para ponerme lazos y tentarme a los deleites. Cada día me sentía más débil; la buena educación que había recibido me sostenía bien poco, y todos mis buenos propósitos se desvanecían. Sentíame casi sin fuerzas para resistir al mal, que por doquiera me acechaba, y aun me avergonzaba de ser virtuoso. Era como un hombre que nada en un río profundo y rápido: al principio rompe las aguas y sube venciendo la corriente; mas si la orilla es escarpada y no puede descansar en ella, se cansa

al fin, las fuerzas le abandonan, los miembros, fatigados, se entorpecen y la corriente de las aguas le arrebató.

Así se oscurecían mis ojos, y mi corazón desfallecía, y dejaban de asistirme mi razón y la buena memoria de las virtudes de mi padre. Acababa de desahumarme el sueño en que viera al sabio Mentor como si estuviese yo en los Campos Elíseos; una misteriosa y suave languidez se iba apoderando de mí. La ponzoña ya circulaba por mis venas y penetraba hasta la medula de mis huesos. Suspiraba y derramaba lágrimas de amargura y rugía como un león aprisionado. ¡Oh, desgraciada juventud! —decía—. ¡Por qué, oh, dioses, hacéis pasar al hombre por esa edad de locura y de fiebre? ¡Ah, quién estuviera ya encanecido, encorvado y mirando al sepulcro, como mi abuelo Laertes! ¡La muerte me sería más agradable que sufrir la vergonzosa languidez en que me veo! Con estos pensamientos se templaba mi dolor y mi corazón, arrebatado por una loca pasión, sacudía casi enteramente el pudor; después me torné a ver sumergido en un mar de remordimientos. Durante esta agitación corría de una a otra parte, tal como corre el ciervo herido por el cazador, escalando montes, atravesando selvas, para aliviar su dolor; pero la flecha que le ha herido el costado va siempre con él; así yo también llevaba siempre conmigo algo que me hería el corazón.

Estando en esta situación percibí en lo más sombrío del bosque la figura del sabio Mentor;

pero me pareció su semblante tan pálido, triste y austero que no sentí alegría de verle.

—¿Sois —exclamé— mi querido amigo, mi única esperanza? ¿Sois, con efecto, vos, sabio Mentor? ¿Sois una engañosa esperanza o es vuestra sombra insensible a mis males? ¿Es cierto que aun no os contáis entre las almas venturosas que gozan del premio de sus virtudes y a quienes colman los dioses de goces puros en la paz eterna de los Campos Elíseos? ¡Hablad, oh, Mentor, si todavía vivís! ¿Seré tan dichoso que os posea o sois la sombra de mi amigo? —Y corría enajenado hacia él; y él me esperaba tranquilamente, sin dar un paso hacia mí. ¡Oh, dioses, vosotros sabéis la alegría que sentí cuando mis manos le tocaron! No; no era una sombra vana, sino que lo que tenía asido y abrazado era mi amigo Mentor. Regué su rostro con un torrente de lágrimas y quedé abrazado a él sin poder pronunciar palabra. Mentor me miraba tristemente, con ojos todo compasión.

Finalmente díjele:

—¿De dónde venís? ¡A qué peligros me habéis expuesto con vuestra ausencia! ¿Qué fuera de mí sin vos, en estas actuales circunstancias mías?

Mentor, sin responder a mis preguntas, me dijo:

—¡Huye de mí!

Su voz era terrible.

Y siguió diciendo:

—¡Apresúrate a huir! Aquí la tierra ofrece fru-

tos emponzoñados; el aire está corrompido y los hombres extienden el contagio de sus taras. La infame voluptuosidad, que es el más terrible de los males que han salido de la caja de Pandora, debilita la voluntad y no sufre virtud alguna. ¡Huye, pues! ¡Por qué te detienes? ¡Ni aun en tu fuga quieras volver la vista hacia atrás! ¡Borra hasta el recuerdo de esta isla nefanda!

Cuando terminaba de decirme estas cosas sentí como si una nube sombría se disipase ante mis ojos y me dejase ver la luz pura; una alegría dulce renacía en mi pecho, muy distinta de aquella otra, loca y sensual, que me embriagaba y turbaba en medio de las furiosas pasiones, antes de los crueles remordimientos; esta alegría de ahora era racional y me comunicaba algo de divino, como aquellas alegrías puras, siempre iguales e inagotables que, cuando más a ellas se entrega el alma, más suaves son, porque enajenan, pero sin perturbar el ánimo. ¡Dichosos los hombres —pensaba yo— en quienes se manifiesta la virtud con toda su belleza! ¿Es posible por ventura conocer la virtud sin amarla? ¿Es posible amarla sin ser feliz?

Mentor entonces me dijo:

—Es preciso que te deje; parto y no se me permite que me detenga.

—¿Adónde vais?—reliqué.

—Pretendes detenerme en vano. El cruel Metofis me vendió a unos mercaderes de esclavos que, pasando por Damasco, en Siria, para des-

hacerse de mí, creyendo sacar una fuerte suma de Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruirse en las costumbres y ciencias griegas, me ofrecieron a él, y éste me compró; lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres despertó en él el deseo de pasar a la isla de Creta, a fin de estudiar las sabias leyes de Minos. Durante nuestra navegación los vientos nos han obligado a tocar esta isla de Chipre, y mientras aguardábamos el viento favorable desembarcamos para visitar el templo y llevar a él nuestras ofrendas. Mira: los vientos nos llaman, puesto que su soplo ya hincha las velas. Adiós, Telémaco mío; acuérdate de los trabajos de Ulises y de las lágrimas de Penélope; acuérdate de los justos dioses, que protegen la inocencia, aun en esta tierra en donde me veo precisado a dejarte.

—¡No! ¡No! —le dije—. No lograréis dejarme aquí. ¡Antes morir! ¿No tendrá por ventura piedad de mí vuestro sirio? ¿Habría mamado, por ventura, la leche de una tigresa? ¿Querrá arrancarme de vuestros brazos? O me permitirá que os siga o causará mi muerte.

Vos mismo me exhortáis a que huya y, en cambio, evitáis que huya con vos. Yo mismo hablaré a Hazael. Quizá se compadezca de mi juventud y de mis lágrimas. Ya que es tan amante de la sabiduría y va tan lejos a buscarla, no es posible que tenga un corazón insensible. Yo me arrojaré a sus pies, me abrazaré a sus rodillas y no le dejaré hasta que permita que os siga. Mi amado

Mentor, yo me haré su esclavo. Voy a darme a él, y si me desaira, me quitaré la vida.

Diciendo esto, Hazael llamó a Mentor. Yo me adelanté, postrándome ante aquél. Hazael quedó sorprendido al verme en tal postura, ignorando quién fuese, y así, me dijo:

—¿Qué queréis?

—¡La vida!—respondí—. Porque no podré vivir si no me permitís que siga a Mentor, que es vuestro esclavo. Soy hijo del gran Ulises, el más sabio de los reyes de Grecia que asolaron la ciudad de Troya, famosa en toda el Asia. No os manifiesto mi nacimiento por vanidad, sino para que mis desgracias os inspiren alguna compasión. He recorrido todos los mares en busca de mi padre y en compañía de este hombre, que era para mí otro padre. Para colmo de mis males, la fortuna lo apartó de mi lado, y pues lo ha hecho vuestro esclavo, permitid que también yo lo sea. Y si es cierto que amáis la justicia y que vais a Creta para aprender las leyes de Minos, el buen rey, sea blando vuestro corazón a mis súplicas y mis lágrimas; ved al hijo de un rey reducido a solicitar la esclavitud como último recurso. En otro tiempo quise morir en Sicilia para evitarla; mis primeros infortunios no eran sino pruebas para los futuros ultrajes que debía inferirme la fortuna. ¡Oh, dioses! ¡Ved mis nuevos infortunios! Vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduría tanto admiráis, de quien ambos hemos de ser juzgados algún día en el reino de Plutón.

Hazael me miraba afablemente y, alargando su brazo, me levantó, diciendo:

—No echo en olvido la sabiduría y las virtudes de Ulises, porque Mentor me ha hablado muchas veces de la gloria que conquistó entre los griegos, ni hay pueblo en todo el Oriente donde no haya resonado la voz de su fama. Así es que podéis seguirme, hijo de Ulises; en mí tendréis un nuevo padre, hasta tanto que halléis al que habéis perdido. Aun cuando no me moviese a piedad la gloria y la fama de vuestro padre, sus desgracias y las vuestras y la buena amistad que me une con vuestro amigo Mentor serían bastantes para protegeros. Es cierto que le compré como esclavo, pero le conservo conmigo como a mi fiel amigo, y el dinero que me costó su compra no compensa el mejor amigo que pudiera desear en la tierra, porque en él hallé la sabiduría y a él debo el amor que a la virtud profeso. Desde este momento considérese libre y vos también lo sois; sólo os pido en correspondencia vuestro afecto.

¿Cómo no había de pasar en aquel instante del más amargo dolor a la ventura más intensa de que son capaces los mortales? Porque veíame libre de un gran peligro, me acercaba a mi patria, hallaba el auxilio indispensable para llegar a ella y tenía, además, el consuelo de ser acompañado del hombre que tanto me amaba por el amor que a la virtud profesaba; hallaba, en una palabra, a Mentor para no dejarle más.

Seguido de nosotros, Hazael se encaminó hacia

el puerto; subimos al navío, hendieron los remos las sosegadas olas, el blando céfiro jugueteó con las velas y empujó al navío en blando movimiento, y pronto la isla de Chipre fué desapareciendo de nuestros ojos.

Hazael deseaba conocer mi modo de pensar sobre los chipriotas, y así me preguntó por sus costumbres. Yo le confesé lealmente los peligros a que anduvo expuesta mi inexperta juventud y el combate interior que había sostenido. Y quedando prendado de mi horror al vicio, exclamó:

—¡Reconozco, Venus, tu poder y el de tu hijo! En tus altares he quemado incienso; mas permíteme que deteste con toda mi alma la infame molicie de los indígenas de tu isla y la impudicia brutal con que malquistan tus festividades.

Después sostuvo con Mentor una discreta conversación sobre el primer poder que creó los cielos y la tierra, la luz infinita e inmutable, que a todos se comunica sin mengua suya; la verdad soberana y universal que ilumina las inteligencias, a la guisa que el sol ilumina los cuerpos. Y así, decía:

—Quien nunca ha visto esta luz pura, puede decirse que es como un ciego de nacimiento, que pasa su vida en una eterna noche, como aquellos pueblos a los cuales no alumbra el sol durante muchos meses del año; podrá creer que es sabio y realmente es un necio; cree verlo todo y no ve nada, y muere finalmente sin haber visto jamás cosa alguna; cuando más, llega a entrever pálidas

y falsas luces y vanas sombras, fantasmagorías que no tienen realidad alguna. Así son los hombres a quienes arrastra el goce de los sentidos y el embeleso de la imaginación. Sólo merecen el nombre de hombres verdaderos los que estudian, aman y siguen esta razón eterna; ella es la que nos inspira cuando pensamos santamente y la que nos reprende cuando erramos; de ella recibimos la razón y la vida, y como un océano de luz, nuestra razón es como un arroyuelo suyo, pues de ella nace y a ella vuelve.

Yo no comprendía perfectamente la sabiduría profunda de este discurso; pero a través de él percibía un no sé qué de sublime que llenaba mi corazón, como si la verdad alentase en sus palabras.

Prosiguieron hablando del origen de los dioses, de los héroes, de los poetas de la edad dorada, del diluvio, de las primeras historias de los hombres, del río del Olvido, en que se sumergen las almas de los muertos; de las penas eternas, aparejadas para los impíos en el negro abismo del Tártaro, en fin, de la venturosa paz dada como premio a los justos en los Campos Elíseos, con la seguridad de no perderla nunca.

Los delfines, recubiertos de escamas, que bien parecían de oro y azul, retozaban entre las ondas espumosas; los tritones saltaban, haciendo resonar sus corvas trompas en derredor del carro de Anfitrite, tirado de caballos marinos, nítidos como la nieve, dejando tras de sí marcado el surco en las saladas ondas; sus ojos eran todo fuego que

despide humo; el carro era una concha maravillosa, blanca y resplandeciente como el marfil; sus ruedas eran de oro. Avanzaba aprisa, de modo que parecía volaba sobre el mar encalmado. Una infinidad de ninfas coronadas de flores iban en pos del carro, ondeantes sus cabelleras a merced de los céfiros. La diosa llevaba en la mano el cetro de oro, como señal de su imperio sobre las ondas, y con la otra sostenía sobre el pecho al pequeño dios Palemón, su hijo; el semblante de la diosa era sereno, y tan apacible su divina majestad, que a su vista huían los vientos traidores y las negras borrascas. Los tritones guiaban los caballos y sostenían las doradas riendas. Encima del carro flotaba el velamen de púrpura, hinchado por el soplo de los céfiros, impeliéndola. En medio estaba Eolo, solícito, inquieto, lleno de ardimiento; su rostro arrugado y triste, su voz de amenaza, sus cejas cerriles, sus ojos hundidos y llenos de fuego sombrío y austero, imponían silencio a los fieros aquilones y rechazaba las nubes. Enormes ballenas y todos los monstruos del mar lanzaban por sus narices los flujos de la onda salada, apresurándose a dejar sus covachas para ver pasar a la diosa.

LIBRO V

ARGUMENTO: Cuando Telémaco llegó a Creta supo que Idome-neo, rey de aquella isla, había sacrificado a su hijo único para cumplir un voto indiscreto; que los cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habían obligado al padre a que dejase el país y que, congregados para elegir otro rey, los cretenses le admitieron en aquella asamblea; ganó el premio en diferentes juegos; resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes y, vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo entero, le quisieron hacer rey.

Después de admirar este maravilloso espectáculo comenzaron a despuntar en la lejanía las montañas de Creta, apenas perceptibles entre las nubes del cielo y las ondas del mar.

Más tarde vimos la cumbre altiva del monte Ida, sobresaliendo sobre las demás de la isla, tal como el ciervo viejo yergue su cabeza sobre la manada de los cervatillos que le siguen. Después divisamos más claramente las costas de la isla, dispuestas en forma de anfiteatro. Así como inculta y descuidada nos pareció la campiña de Chipre, la de Creta, al contrario, era fértil y llena de frutos, gracias al trabajo de sus indígenas.

Por todas partes aparecían aldehuelas agradables, villas grandes como ciudades y multitud de ciudades opulentas. En todo el campo se notaba

la mano previsora del labrador; por doquiera el corvo arado había trazado sus surcos; los abrojos, los espinos y demás hierbas malas eran en Creta desconocidas. ¡Qué placentera la vista de aquellos hondos valles, donde inmensas vacadas mugían, a la orilla de los arroyos, sobre los abundosos pastos; rebaños de carneros apacentaban en la vertiente de una colina; la planicie se hallaba cubierta de trigales dorados, dones preciosos de la fecunda Ceres, y, en fin, los montes cubiertos de pámpanos, con sus racimos de uva ya en color, prometiendo a los vendimiadores los gratos dones de Baco, que causan alivio a los humanos.

Mentor nos manifestó que otra vez había estado en Creta, y por esto pudo referirnos cuanto de ella sabía.

—Esta isla —dijo— es tan admirada de todos los extranjeros como famosa por sus cien ciudades; sus habitantes son innumerables y, a pesar de serlo, todos encuentran en la isla el suficiente sustento, sin que la tierra se canse de ofrecerles sus dones, agradecida al cultivo, porque la fecundidad de su suelo es inagotable. Cuantos más hombres habitan una tierra, mientras sean laboriosos, mayor es la abundancia de que pueden gozar, porque la tierra es como una madre bondadosa, que multiplica sus dones según el número de sus hijos, cuando éstos corresponden con su laboriosidad a su cariño. El verdadero origen de los males suele ser la ambición y la avaricia, y así,

los que todo lo quieren y el ansia con que lo desean todo, aun lo superfluo, necesariamente les acarrea la infelicidad. Si los hombres se contentasen con una vida de sencillez, de satisfacer sus necesidades, por doquiera abundaría la alegría, la paz y la unión y la abundancia de lo preciso para la vida. Así lo juzgó Minos, el más sabio y el mejor de todos los reyes que han sido. Y así todas las maravillas de esta isla son consecuencia de sus leyes. La educación que dan a los pequeñuelos les hace sanos y robustos: se les acostumbra a una vida simple, frugal y laboriosa, y como se sabe que la voluptuosidad enerva el cuerpo y quita la fuerza al espíritu, no les proporcionan más placeres que los de hacerse invencibles por la virtud y los goces de la gloria. Aquí no se hace consistir el valor sólo en el desprecio de la muerte en medio de los peligros de la guerra, sino también en el desprecio de las riquezas excesivas y de los deleites vergonzosos. Aquí son castigados severamente tres vicios que en otros pueblos suelen quedar impunes: la ingratitud, el fingimiento y la avaricia. Como el fausto y la molicie son desconocidos en Creta, no hay necesidad de refrenarlos. Todos trabajan sin pensar enriquecerse; todos se hallan apegados a su trabajo y obtienen de él aquella vida tranquila y sosegada que les deja gozar pacíficamente de los dones abundantes de la Naturaleza. Está prohibido el uso de moblaje costoso y de trajes magníficos, las costumbres de festines demasiado deliciosos y el uso de palacios

de ostentación. Visten lana fina, teñida de hermosos colores; pero los vestidos que se usan son lisos, careciendo de adornos y bordados. En el seno de las familias reina la sobriedad: se bebe poco vino y las viandas principales consisten en el pan blanco, los frutos de los árboles y la leche de los ganados; si alguna vez se come carne es sin aderezos ni salsas, y lo que es muy digno de notar, conservan siempre los mejores ejemplares del ganado para que éste nunca degenerare. Las casas, muy limpias y claras, son alegres y cómodas, aun sin contar con adornos superfluos. Se cultiva con cariño las artes arquitectónicas; pero únicamente para los templos, pues los indígenas no se atreverían nunca a competir en sus casas con las de los inmortales. Los únicos bienes que anhela el hijo de Creta son: la salud, la fuerza, la valentía, la paz, la unión de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de lo preciso y el menosprecio de lo superfluo, el hábito del trabajo y el horror a la ociosidad, la emulación por la virtud, la sujeción a las leyes patrias y el justo temor a los dioses.

Yo le pregunté entonces cómo el rey ejercitaba su autoridad. Me contestó diciendo:

—Es señor absoluto de su pueblo, mas las leyes lo pueden todo sobre él; de modo que es absolutamente libre para hacer el bien, pero tiene atadas las manos para obrar el mal. Las leyes patrias le confían los pueblos como un sagrado depósito, con la condición de que sea padre de todos, y to-

dos quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y discreción a la felicidad de todos los cretenses, y no que tantos hombres sirvan con su miseria o una esclavitud infamante para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo. Porque un rey no debe obtener de sus súbditos sino lo que sea absolutamente indispensable para sus penosas funciones y para que pueda infundir honradamente el respeto que todos deben al que es el apoyo de las leyes patrias; y así, debe ser más sobrio que los demás hombres, más enemigo de la molicie y estar exento de la ostentación y de la altanería; no debe desear más riquezas ni más placeres que los demás hombres, y sí más virtud y más gloria que los demás. Fuera de las fronteras de su estado debe defender a su patria, dirigiendo los ejércitos, y dentro de las fronteras debe ser el juez que haga buenos, sabios y felices a sus súbditos. Los dioses no hacen que sea rey para sí, sino en bien de los demás; por esto el rey ha de ser el tutelar de sus pueblos y le debe todos sus desvelos, su tiempo y su valor. En tanto un rey es digno de su trono, en cuanto se olvida de sí mismo para sacrificarse por el interés público. Minos no quiso que sus hijos le sucedieran, sino bajo condición de que habrían de gobernar según las leyes; porque amaba más a su pueblo que a su propia familia; y así hizo, con su prudencia, a su Creta tan feliz y tan gloriosa; con su moderación eclipsó la gloria de los mismos conquistadores que hacen servir a los pueblos de pedestal de

su propia grandeza, que vale tanto a decir como de su propia vanidad; y con el ejercicio continuo de la justicia, mereció ser en los infiernos el juez de los que mueren.

En estas pláticas de Mentor estábamos, cuando llegamos a la isla. Vimos el famoso laberinto que ingeniara Dédalo, que evocaba el gran laberinto que habíamos visto en el Egipto. Contemplando aquel edificio tan curioso, notamos que el pueblo cubría la playa corriendo en tropel hacia un paraje cercano a la orilla del mar. Preguntamos la razón y un cretense llamado Neusícrates nos habló de este modo:

—Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto de Minos, concurrió con los demás reyes al sitio de Troya, y después de la toma de esta ciudad, partió de nuevo para Creta; pero tan violenta fué la borrasca que les envolviera durante la navegación, que el piloto y los más expertos no pusieron en duda la inminencia del naufragio y la próxima muerte de todos los navegantes; abiertos los abismos para tragarlos, lloraban su desgracia, sin la esperanza siquiera de hallar el reposo de las sombras de los que pasan la laguna Estigia, después de sepultados. En tal situación, Idomeneo levantó sus ojos al cielo para invocar a Neptuno de esta manera: «¡Oh, piadoso dios que mandas sobre la onda! Dígnate escuchar a este desgraciado; y si me concedes que pueda volver a la isla de Creta, a pesar del furor de esta galerna, te inmolaré la primera cabeza que se presente a mi vista». Su

hijo, ignorando que iba hacia su propia perdición, a la vuelta de su padre, se apresuró a abrazarle. Entretanto, Idomeneo salvóse del peligro y navegaba con alegría hacia el puerto, dando gracias a Neptuno porque escuchó su plegaria y aceptó su voto. Mas el presentimiento de una nueva desgracia le hacía dolerse del voto hecho tan indiscretamente, porque temía ver a su familia y al que más amaba en este mundo. Mas la cruel Nemesis, la diosa inclemente en el castigo de los hombres y en particular de los reyes orgullosos, impelía a Idomeneo con su mano invisible; de modo que, en llegando, al levantar la vista, sus ojos se posaron sobre su propio hijo, y retrocedió horrorizado, buscando en vano una cabeza menos querida para inmolarla. Su hijo, ignorante de todo, se echó en sus brazos y quedó sorprendido al ver que su padre no correspondía a su ternura; y así, anegado en lágrimas, le dice:

—Padre mío, ¿de qué proviene tu tristeza? ¿Será posible no os cause alegría la vista de vuestro hijo, después de una tan larga ausencia? ¿En qué os he ofendido? ¿Tanto horror os causo que apartáis la vista de mí?

Su padre, oprimido de dolor, no acertaba a contestarle. Mas, después, lanzando profundos suspiros, dijo:

—¡Oh, Neptuno! ¿Qué es lo que me has hecho prometer? ¿A cuánta costa me has librado del naufragio! ¿Vuélveme a las olas y estréllame en los escollos, pero conserva la vida de mi hijo! ¡Aquí,

Dios cruel, tienes mi sangre, para que la suya no se derrame!

Y diciendo esto, quiso traspasarse con su propia espada; y lo hiciera a no haberlo evitado los circunstantes. Entonces el anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, asegurándole que podía aplacar a Neptuno sin necesidad de sacrificar a su hijo, le dijo:

—Sin duda vuestra promesa ha sido imprudente, y aun se ofende a los dioses prometiéndoles crueldades; guardaos añadir a la imprudencia del voto el crimen de su cumplimiento contra las leyes naturales. Ofreced a Neptuno cien toros blancos como la nieve; haced que su sangre corra en derredor de sus altares cubiertos de flores y quemad en su honor olorosos perfumes.

Idomeneo le escuchaba taciturno y con los ojos bajos, lleno de furor y con el semblante extremadamente pálido; un extraño temblor agitaba sus miembros. Viéndole así su hijo, adelantándose, le dijo:

—Aquí me tenéis, padre mío, dispuesto a morir para aplacar a Neptuno; yo moriré contento por vos. Heridme; no temáis hallar un hijo indigno de vos, pues la muerte no me intimida. Y cayó el hijo empapado en su propia sangre, como si lo agitasen las Furias infernales, sorprendiendo a todos; su padre, después de atravesarle el corazón con su espada, arremete contra sí mismo, y lo hubiera hecho de no sujetarle los que le rodeaban. Entretanto, las sombras de la

muerte cerraban los ojos de su hijo, quien, entreabriéndolos, perdió la luz para siempre. Como el hermoso lirio cortado por el filo de la hoz, desfallece sin poderse contener; pero no por esto pierde su hermosura y nitidez tan agradable a la vista; así el hijo de Idomeneo cayó, como una flor segada en la primavera de sus años.

Su padre quedó insensible a su propio dolor; olvida dónde está, ni sabe qué ha hecho, ni qué debe hacer; alorado, marcha trémulo hacia la ciudad, preguntando por su hijo, mientras el pueblo, horrorizado, clama diciendo que su rey ha sido arrastrado por las Furias. El furor los provee de armas; utilizan porras y piedras y la discordia vierte en sus corazones la mortal ponzoña. Así los discretos cretenses echaron en olvido la cordura que los caracterizaba y desconocían al nieto del sabio Minos. Los amigos de Idomeneo, a fin de salvarle, le embarcan y se embarcan con él en sus navíos, y huyen, entregándose a la merced de los vientos; cuando Idomeneo vuelve en sí, manifiesta su agradecimiento por haberle sacado de la tierra empapada en la sangre de su hijo, en la cual no hubiera podido vivir más. El soplo de los vientos les lleva hasta la Hesperia y fundan allí un nuevo reino, en el país de los Salentinos.

Viéndose los cretenses sin rey que los gobierne, acuerdan elegir uno que sepa mantener la pureza de las leyes establecidas. Para esto juntáronse los principales ciudadanos de las cien ciudades y co-

menzaron sus sesiones con los sacrificios acostumbrados. Llamaron en consulta a los sabios más famosos de los países vecinos, para que juzgaran de la sabiduría de aquellos que parecieran dignos de obtener el mandato. Los cretenses desean un rey ágil, robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser extranjero sea obstáculo, y así se convoca a cuantos quieran aspirar al trono.

Habiéndonos referido Nausícrates esta interesante historia, dijo:

—Apresuraos a venir a nuestra asamblea; discutiréis con los demás, y si los dioses os favorecen, quizá alguno de vosotros será elegido rey de nuestra isla.

Le seguimos, desde luego sin el deseo de vencer, sino movidos más bien por la curiosidad de contemplar hechos tan extraordinarios. Llegamos en esto a una especie de circo muy capaz, situado en el centro de un espeso bosque; en medio hallábase el palenque para los combatientes y en derredor un gran anfiteatro recubierto de césped, sobre el cual se sentaba una muchedumbre innumerable. Cuando llegamos, los cretenses nos recibieron con honores, pues ofrecen la hospitalidad más noble y religiosamente que ningún otro pueblo. Nos hicieron sentar y nos convidaron a combatir. Aun cuando mi juventud y mi fuerza me estimulaban, miré a Mentor para ver si descubriría en él algún consejo; y luego que lo conocí, acepté la oferta y me despojé de mis ropas. Derramaron sobre mis miembros abundantes y sua-

ves óleos y me incorporé con los demás combatientes. Oí que se decía por todas partes: «Este es el hijo de Ulises, que aspira a ganar el premio». Muchos cretenses que habían estado en Itaca me habían conocido durante mi niñez.

El primer ejercicio consistió en una lucha. Un rodio de unos treinta y cinco años de edad venció a cuantos se le opusieron; tenía unos brazos nervudos y fuertes; al menor movimiento vibraban todos sus músculos, y era tan ágil como forzado. No me tuvo por digno de combatir con él, y, compadeciéndose de mis pocos años, quiso retirarme; pero yo le salí al encuentro, nos asimos y nos estrechamos tanto que casi no podíamos respirar; hombro a hombro, pie contra pie, tendidos los nervios y los miembros entrelazados como serpientes, hacíamos mutuamente el último esfuerzo para echarnos al suelo. El rodio intentaba sorprenderme, impeliéndome hacia un lado, o se esforzaba en doblegarme hacia el contrario; pero mientras así me tanteaba, le di un empujón violento que le dobló el lomo; cayó en la arena y me hizo caer con él. En vano pretendía ponerse encima de mí, porque ni aun le dejaba moverse, hasta que el pueblo exclamó: «¡Del hijo de Ulises es la victoria!» Sólo entonces ayudé a levantarse al desilusionado rodio. Más peligroso fué el combate del cesto. Había conquistado justa reputación en este juego el hijo de un hacendado ciudadano de Samos; todos, menos yo, le cedieron la victoria. Dióme al principio dos golpes, el uno

sobre la cabeza y otro en el pecho, que me hicieron arrojar sangre y nubló la vista; él me estrechaba más y más, y yo ya vacilaba, cuando me reanimó este grito de Mentor: «¡Hijo de Ulises! ¿Tolerarás que te venzan?» El furor me dió fuerzas y pude evitar muchos golpes que me hubieran puesto fuera de combate. Cuando el samio me hubo dado un golpe en falso y su brazo se extendiera vanamente, procuré sorprenderle en esta postura, y cuando ya comenzaba a retroceder, alcé mi cesto para descargar el golpe; queriéndole evitar, flaqueó sobre la arena, y estando en el suelo le largué mi mano para ayudarle a levantar. Púsose de pie, cubierto de sangre y de polvo y aun cuando su vergüenza era mucha, no intentó proseguir el combate.

Después comenzó la carrera de los carros; éstos fueron repartidos por suerte. A mí me tocó el peor, así en la ligereza de las ruedas, como en el brío de los caballos; partimos, levantando una nube de polvo. Al principio no me preocupó que me pasasen delante, mientras un joven lacedemonio nos iba dejando atrás a todos; el que más de cerca le seguía era un cretense llamado Policletes Hipómaco, pariente de Idomeneo, aspirante a sucederle; dió rienda suelta a los caballos, y cubriéndose éstos de sudor, flotantes las crines; tan rápido era el movimiento de las ruedas de su carro, que bien parecían llevar alas como las águilas que hienden los aires. Animáronse, por fin, mis caballos; poco a poco cobraron alientos y pude

dejar atrás a cuantos me habían adelantado. El furor con que Hipómaco fustigaba a sus caballos hizo que tropezase el más valiente y con su caída quitase al pretendiente la esperanza del trofeo. Policletes, por inclinarse demasiado sobre los suyos, no pudo sostenerse en un tropezón de su carro; fuéronsele las riendas de las manos y poco faltóle para no perder la vida. Viendo Crantor, lleno de indignación, que yo le alcanzaba, redobló su ardor, invocando a los dioses y prometiéndoles ricas ofrendas, y azuzaba vivamente sus caballos; pero los míos, menos fatigados que los suyos, ya se disponían a pasarle delante, no quedándole otro recurso que el de cerrarme el paso. Y así fué que, queriéndolo hacer, dió contra la meta, rompiéndose en ella una rueda. Yo no pensé más que en dar la vuelta para evitar el enredo y llegué al término de la carrera. Entonces el pueblo exclamó: «¡La victoria para el hijo de Ulises! ¡Ese es el que nos envían los dioses para que nos gobierne!» Después, los más ilustres sabios cretenses nos condujeron al bosque sagrado, oculto a las miradas de los profanos, donde querían examinarnos los ancianos constituídos por Minos como jueces sobre su pueblo y guardadores de las leyes; no admitiendo sino a los que habíamos tomado parte en los juegos. Abrieron los sabios el libro donde se hallaban escritas las leyes de Minos. Yo sentía en mi interior un respeto profundo y una gran confusión, cuando me iba acercando a aquellos ancianos, tan venerables por

su edad y tan vigorosos de espíritu. Sentáronse por su orden, e inmóviles en sus respectivos asientos, nos aguardaron. Muchos eran calvos y los más con los cabellos encanecidos por la edad; resplandecía en sus semblantes la suavidad y serenidad de la sabiduría; no se apresuraban en el hablar, ni por hablar, ni decían sino lo que llevaban resuelto de antemano. Cuando había discordancia entre sus dictámenes, tanta era la moderación con que cada uno mantenía su opinión, que cualquiera hubiese apreciado que todos convenían entre sí; la larga experiencia del pasado y el hábito del trabajo les daban grandes conocimientos sobre todas las materias; y lo que más rectificaba su razón era la tranquilidad de ánimo, exenta de las locas pasiones y caprichos de la juventud. Todas sus acciones iban unguidas de prudencia y el fruto de su constante virtud era tener sujetos sus deseos, gozando de seguir sin trabajo los dictados de la razón. La admiración que me causaron hizo que les envidiase la ancianidad, deseando el acertamiento de mi propia vida, a fin de llegar a ella. Porque parecióme desgraciada la juventud por ser de suyo tan impetuosa y por hallarse tan alejada de aquella virtud iluminada y tranquila.

El jefe de los ancianos abrió reverentemente el libro de las leyes de Minos; libro voluminoso que se guardaba en una caja de oro aromatizada. Luego todos los ancianos lo besaron con respeto, porque decían que, después de los dioses que dic-

taban las buenas leyes, nada es tan sagrado como éstas; pues por ellas los hombres se hacen justos, sabios y dichosos. Así, los jueces deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de reinar la voluntad de un hombre, sino la ley. Así razonaban aquellos santos varones. Después, el que presidía la asamblea propuso tres cuestiones que debían resolverse según las máximas de Minos.

Era la primera, saber cuál fuese el hombre más libre.

Unos contestaron que era el rey que tuviese imperio absoluto y que al mismo tiempo hubiese vencido a todos sus enemigos. Otros sostuvieron que el hombre bastante rico para satisfacer todos sus caprichos. Otros, que el más libre era el soltero que empleaba la vida viajando por todos los países, sin estar sujeto a las leyes de ninguno de ellos. Otros, que lo era el salvaje que, manteniéndose de caza, vivía en el bosque independientemente de toda necesidad y policía. Otros, que era el recién emancipado que, pasando de los rigores de la esclavitud a las dulzuras de la libertad, sabría disfrutarlas mejor que nadie. Otros, por fin, opinaron que el más libre era el moribundo, porque la muerte le libraba de todo y todos los hombres juntos no tenían ningún poder sobre él. Cuando me tocó hablar a mí, como tenía presente las máximas que Mentor me había inculcado, respondí que el más libre era el que sabía serlo, aun en la esclavitud. En cualquier país, entre todos

los pueblos, es libre el hombre que teme a los dioses y a la razón. Los ancianos se miraron entre sí, sonriéndose, maravillados de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Fué la segunda cuestión, cuál es el más infeliz de los mortales. Cada cual dijo cuanto se le ocurrió: uno, que era el que no tenía ni bienes, ni salud, ni honra; otro, que lo era el que no tenía ningún amigo; otro, el que tenía hijos ingratos e indignos de él. Un sabio de la isla de Lebos afirmó: «el más infeliz de los mortales es el que cree serlo; porque la infelicidad depende más de la impaciencia en medio de la desdicha, que de la desdicha misma». Al oír este dictamen, todos aplaudieron, creyendo que este sabio ganaba la partida. Pero cuando me tocó el turno, siguiendo las máximas de Mentor, respondí: «el más infeliz de los hombres es el rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables a los demás hombres. Porque su ceguera duplica su desgracia: ni conoce el mal que padece, ni le fuera posible curarlo, porque teme aun conocerlo; pues la verdad no llega hasta él, porque no penetra entre la turba de aduladores que le rodea. Tiranizado por sus propias pasiones, desconoce su deber; jamás goza del placer que resulta obrando el bien, ni conoce al que infunde la hermosa virtud. Este sí que es infeliz y merece serlo; su desdicha, además, crece siempre; corre a su propia perdición, y los dioses se preparan para confundirle con un castigo eterno.» La asamblea aplaudió y los ancianos declararon

que mi respuesta convenía con las máximas de Minos.

La tercera cuestión fué esta: ¿Quién es preferible, el rey conquistador e invencible en la guerra, o el que, sin tener experiencia de ella, es a propósito para gobernar con prudencia a sus pueblos, en la paz?

Los más estuvieron por el primero; porque decían: ¿Qué vale un rey, aun cuando gobierne bien cuando el reino goza de paz, si en tiempo de guerra no acierta a defender sus estados? Porque en este caso quedará vencido y su pueblo esclavizado. Otros opinaban que era mejor el rey pacífico, porque temiendo a la guerra, procuraría evitarla. Otros gustaban más de un rey conquistador que, exaltando su gloria, proporcionase la felicidad a sus vasallos, haciéndolos dueños de otras naciones. Mi parecer fué como sigue: «Yo creo—dije—que un rey que no sabe gobernar sino en la paz y que no es capaz de hacerlo en ambos estados, sería un rey a medias; y comparando a un rey sólo versado en las artes de la guerra con un rey sabio que, sin entender de ella, sea capaz de sostenerla por medio de sus jefes militares, entiendo que éste es preferible. Porque el rey únicamente guerrero, con el afán de extender sus dominios y acrecentar su gloria, es capaz de meter a su pueblo en empresas en que todo se ponga en peligro, incluso la libertad de la patria, arruinando a su pueblo. De nada sirve el pueblo, si este pueblo vive infeliz bajo su dominio, por más que

acreciente sus reinos. Además, las guerras largas traen consigo muchos desórdenes, corrompiéndose hasta los vencedores. Mucho costó a Grecia el triunfo sobre Troya, pues por espacio de más de diez años se vió sin reyes. Cuando estalla la guerra, ni aun lo más sagrado está seguro; las leyes, las artes y los cultivos, decrecen; y los reyes, a veces, se ven obligados a tolerar la licencia y a servirse de los malvados. Muchos de éstos, en tiempo de paz, serían castigados; pero en medio de los desórdenes de la guerra, hasta a veces precisa premiar su audacia. Por lo demás, no hay noticia de ningún pueblo que no haya tenido que sufrir, viviendo bajo el gobierno de un rey ambicioso. El conquistador envanecido con sus glorias esquilma tanto a su país, como a los enemigos. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, tampoco logrará que sus vasallos se aprovechen del fruto de sus victorias; semejante a un hombre que, usurpando las tierras de su vecino, no supiese cultivar las suyas propias. Un hombre semejante, mejor sirve para destruir, asolar y trastornarlo todo, que hacer feliz a un pueblo bajo su gobierno. Es cierto que un rey pacífico, que no vale para las grandes conquistas, no ha nacido para turbar la tranquilidad de los pueblos que le están sometidos, promoviendo conquistas de otros; pero si es verdaderamente apto para el buen gobierno de la paz, será justo, moderado y tratable con sus vecinos; no emprenderá contra ellos cosa alguna que pueda turbar

la buena armonía; será fiel en sus alianzas, y sus aliados le amarán, le temerán y confiarán en él. Si tuviese algún vecino inquieto, altivo o ambicioso, todos los demás se le unirán para combatirlo, si se hace preciso. La probidad, la buena fe y la moderación le harán árbitro entre todos. Mientras el rey demasiado emprendedor se hace odioso a los demás reyes, el pacífico tiene la gloria de ser como un padre y un tutor de los demás reyes. Tales son las ventajas notorias que acarrea. Pero aun son más solícitas las que se obtienen en su propio reino, porque gobierne según las sabias leyes; reprime el lujo, la molicie y todo lo que redundando la lisonja de la vida licenciosa; procura el florecimiento de las artes útiles y, sobre todo, las necesarias para la vida, aplicando principalmente sus actividades a proteger y favorecer la agricultura, por cuyo medio entra la abundancia en los reinos. Un pueblo laborioso, de costumbres sencillas, que ha aprendido a vivir con poco, se multiplica hasta el infinito. Ved aquí, en este reino, un pueblo innumerable, virtuoso, robusto, no afeminado por los placeres, ejercitado en la virtud, no apegado a los deleites de una vida regalada y muelle, que sabe despreciar la muerte y que aun la prefiere a vivir sin libertad, gozando bajo el gobierno de un rey sabio que se aplica a reinar para que sólo reine lo razonable. El conquistador que acometa a este pueblo, quizá no le hallará lo bastante instruído en las tácticas guerreras y en los estados de sitio; por su número,

su valor, su paciencia y aun la costumbre de sufrir la pobreza, su intrepidez y su virtud no permitirán que sucumba. Además, que si el rey pacífico no tiene la experiencia necesaria para gobernar los ejércitos, tendrá la discreción suficiente para elegir capitanes capaces, y servirse de ellos, sin menoscabo de su dignidad; obtendrá auxilios de sus aliados; sus vasallos, antes preferirán morir que pertenecer a otro rey, y, si es preciso, los mismos dioses combatirán por él. Luego tendrá grandes recursos en medio del peligro. Concluyo, pues, que el rey pacífico que ignora el arte de la guerra es un rey imperfecto, porque no conoce todas sus funciones, una de las cuales es vencer a los enemigos; pero añadido que es infinitamente superior a un rey demasiado guerrero, porque éste carece de las cualidades indispensables para gobernar bien en tiempo de paz».

Advertí que muchos de la asamblea desaprobaban mi opinión, porque la mayor parte de los hombres están deslumbrados por el esplendor de la gloria consiguiente a las guerras y conquistas, y prefieren éstas a la tranquilidad y a la solidez de la paz y del buen gobierno de los pueblos; pero todos los ancianos convinieron en que yo interpretaba bien el pensamiento de Minos. El que presidía exclamó:

—¡Ya entiendo cumplido el oráculo conocido en toda la isla! Había consultado Minos a Apolo para saber cuánto tiempo reinaría su estirpe, según las leyes que acababa de establecer; y Apolo

le contestó: «Los tuyos dejarán de reinar cuando un extranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes». Teníamos el temor de que algún extranjero viniese en nuestras riberas en son de conquista; mas la desgracia de Idomeneo y la sabiduría del hijo de Ulises, que es quien mejor entiende el sentido de las máximas de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿Por qué tardamos en coronar rey al que los hados nos han traído?

LIBRO VI

ARGUMENTO: Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta para poder volver a Itaca; que propuso elegir a Mentor, quien también la rehusó; instado Mentor por la asamblea para que, en nombre de la nación, eligiese el que le pareciera más digno, expuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual fué al instante proclamado rey; después se embarcaron para Itaca; pero Neptuno, por complacer a Venus, irritada, les hizo padecer naufragio, por el que fueron a parar a la isla de Calipso.

Los ancianos salieron del anfiteatro del bosque, y llevándome el jefe de ellos de la mano, anunció al pueblo la decisión según la cual era yo merecedor del premio. Levantóse un murmullo general, y los gritos de júbilo resonaron por toda la marina, hasta las montañas; todos clamaban unánimemente: «¡Sea el rey de los cretenses el hijo de Ulises, semejante a Minos!»

Yo, haciendo una señal con la mano levantada, supliqué que me escuchasen. Entretanto, decíame Mentor al oído:

—¿Serías capaz de renunciar a tu patria? ¿Por ventura la ambición de reinar te hará olvidar a Penélope, que funda sus esperanzas en ti y en el gran Ulises, a quien los dioses han decretado devolvarte?

Tales palabras entraron hasta lo más hondo

de mi corazón y me sostuvieron contra la ambición de reinar en Creta. Haciéndose el silencio en la muchedumbre, pude hablar a los cretenses, e hícelo de la siguiente manera:

—Ilustres hijos de Creta: Yo no soy digno de mandaros. Mirad: realmente, el oráculo que se acaba de recordar deja fuera de duda que la estirpe de Minos ha de cesar cuando llegue a la isla un extranjero, y entonces hará que reinen de nuevo sus leyes sabias; mas no dice que haya de reinar aquel extranjero. Convengamos en que sea yo el extranjero a que se refiere el oráculo, porque yo cumplí la predicción; vine a esta isla y descubrí el verdadero sentido de las leyes; deseo que mi explicación sirva para que reine en ella el hombre que elijáis. Por lo que a mí me toca, prefiero mi patria, la pequeña isla de Itaca, a las cien ciudades de Creta y a la gloria y opulencia de vuestro reino. Permitid que pueda seguir el designio de los hados; creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido estimulado por la ambición de reinar, sino para merecer vuestro afecto y vuestra compasión y me facilitéis los medios necesarios para volver cuanto antes a mi suelo natal; porque más en estima tengo la obediencia a mi padre Ulises y servir de consuelo a mi madre Penélope, que ser rey de todos los pueblos de la tierra. ¡Hijos de Creta! Os he abierto mi corazón. Me es preciso dejaros; pero sólo la muerte pondrá término a mi afecto y a mi reconocimiento; porque, no lo pongáis en duda, Te-

lémaco amará a los cretenses hasta el último aliento de su vida, ni se interesará menos por la gloria de Creta que por la suya propia.

Apenas dije, cuando se levantó un murmullo en la asamblea semejante al de las olas del mar cuando la galerna las echa unas contra las otras. Decían unos: «¿Será éste, por ventura, algún dios que ha tomado forma humana?» Otros sostenían que me habían visto en otros países y que me reconocían; ni faltó quien pregonase que se me debía obligar a recoger el cetro. Cuando me fué posible, pedí de nuevo la palabra; todos permanecían en silencio, dudando si aceptaría el cetro; lo rehusé de nuevo; yo les dije:

—Permitid, hijos de Creta, que os diga lo que pienso de vosotros. Sois el más sabio de todos los pueblos; mas la prudencia exige, según opino, una precaución en que no pensáis. Debéis elegir, no al que discurra mejor sobre las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas más fielmente y con mayor constancia. Yo soy joven y por ende sin experiencia, expuesto a la violencia de las pasiones y más en estado de aprender obedeciendo para saber reinar algún día; yo no debo mandar al presente. No deis la preferencia al que haya vencido en los juegos del cuerpo y del ingenio, sino al que sabe vencerse a sí mismo. Buscad, en fin, al hombre que lleve impresas las leyes en el fondo de su corazón y cuya vida entera demuestre que se las ha aplicado a sí mismo y sea más su ejemplo que sus palabras lo que os determine a votar.

Complacidos los ancianos con este discurso, y viendo como aumentaban los aplausos de la asamblea, me dijeron:

—Pues los dioses nos quitan la esperanza de que seáis nuestro rey, ayúdanos al menos a buscar el que nos falta. ¿Conocéis a alguien que sea capaz de gobernar con la discreción que ponderáis?

—Conozco a uno —dije de pronto—, a quien debo cuanto estimáis en mí; su sabiduría, no la mía, es la que os ha hablado por mi boca; él es quien me ha inspirado las respuestas que os he dado.

Dicho esto, todos los ojos se fijaron en Mentor, al cual señalaba yo teniéndole asido de la mano. Referí lo mucho que había cuidado de mí durante mi infancia; los peligros de que me vi libre por sus consejos y los males que me hubiesen sobrevenido de no ponerlos en práctica. Al principio nadie había reparado en él, a causa de su traje sencillo y descuidado, de su modesta figura, de su silencio y, sobre todo, de su semblante serio y reservado. Pero luego que más detenidamente le miraron, descubrieron en su semblante firmeza y señorío y el aire brioso de todas sus acciones. Le preguntaron muchas cosas y acordaron proclamarle rey. Pero Mentor rehusó sin inmutarse lo más mínimo, diciendo que prefería la vida privada, en que se goza de sosiego, a los esplendores del trono; que aun los reyes mejores son siempre infelices, porque nunca hacen el bien que qui-

siéran y porque muchas veces hacen el mal sin quererlo, por dejarse llevar de los aduladores; que la esclavitud es en realidad menos miserable que la soberanía, porque ésta no es más que una esclavitud disfrazada. «Un rey —decía— depende de todos aquellos de que necesita para hacerse obedecer. ¡Dichoso quien no está obligado a mandar! Solamente la patria, pidiendo el ejercicio de la autoridad, puede obligar a perder el tesoro de nuestra libertad.» Los cretenses estaban cada vez más admirados, y le preguntaron a quién debían escoger. Entonces Mentor dijo:

—Debéis escoger al que os conozca bien, porque os habrá de gobernar; y que el elegido tema gobernaros. Quien desee ser vuestro rey no conocerá la autoridad real; y ¿cómo podría desempeñar bien el ejercicio del mando sin conocerle? Vosotros no necesitáis del que se busca a sí mismo, que tal fuera aquél, sino al que únicamente por amor vuestro acepte ser rey.

Todos los cretenses quedaron admirados viendo cómo aquellos dos extranjeros rehusaban la autoridad real. Y como quisieran saber con quién habían llegado a la isla, Neusícrates, que los había acompañado desde el puerto hasta la palestra donde se habían celebrado los juegos, les mostró a Hazael, con quien Mentor y Telémaco habían llegado a la isla, procedentes de la de Chipre. Todavía se admiraron sabiendo que Mentor había sido esclavo de Hazael, y que éste, prendado de sus virtudes y de su sabiduría, le había hecho

su consejero y su mejor amigo; y que Hazael había venido de Damasco de Siria para instruirse en las leyes de Minos, que tan intensamente amaba la sabiduría.

Los ancianos dijeron a Hazael:

—No nos atrevemos a rogaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que Mentor. Menospreciáis demasiado a los hombres para querer gobernarlos, y además miráis con mucho desprendimiento las riquezas del trono y sus esplendores para que queráis adquirirlos a costa de las fatigas anejas al gobierno de los pueblos.

—No creáis, cretenses —contestó Hazael— que desprecie a los hombres; al contrario: sé muy bien que es glorioso ocuparse en hacerles buenos y dichosos; pero, en verdad, tal ocupación acarrea infinitos disgustos y peligros. El esplendor es falsedad y no puede infatuar más que a las almas vanas. La vida es demasiado corta; las grandezas, antes que satisfacer las pasiones, las irritan; y para aprender a despreciar estos bienes he venido de lejos, que no para conseguirlos. Yo no pienso sino en retornar a mi patria para pasar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente el corazón y las esperanzas de una vida mejor me consuelen para sobrellevar los achaques de la vejez. Si algo puedo desear no es el trono, sino sencillamente separarme de estos dos hombres que veis.

Los cretenses, dirigiéndose entonces a Mentor, exclamaron:

—¡Oh, el más sabio y grande de los mortales! Decidnos, pues, quién nos puede gobernar. No penséis partir sin habernos dicho en quién ha de recaer la elección.

Mentor, entonces, contestó:

—Cuando me hallaba confundido entre los espectadores, mis ojos se fijaron en un hombre ajeno a todo deseo, quien, aunque anciano, era fuerte y vigoroso; pregunté cómo se llamaba y me dijeron que Aristodemo. Cuando le dijeron que sus dos hijos se habían presentado para luchar, él no demostró ningún entusiasmo, antes dijo que al uno no le deseaba los riesgos del trono, y que amaba mucho a su patria para desear que reinase el otro. De lo cual pude inferir que este padre amaba a uno de los hijos por las virtudes, y sabía disimular los extravíos del otro. Creciendo mi curiosidad, pregunté qué vida llevaba aquel anciano, y me contestaron que había tomado parte en muchas guerras, y tenía el cuerpo lleno de cicatrices; pero que por la sinceridad de su virtud, exenta de petulancia, había venido a ser antipático a Idomeneo; que éste temió a un hombre cuyos sabios consejos no tenía fuerza de seguir, y, además, tuvo envidia de la gloria, que no hubiese tardado en conquistar. Ello fué que, olvidándose de todos sus servicios, le abandonó a la pobreza y al desprecio de los hombres groseros e infames que sólo estiman las riquezas. Pero que él, contento con su pobreza, vivía en paz y alegría en un paraje retirado, cultivando con sus propias

manos su pequeña hacienda. Le ayuda uno de los hijos, se aman tiernamente y son felices; su frugalidad y su amor al trabajo les ofrecen la necesaria abundancia para una vida sencilla, repartiendo entre los pobres enfermos lo que excede para llenar sus propias necesidades y las de su hijo. Enseña a los jóvenes a trabajar, les exhorta y les instruye; es el juez entre los vecinos, cuando ocurren disidencias entre ellos, y el verdadero padre para todos. Su única desgracia la constituye tener un hijo que no secunda sus sabios consejos; después de tolerarle mucho tiempo, esperando un cambio de conducta, por fin tuvo que echarlo de su casa; y ahora el hijo pródigo vive abandonado a sus locas ambiciones y a los placeres. Esto es, cretenses, lo que me han referido; vosotros sabréis si esto es cierto. Si efectivamente ese hombre es tal cual lo pintan, no tenéis por qué celebrar más juegos y certámenes, ni buscar entre los extranjeros; porque en vuestra propia casa tenéis a uno que os conoce y a quien conocéis, instruído en la guerra y que ha demostrado su valor, no sólo entre flechas y dardos, sino también en medio de su pobreza espantosa; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo y sabe cuánto vale la agricultura; que detesta el fausto; que no se deja llevar de un amor ciego hacia sus hijos; que ama la virtud del uno y condena los vicios del otro; en una palabra, tenéis a un hombre que ya se ha hecho verdadero padre del pueblo. Con él tendréis rey,

si queréis que reinen entre vosotros las leyes de Minos.

—Cierto es —clamaron los cretenses— que Aristodemo es tal cual decís; él, pues, debe reinar sobre nosotros.

Los ancianos, entonces, enviaron por él; buscaronle entre la muchedumbre y se le halló confundido entre los de la última plebe. Preséntase tranquilo, se le hace saber que se le ha elegido rey de los cretenses, y responde de la siguiente manera:

—No admito el cetro, sino bajo tres condiciones: primera, que dentro de dos años lo dejaré si durante ellos no he logrado haceros mejores o si os oponéis al cumplimiento de las leyes; segunda, que he de ser dueño de continuar la vida frugal y modesta de ahora; tercera, que mis hijos no tendrán distinción ninguna y que, después de mi muerte, serán tratados sin preferencia, según su mérito, como los demás ciudadanos.

Dichas estas palabras, resonaron vítores de alegría, y el jefe de los ancianos ciñó la corona en las sienes de Aristodemo; se hicieron grandes sacrificios a Júpiter y a los otros dioses supremos, y Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria de los reyes, sino con una noble sencillez. Dióle a Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño del sabio legislador, y un compendio de toda la historia de Creta, desde el tiempo de Saturno y la Edad de Oro; hizo poner en su nave toda clase de buenos fru-

tos de la isla, desconocidos en Siria, y le ofreció cuantos auxilios pudiera desear.

Viendo que nos dábamos prisa para marchar, dispuso que se nos equipase un navío bien tripulado de remeros y de tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Y habiéndose levantado un viento favorable para la ruta de Itaca, contrario a la de Hazael, éste fué obligado a esperar un poco más. Nos vió partir después de abrazarnos como a amigos a quienes no volvería a ver más.

—Los dioses son justos —decía—, y bendiciendo la amistad fundada en la virtud, algún día nos volverán a reunir; y aquellos campos afortunados, donde los justos gozan de la paz eterna después de la muerte, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamás. ¡Ojalá mis cenizas se juntasen con las vuestras!

Y al decir estas últimas palabras derramaba abundantes lágrimas y lanzaba hondos suspiros que le embargaban la voz. No lloramos menos nosotros; y nos acompañó hasta el navío.

Aristodemo nos dijo:

—Vosotros acabáis de hacerme rey; acordaos de los riesgos a que me habéis expuesto, rogando a los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría y que exceda tanto en moderación a los demás hombres, cuanto les excedo en autoridad. Yo por mi parte rogaré que os conduzcan felizmente a vuestra patria, que confundan la insolencia de vuestros enemigos y os concedan ver en paz a Ulises reinando sobre su amada Pené-

pole. ¡Telémaco! Os doy un buque bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podéis servir contra estos hombres injustos que persiguen a vuestra madre. Id, y sed felices. Para vos, Mentor, sois sabio y nada sé deseáros. Contad conmigo hasta la muerte.

Nos abrazó, y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

El viento que henchía nuestras velas nos prometía buena navegación. Ya el monte Ida no era a nuestros ojos más que una colina; las riberas desaparecían; las costas del Peloponeso avanzaban hacia nosotros.

De repente una negra borrasca ocultó el cielo a nuestra vista e irritó las ondas del mar. El día se convirtió en noche; su obscuridad parecía la de la muerte. ¡Oh, Neptuno! Con tu soberbio tridente alborotaste las ondas de tu imperio. Para vengar a Venus del desprecio que de ella hicimos en su templo de Citeres, recurrió a aquel dios y le habló con dolor de su corazón, arrasados en lágrimas sus hermosos ojos (así me lo ha contado Mentor), diciendo:

—¿Podréis consentir que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses lo conocen, y estos temerarios mortales se han atrevido a vituperar cuanto en mi isla se hace; jáctanse de una consumada sabiduría y llaman locura al amor. ¿Os habéis olvidado que he nacido en vuestro imperio? ¿Por qué tardáis

en sepultar en vuestros abismos profundos a esos dos hombres que me son indufribles?

Apenas terminó de hablar, cuando Neptuno levantó sus ondas hasta el cielo, y Venus, alegrándose, creyó inminente nuestra ruina. Turbado el navarca, exclamó que le era imposible resistir el ímpetu de los vientos que nos impelían raudamente contra los roquizares. Una ráfaga rompió el mástil y poco después sentimos cómo la nave se estrellaba en las puntas de los escollos; el agua entró por todas partes, hundiendo nuestro navío. Los remeros dirigían al cielo lamentables gritos, y yo, abrazando a Mentor, le dije:

—Muramos, Mentor, muramos; al menos, tengo el consuelo de morir con vos. Inútil fuera disputar la vida a esta tempestad.

Entonces me dijo Mentor:

—El verdadero valor siempre encuentra algún recurso; no basta estar dispuesto para recibir bien a la muerte; sin temerla es preciso hacer cuanto sea posible para dominarla. Tenemos uno de estos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y exaltados suspira por la vida sin buscar los medios para conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Seguidamente tomó un hacha y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba al navío; echóle fuera y se arrojó sobre él, en las ondas furiosas; me llamó por mi nombre, animándome a seguirle. Así como un árbol corpulento contra el cual se han conjurado los vientos permanece inmóvil,

asegurado en sus propias raíces, de suerte que el mayor vendaval no hace sino mover sus hojas, así Mentor, firme, valiente, sereno e impasible, parecía mandar a los vientos y a las olas. Yo le seguí; porque ¿quién, animándole Mentor, no le seguiría?

Nos conducíamos nosotros mismos sobre aquel mástil flotante; gran socorro fué tenerlo, porque de haber tenido que nadar, pronto se hubiesen agotado nuestras fuerzas. Como la borrasca hacía voltear el mástil y nos hallábamos sumergidos en el agua, entonces bebíamos agua salada, que arrojábamos luego por la boca, oídos y narices, disputando con las olas, para alcanzar a subir de nuevo al madero. A veces alguna ola gigante como una montaña, pasaba por encima de nosotros; entonces nos agarrábamos fuertemente, temerosos de que a su impulso pudiésemos perder el mástil, que era nuestra única esperanza.

Mentor, muy sereno en esta situación tan espantosa, como cuando se sentaba en el verde césped, me decía:

—¿Por ventura crees que tu fortuna se halla abandonada a las ondas y a los vientos? ¿Qué pueden hacer contra ti las ondas y los vientos, sin la voluntad de los dioses? Estos deciden sobre todos los hechos; temámosles, pues, y no a los mares. Aun cuando te hallases en la profundidad de los abismos, la mano de Júpiter podría sacarte de ellos; así como, si estuvieras en el Olimpo viendo los astros a tus pies, podría sepultarte en las honduras o precipitarte en las llamas del gran Tártaro.

Este discurso no dejaba de consolarme mucho; pero, ¿qué serenidad tenía yo para poderle contestar? Ni Mentor me veía ni yo podía verle; y así pasamos toda la noche, temblando de frío, medio muertos, sin saber hacia dónde nos llevaba la borrasca. Cuando calmóse el viento y la mar, bramando, parecía como quien después de haber estado muy irritado no conserva más que un resto de turbación e inquietud, así el mar, cansado de su furor, gruñía sordamente, y sus olas no eran sino como los surcos que se ven en las sementeras.

La aurora, por fin, vino a abrir las puertas al sol, anunciándonos un buen día. Estaba todo el Oriente encendido; los luceros, que por tanto tiempo habían estado ocultos, parpadearon un momento y se ocultaron de nuevo a la llegada de Febo. A lo lejos se divisaba la tierra y el viento nos iba acercando a ella; entonces renació en mí la esperanza. Ninguno de los compañeros se hallaba a nuestro lado, como si se hubiesen desmayado y la tempestad los hubiese sumergido con la nave. Cuando estuvimos cerca de la tierra las olas nos impelían contra unos escollos, que nos hubiesen destrozado; mas Mentor, que era un piloto consumado, procuró dirigir contra ellos la punta del mástil, y así pudimos evitar el choque contra aquellos terribles escollos; desde ellos llegamos, nadando, hacia la arena. Y allí fué donde nos visteis, ¡oh, gran diosa!, que habitáis esta isla, donde os dignasteis acogernos.

LIBRO VII

ARGUMENTO: Admira Calipso las aventuras de Telémaco y quiere retenerle en su isla. Mentor sostiene a Telémaco contra los artificios de la diosa y contra Cupido, que Venus había conducido en su auxilio. Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los celos de Calipso y después su enojo. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido a consolarla, y obliga a sus ninfas a que, mientras Mentor se llevaba a Telémaco para embarcarse, quemasen el navio que a este fin había hecho. Alégrase Telémaco de verle arder y, conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar a nado otro navio que veía cerca de la costa.

Las ninfas nos habían escuchado con tanta curiosidad que, cuando terminé mi narración, no cesaban de mirarnos, diciéndose, maravilladas:

—¿Quiénes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuándo jamás se han oído aventuras semejantes? El hijo de Ulises ya lleva ventaja a su mismo padre en elocuencia, sabiduría y valor. ¡Qué semblante! ¡Qué hermosura! ¡Qué gallardía y qué nobleza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal lo tomaríamos por Baco o Mercurio y aun por él mismo Apolo. Mas, ¿quién será este Mentor que a simple vista parece un hombre obscuro y de mediana condición? Cuando se le mira fijamente se le descubre un algo muy superior a la hombría mortal.

Calipso disimulaba malamente la turbación que semejantes discursos le producían. Sus hermosos ojos iban de Mentor a Telémaco y de Telémaco a Mentor. Tan pronto quería que Telémaco repitiese la larga historia como le interrumpía. Al fin, levantándose precipitadamente, condujo a Telémaco solo a un bosque de arrayanes e hizo allí cuanto supo para saber de sus labios si Mentor era algún dios en forma humana. Pero Telémaco no podía decirlo, porque Minerva, que le acompañaba, no se lo había revelado, a causa de sus pocos años, ni fiaba bastante en su discreción para confiarle sus designios. Su plan era probarle por medio de los mayores riesgos. Si Telémaco supiera que estaba Minerva con él, ¿repararía en evitar los lances? Así que tenía a Minerva por Mentor, y de consiguiente fueron inútiles todos los subterfugios de Calipso para descubrir lo que tanto deseaba saber.

Entretanto las ninfas, reunidas en torno de Mentor, le hacían mil preguntas. La una quería conocer las circunstancias de su viaje a Etiopía; otra, lo que había visto en Damasco; esotra, si había conocido a Ulises antes del sitio de Troya; A todas contestaba amablemente, con palabras sencillas y llenas de gracia. Calipso no dió lugar a que esta conversación durase mucho, porque estuvo pronto de retorno.

Las ninfas, cogiendo flores, cantaban para distraer a Telémaco; entretanto Calipso llamaba aparte a Mentor, para estimularle a que hablase.

El dulce vapor del sueño no endulza más suavemente los párpados cargados y los fatigados miembros del hombre rendido por el cansancio como se insinuaban las palabras lisonjeras de Calipso en el corazón de Mentor; mas pronto entendió que una fuerza arcana rechazaba todos sus esfuerzos y se burlaba de sus hechizos. Semejante a una peña escarpada, que esconde su cima en las nubes, burlándose del furor de los vientos, así Mentor, constante en sus sabios designios, se dejaba instar por Calipso. Aun a veces la dejaba confiar que lograría parte de la verdad que ocultaba su pecho, satisfaciendo su curiosidad; pero pronto se iban desvaneciendo sus esperanzas, porque cuando pensaba tener el hilo, éste se le escapaba súbitamente de las manos, y una nueva repuesta de Mentor la sumergía de nuevo en las incertidumbres.

Así pasaban los días, ora lisonjeando a Telémaco, ora discurrendo cómo le separaría de Mentor (de quien ya no esperaba sacar nada), valiéndose de las ninfas más bellas para que encendiesen la llama del amor en el corazón del joven, y para conseguirlo vino en su auxilio otra deidad más poderosa.

Venus continuaba resentida de Mentor y de Telémaco por el desprecio que hicieron del culto que se la tributaba en Chipre; no podía ver sin dolor que estos dos hombres temerarios se hubiesen librado del furor de los vientos y del mar en la borrasca que, a sus ruegos, levantó Neptuno

contra ellos. Venus se quejó amargamente ante Jove; mas el padre de los dioses, sonriéndose, no quiso revelarle que Minerva, bajo la forma de Mentor, hubiese salvado a Telémaco; y así dejó a su arbitrio los medios para vengarse.

Bajó Venus del Olimpo y, olvidando los suaves perfumes que arden ante sus altares en Pafos, Citeres e Idalia, voló en su carro, tirado de blancas palomas, y llamando a su hijo (su semblante habíase hermo­seado con nuevas gracias por el dolor que la atribulaba), le dijo:

—¡Ves, hijo mío, a estos dos hombres que desprecian tu poder y el mío? ¿Quién desde hoy querrá adorarnos? Ve; hiere con tus flechas esos corazones insensibles; baja conmigo a la isla de Calipso, yo hablaré con la diosa.

Dijo, y hendiendo los aires en una dorada nube, preséntase a Calipso cuando ésta se hallaba sola, junto a una fuente, bastante lejos de la gruta.

—¡Desgraciada diosa!—la dijo—. El ingrato Ulises te ha despreciado, y su hijo, aun más cruel, te prepara iguales desprecios; pero el mismo Amor viene a vengarte. Ahí te lo dejo. Vivirá con tus ninfas, como en otro tiempo, el niño Baco fué criado entre las de Naxos; Telémaco le mirará como a otro niño cualquiera y no recelará de él; mas yo te prometo que bien pronto sentirá la fuerza de mi poder.

Y habiendo dicho esto se remontó en la dorada nube, dejando tras sí un aroma de ambrosía que embalsamó todas las selvas de la isla.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso y, aunque diosa, sintió ésta que algo penetraba en su corazón. Para aliviarse le dió luego a la ninfa que tenía a su lado, llamada Eucaris; pero, ¡oh! cómo se arrepintió de haberlo hecho. Al principio parecía inocente, manso, amable, ingenuo y agradado; al verle tan juguetón, complaciente y risueño, se hacía imposible creer que pudiese dar otra cosa que placer; pero apenas se entregaron a sus caricias cuando sintieron un no sé qué de ponzoña. El malévolo y engañoso chicuelo sólo halagaba para engañar, ni se reía sino de los crueles males que había causado o que intentaba causar.

No se atrevía a llegarse a Mentor, cuya severidad le arredraba; bien conocía que era invulnerable a sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que el niño sabía encender. No obstante, ocultaban la llaga en su corazón, y con esto se enconaba más y más. Entretanto Telémaco, viendo que el niño jugueteaba con las ninfas, quedó prendado de su amabilidad y hermosura. Le abrazó, le tomó entre sus brazos y lo puso sobre sus rodillas. Mas pronto sintió una inquietud interior, sin saber a qué atribuir la causa. Y cuanto más procuraba divertirse inocentemente, más aumentaba su inquietud y decrecía su valor.

—¿Veis estas ninfas? —decía a Mentor—. ¡Cuán diferentes son de aquellas mujeres de Chipre, cuya poca modestia tan poco armonizaba con su be-

lleza! Estas hermosuras inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta.

Y hablando así se ruborizaba sin saber por qué. No podía callar, y apenas abría los labios cuando no acertaba a decir nada; sus palabras eran interrumpidas, obscuras y a veces sin sentido.

Mentor le dijo:

—¡Oh, Telémaco! Los peligros de la isla de Chipre eran como nada comparados con los que aquí ni recelas. El vicio grosero horroriza, el impudor brutal indigna; pero es más peligrosa la hermosura modesta, porque se cree que en amarla sólo se ama la virtud, y con ello el corazón se presta insensiblemente a los engaños del atractivo de una pasión que no se echa de ver sino cuando ya no se puede rechazar. Huye, pues, de las ninfas, que solamente para engañarte se te presentan tan discretas; huye los peligros de tu juventud y, sobre todo, del niño que no conoces. Es el Amor, cuya madre, Venus, ha traído a esta isla para vengarse del desprecio que hiciste del culto que en Citeres se la tributa. Ha herido el corazón de Calipso y la diosa está apasionada de ti; además, ha inflamado a todas las ninfas que la rodean, y tú mismo, joven desgraciado, ardes sin conocerlo.

Muchas veces Telémaco interrumpía a Mentor, diciéndole:

—¿Por qué no hemos de permanecer en esta isla? Ulises ya no vive. ¡Desde mucho tiempo estará sepultado en los abismos del mar! Penélope,

viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habrá podido resistir a sus pretendientes; su padre, Icaro, la habrá precisado a tomar de nuevo esposo. ¿He de retornar a Itaca para verla en otros brazos, faltando a la fe que prometió a mi padre? Los de Itaca han olvidado a Ulises; si nosotros vamos solamente hallaremos la muerte, porque los amantes de Penélope tienen ocupadas las avenidas del puerto y casi es segura nuestra ruina.

—Esto —decía Mentor— no es sino la expresión de los efectos que causa en ti la pasión, que ciega buscando sutilmente cuantas razones la favorecen, por miedo de hallar las que la condenan. Para nada es uno más sagaz que para engañarse y sofocar los propios remordimientos. ¿Has echado en olvido cuánto han hecho los dioses para devolverte a tu patria? ¿Cómo saliste de Sicilia? ¿Por qué se trocaron en alegrías las calamidades sufridas en Egipto? ¿Qué mano desconocida te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza? Después de tantas maravillas, ¿ignoras aún lo que los destinos te reservan? Mas, ¿qué digo? ¡Tú te haces indigno! Yo partiré; bien sabré ingeniar-me para ello. ¡Y tú, hijo miserable de un padre tan prudente y generoso, quédate ahí y goza de esta vida muelle y sin honra, en medio de mujeres, y así harás, a pesar de la voluntad de los dioses, lo que tu padre tuvo indigno de sí!

Estas palabras de reconvencción y desprecio hirieron profundamente el corazón de Telémaco, porque las razones de Mentor eran concluyentes,

y así su dolor iba mezclado de vergüenza; temía Telémaco la indignación de aquel hombre tan cuerdo y a quien tanto debía; pero aquella naciente pasión le tenía, en verdad, cambiado.

—Pues qué —se atrevió a objetar a Mentor—, ¿en nada tenéis la inmortalidad que la diosa me ofrece?

Y respondió Mentor:

—Yo tengo en nada todo lo que va contra la virtud y los decretos de los dioses. La virtud te está llamando a tu patria para que vuelvas a ver a Ulises y a Penélope. La virtud te prohíbe que te abandones a una ciega pasión. Los dioses, que te han librado de tantos peligros para prepararte una gloria igual a la de tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Sólo el Amor, ese vergonzoso tiranuelo, puede detenerte en ella. ¿De qué te aprovecharía una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Porque tal inmortalidad sería más desgraciada que la misma vida, puesto que no tendría término.

Telémaco sólo respondía suspirando. Algunas veces deseaba que le sacase por fuerza de la isla; otras deseaba que Mentor abandonase la isla para no tener más a la vista aquel rostro severo, que le afeaba de continuo su bajeza. Tan contrarios deseos le agitaban, sin permanecer constante en ninguno de ellos; su corazón era como el mar, que sirve de juguete a vientos contrarios. Unas veces se tendía y quedaba inmóvil largo rato sobre las arenas de las playas; otras penetraba en lo más

denso de la selva y allí se entregaba al llanto, y rugía como un león. Había enflaquecido, sus ojos hundidos contenían fuego; al verle tan pálido, abatido y desfigurado, se hubiera creído que no era Telémaco, porque éste era gallardo y lleno de hermosura y de donaire. Era como una flor que, abierta al soplo de la mañana, derrama por el campo su fragancia suave y poco a poco, a medida que avanza la tarde, va marchitándose; así iban y desaparecen sus vivos colores, desfallece e inclina su lindo cáliz, mustia la corola; así también el hijo de Ulises se hallaba en los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podía resistir a la fuerza de su pasión, concibió, para librarle, un plan ingenioso. Había observado que Telémaco era amado intensamente de Calipso y que, en cambio, él amaba más a Eucaris, la ninfa; así es como el cruel Amor, para tormento humano, hace que uno desdeñe el cariño de quien más le ama. Mentor, para librar a Telémaco, resolvió excitar los celos de Calipso; sabiendo que Eucaris tenía dispuesta una cacería con Telémaco, dijo a la diosa:

—He notado en Telémaco una pasión por la caza que antes no tenía. Esta diversión comienza a hacerle mirar con disgusto todas las demás; sólo en los bosques y en los montes más retirados vive contento. ¿Sois vos quién inspira en el mozo esta ardiente pasión?

Calipso, al escucharle, no pudo reprimir su despecho.

—Ese Telémaco —dijo—, que ha despreciado todos los placeres de la isla de Chipre, no puede resistirse ahora a la mediana belleza de mis ninfas. ¿Cómo se atreve a vanagloriarse de tantas acciones heroicas cuando su corazón se debilita vilmente en medio de la voluptuosidad, de modo que no parece sino haber nacido para llevar una vida obscura entre mujeres?

Mentor notaba con satisfacción cuánto los celos inquietaban el corazón de Calipso, y no dijo una palabra más, para no despertar su desconfianza; contentóse, pues, manifestando la tristeza en el semblante. Entonces la diosa le descubrió sus pesares, prorrumpiendo en amargas quejas. Acabó de ponerla furiosa la proyectada cacería. Supo que el principal cuidado de Telémaco había sido ocultarse de las otras ninfas para hablar a solas con Eucaris; supo también que se proyectaba una segunda cacería, en la que no dudaba que Telémaco obraría de la misma manera. Para desconcertarle, anunció que asistiría; mas después, no pudiendo velar más tiempo su resentimiento, le habló de esta manera:

—¿Es así, ¡oh, joven temerario!, como has venido a mi isla para escapar del justo naufragio previsto por Neptuno y la venganza de los dioses? ¿Es que has venido a esta isla, inaccesible a todo mortal, únicamente para despreciar mi poder y el amor con que te he acogido? ¡Dioses del Olimpo y de la Estigia, escuchad los votos de esta diosa desgraciada! ¡Apresuraos a confundir a ese pér-

fido, a ese ingrato, a ese impío! ¡Y pues eres más cruel e injusto que tu padre, sean también mayores y más crueles tus desventuras! ¡Que no tornes a ver a tu patria, la pobre y miserable Itaca, ya que no te has avergonzado de posponerla a la inmortalidad, o si la ves, sea desde lejos, pereciendo en medio del mar; hecho tu cuerpo juguete de las olas, sea arrojado, sin esperanza de sepultura, sobre las arenas de la playa, y véante mis ojos devorado por los buitres! ¡La que amas lo verá; lo verá también, y sentirá su corazón despedazado al verte, y su desesperación hará mi felicidad!

Mientras hablaba tenía Calipso los ojos rojos como brasas; sus miradas no se fijaban en un punto determinado; eran lúgubres y feroces. Sus mejillas, temblorosas, se salpicaban de manchas azules y lívidas; mudaba el rostro de color a cada instante; ora le cubría una palidez mortal, y las lágrimas no corrían en abundancia como antes; ora habíanla agotado, al parecer, la rabia y la indignación, y apenas una que otra lágrima se deslizaban por sus mejillas. Su voz era ronca, trémula y entrecortada.

Mentor lo observaba todo y no dirigió una sola palabra a Telémaco. Le trataba ya como a un enfermo a quien, por no dar esperanza de sí, se le abandona. Únicamente echaba sobre él miradas de compasión.

Bien conocía Telémaco su culpa y cuán indigno era de la amistad de Mentor; por esto no se atre-

vía a levantar los ojos, temiendo encontraran los de su amigo, cuyo silencio reprendía su debilidad. Algunas veces pensó arrojarse en sus brazos y manifestarle el sentimiento que sus faltas le causaban; pero se contenía por una vergüenza fuera de lugar y aun por el temor de adelantarse más de lo que quería para salirse del peligro. Porque el peligro le parecía agradable y no podía resolverse a vencer su loca pasión.

Reunidos en un profundo silencio los dioses y diosas del Olimpo, tenían los ojos fijos en la isla de Calipso, esperando ver por quién quedaba la victoria, si por Minerva o por Amor; este dios, jugando por la isla, había encendido sus fuegos por toda ella. Minerva, bajo la figura de Mentor, se servía de los celos, inseparables del Amor, contra el Amor mismo. Júpiter había declarado su neutralidad en este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris que Telémaco se le escapase, se valía de mil artificios para retenerle en sus redes. Estaba ya para salir con él, con motivo de la segunda cacería, vestida como Diana. Venus y Cupido habían cuidado de derramar sobre ella nuevos embelesos, de modo que aquel día su hermosura eclipsaba a la de la misma Calipso. Viéndola ésta desde lejos, quiso mirarse en las aguas de un remanso, avergonzándose de sí misma. Entonces, ocultándose en el interior de su gruta, divagó del siguiente modo: «En balde he querido estorbar a estos dos amantes concurriendo a la cacería. ¿He de ir? ¿No he de

ir? ¿Iré para hacerla triunfar y para que sirva mi hermosura de realce de la suya, para que viéndome Telémaco se encienda de amor? ¿Por qué desprecia mi hermosura? ¡Desgraciada de mí! ¿Qué he hecho? ¡No iré, e impediré que ellos puedan ir! Voy a buscar a Mentor para rogarle que saque a Telémaco de aquí y lo lleve a Itaca. Mas... ¿qué digo? ¿Cómo podría vivir sin él? ¿Qué he de hacer? ¡Oh, Venus cruel! ¡Me engañaste! ¡Este ha sido el presente que quisiste hacerme! ¡Inficionado Amor, pernicioso chicuelo! Yo te entregué mi corazón con la esperanza de ser dichosa con Telémaco; mas tú sólo has puesto en mi corazón la inquietud y la desesperación... Hasta mis ninfas se vuelven contra mí. Mi divinidad sólo me sirve para hacer eterno mi dolor. ¡Oh, si pudiese darme la muerte y matar con ella todos mis dolores! ¡Telémaco, es preciso que mueras, porque yo no puedo morir! ¡Me vengaré de tus ingratitudes; tu ninfa lo verá; te atravesaré a sus mismos ojos! Mas... yo me pierdo. ¡Oh, desventurada Calipo! ¿Qué pretendes? ¿Harás que perezca el inocente que tú misma has sumergido en el abismo de sus desgracias? ¡Porque yo misma fué quien encendió la llama fatal en el casto pecho de Telémaco! ¡Qué inocencia la suya! ¡Cuánta su virtud! ¡Qué grande su horror al vicio! ¿Por qué, pues, emponzoñar más su corazón? Cierto es que me hubiese dejado; mas ahora es preciso que lo haga, a fin de que no le vea en brazos de mi rival. Lo que ahora estoy padeciendo bien lo tengo merecido.

¡Parte, Telémaco! ¡Vete allende el mar; deja a Calipso desconsolada, porque ni puedo soportar la vida ni conseguir la muerte; déjala inconsolable, cubierta de oprobio, en su propia desesperación y en compañía de la soberbia Eucaris».

Así Calipso hablaba consigo misma en las soledades de su gruta. Mas de improviso sale impetuosamente, exclamando:

—¡Mentor! ¿Dónde te hallas, Mentor? ¿Así sostenéis a Telémaco, a pesar de la pasión que le agobia? ¿Os habéis dormido mientras el Amor estaba en vela contra vos? Yo no puedo tolerar más tiempo esa indiferencia en que vivís. ¿Tendréis valor para contemplar con tranquilidad de ánimo cómo el hijo de Ulises deshonra a su padre y echa en olvido sus propios destinos? Mientras yo estoy buscando los medios de curar su corazón, ¿nada haréis vos? En lo más espeso de la selva críanse chopos buenos para la construcción de navíos; de allí sacó Ulises la madera para fabricar el suyo, con el fin de salir de mi isla. Allí mismo hallaréis en una profunda cueva lo necesario para cortar y coser las piezas de la nave.

Mas no bien hubo dicho esto cuando se arrepintió de ello. Pero Mentor no había perdido ni un momento: fué a la cueva, encontró los instrumentos, cortó los árboles y en un solo día puso un navío en condiciones de navegar, porque el poder y la industria de Minerva no necesitan de mucho tiempo para llevar a cabo tales empresas.

Entretanto la angustia oprimía el corazón de

Calipso; por una parte quería ver si Mentor adelantaba en su obra, y por otra no podía resolverse a dejar la cacería en la cual Eucaris debía hallarse en plena libertad con Telémaco, porque los celos no la permitían perder de vista a los amantes. Con esto, procuró que la caza se dirigiese hacia el lugar donde Mentor construía su nave; oía los golpes del hacha y del martillo, y cada rumor y cada golpe le estremecían, sin dejar de recelar un momento si Telémaco, aprovechándose de sus distracciones, hacía alguna seña o dirigía alguna mirada a Eucaris, su joven ninfa. Esta, por su parte, en tono de burla decía a Telémaco.

—¿No temes que Mentor te riña, viniendo a caza sin él? Me causa profunda lástima verte siempre bajo la mirada severa de ese maestro. Nada templa su austeridad; afecta ser enemigo de los placeres, no te permite disfrutar de ninguno y aun te reprende por el más modesto goce, como si cometieras un crimen. Bien estaba que te dirigiese cuando eras pequeño; pero después de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debes dejarte guiar como un chiquillo.

Estas artificiosas palabras herían profundamente el corazón de Telémaco y le llenaban de despecho contra Mentor, de cuyo yugo deseaba librarse. Temía, no obstante, verle, y su turbación no le permitía tampoco contestar a la hermosa ninfa. Por fin, cuando caía la tarde, habiendo apresado la caza, pasaron por un bosque cercano al paraje donde Mentor trabajaba; desde le-

jos observó Calipso que el navío ya estaba construido; entonces cubriéronse sus ojos de una neblina semejante a la de la muerte; sus temblorosas rodillas no podían sostenerla; un sudor frío corrió por todos sus miembros y tuvo necesidad de apoyarse en las ninfas que la asistían, y habiendo Eucaris extendido su mano para sostenerla, Calipso la rehusó con una mirada terrible.

Cuando Telémaco acertó a ver el navío (no pudo ver a Mentor, porque éste se había retirado luego de terminarlo) preguntó a la diosa de quién era y por qué le tenía; a lo cual, más recobrada, contestó Calipso:

—Lo he mandado construir para que Mentor se vaya, con lo cual quedarás libre de ese amigo tan severo, que se opone a tu felicidad y que te miraría con envidia si lograses la inmortalidad.

—¿Mentor me abandona? ¡Estoy perdido!— gritó Telémaco—. Si me deja Mentor — continuó— ya no me quedará más que tú. ¡Oh, Eucaris!

Escapáronse de sus labios estas palabras, influido por la pasión; muy pronto conoció la imprudencia de decirlas; la falta de libertad necesaria le impidió atinar el verdadero sentido. Eucaris, ruborizada y con los ojos bajos, quedóse atrás, sin atreverse a presentarse; pero, en verdad, el rubor de su rostro bien manifestaba la alegría de que su corazón rebosaba. Telémaco no sabía lo que le pasaba en su interior ni acertaba a explicarse cómo anduvo tan indiscreto. Calipso, más furiosa que una leona a quien han robado

los cachorros, corría a través del bosque, sin dirección fija y sin saber adónde iba. Y así dió con la entrada de la gruta, donde Mentor la esperaba.

—¡Salid —dijo— de mi isla, oh, extranjeros, que no habéis venido más que para turbar mi reposo! ¡Váyase de aquí ese joven insensato! Y vos, imprudente anciano, experimentaréis lo que puede el enojo de una deidad si no le quitáis de ahí al momento. No quiero que le vean más mis ojos, ni quiero que le hable ni le mire ninguna de mis ninfas. ¡Así lo juro por las ondas de la Estigia, con juramento que haga temblar a los mismos dioses! Mas sabe, ¡oh, Telémaco!, que no se han acabado tus trabajos. Porque, por tu ingratitud, no saldrás de mi isla sin sufrir nuevas desgracias. Yo me veré vengada, y no hallarás a Calipso. Irritado Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, e instigado por Venus, a quien despreciaste en Chipre, te prepara nuevas tempestades. Verás a tu padre, que aún vive; pero le verás sin conocerle. Te unirás a él en Itaca; pero será después de haber experimentado la suerte más cruel. ¡Vete! Ruego a los dioses del Olimpo que tomen contra ti mis venganzas. ¡Ojalá te hallares en medio de los mares, pendiente de la punta de un escollo, herido del rayo, invocando vanamente el nombre de Calipso! ¡Tu suplicio me ha de colmar de gozo!

No bien hubo pronunciado las últimas palabras cuando ya estaba dispuesta a tomar resoluciones contradictorias, porque el Amor renovaba en su

corazón el deseo de retener a Telémaco. «Que viva, pensaba, y permanezca en mi isla; acaso con el tiempo reconozca cuánto hice en su favor. Eucaris no podrá, como yo, darle la inmortalidad. Pero, ¡oh, mi ceguera me ha hundido más y más! Porque el juramento hecho por las ondas de la Estigia me quita la última esperanza.

Nadie oía estas palabras; las furias se reflejaban en su semblante y parecía como si su corazón desprendiese todo el veneno letal del negro Cocito.

Telémaco hallábase sobrecogido por el terror. Este detalle no se le ocultó a Calipso, porque, ¿qué no descubre el amor en celo? Y este terror de Telémaco enfureció más a la diosa. Como una bacante que llena los aires de alaridos, Calipso, con sus gritos, hacía estremecer los montes de la Tracia; corría a través de las selvas con un dardo en la mano, llamando a sus ninfas y amenazando atravesar a la que desobedeciese; todas acudieron, temerosas, a la llamada, aun Eucaris, quien, con los ojos arrasados en llanto, dirigía, desde lejos, tiernas miradas a Telémaco. Estremeciöse la diosa, viéndola cabe sí, y en lugar de aplacarse con la sumisión de la ninfa, se enfurece más al ver que la aflicción embellece a su rival.

Telémaco, que había quedado solo con Mentor, se arrojó a los pies de éste y le abrazó las rodillas, sin atreverse a mirarle, hecho un mar de lágrimas; quiso hablar y le faltó la voz; no sabía qué hacer, ni qué hacía, ni aun lo que quería. Por fin, exclama:

—¡Padre mío! ¡Mi verdadero padre! ¡Libradme de tantos males! No puedo dejaros ni seguiros. Libradme de mí mismo... ¡Dadme la muerte!

Mentor le abrazó, consolándole y, animándole, le enseñó a sufrirse a sí mismo, sin lisonjear sus pasiones, y le dice:

—Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido y aun eres de los dioses; por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones no es todavía sabio, porque ni puede conocerse ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta el abismo, para que veas su espantosa profundidad, sin caer en él. Conoces ahora lo que nunca hubieras conocido si no lo hubieses experimentado. En vano te hablara de las traiciones del amor, que halaga para perder, y que, bajo la apariencia de la dulzura, oculta las más crueles amarguras. Vino ese niño lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazón y sentiste placer en que te le robase. Después buscabas pretextos para desconocer la herida de tu corazón, procurando engañarme y engañarte a ti mismo; nada temías. Ve los efectos de tu temeridad: pides ahora la muerte, y es la única esperanza que te queda. La diosa se parece a una furia infernal; Eucaris se abrasa en un fuego más cruel que los dolores de la muerte; en una palabra: todas las ninfas ardiendo en celos están para despedazarse mutua-

mente. Esto es lo que hace el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisonjero. Recobra todo tu valor. Reconoce cuánto debes a los dioses y cuánto te aman, pues te abren seguro camino para que huyas del Amor y vuelvas a tu patria; la misma Calipso se ve precisada a echarte de la isla. El navío está pronto. ¿Por qué tardamos en dejar esta isla, en la cual no puede habitar la virtud?

Diciendo esto le tomó de la mano y se le llevó hacia la playa; Telémaco le seguía a pesar suyo, mirando siempre atrás. Contemplaba a Eucaris, que se alejaba de él, y ya que no podía verla el rostro, miraba sus hermosos cabellos, trenzados, sus vestidos flotantes y su noble andar: quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies; no la veía ya, y aun aplicaba el oído, creyendo oír su voz. Aunque ausente, la estaba viendo: representábasela su imaginación; hasta parecíale que le hablaba, no sabiendo dónde se hallaba y no pudiendo escuchar a Mentor.

En fin, volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo a Mentor:

—Estoy resuelto a seguiros; pero aun no me he despedido de Eucaris, y preferiría la muerte a abandonarla como un ingrato. Permitidme que la vea por última vez y que la dé un tierno adiós, o que pueda, a lo menos, decirle: «minfa, los dioses crueles, los dioses envidiosos de mi dicha, me precisan a que te deje; mas antes me arrancarán

la vida que tu nombre de mi memoria». Padre mío, dadme este último consuelo, que es tan justo, o la muerte. No creáis que quiero permanecer aquí ni abandonarme al amor; nada menos. Mi corazón le desconoce; es amistad y reconocimiento a Eucaris. Bástame decirle adiós y al momento partimos.

—¡Cuánto te compadezco! —contestó Mentor—. Es tan furiosa tu pasión que no la conoces; te crees tranquilo, y deseas la muerte; te atreves a lisonjarte de que no conoces el amor, y no tienes valor para dejar a esa ninfa que amas; sólo a ella ves, a ella oyes, y para todo lo demás estás sordo y ciego. El calenturiento que delira dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco! Estabas dispuesto a renunciar a Penélope, que te espera; a no ver ni conocer a Ulises; a olvidar a Itaca, tu patria, donde has de reinar; dispuesto estabas a renunciar a la gloria y al destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor; todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris, y dices, sin embargo, que no es amor el que a ella te aficiona. Si no es esto, ¿qué es lo que te inquieta? ¿Por qué apeteces la muerte? ¿Por qué tan enajenado hablaste en presencia de la diosa? No te acuso de mala fe; compadezco sólo tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye; en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo, el verdadero valor consiste en temer y huir, y no así como quiera, sino en huir sin pararse a deliberar ni aun a mirar atrás. No creo que hayas

olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que no hay medio: o créeme también ahora o permíteme que te abandone. ¡Si supieras cuán doloroso me es verte correr a tu precipicio! ¡Cuánto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido a hablarte! ¡No le costó tanto darte a luz a la madre que te dió el ser! He callado, he disimulado mi pena; hasta los suspiros he sofocado, a ver si te resolvías por ti mismo a buscarme. ¡Ay, hijo mío, querido hijo, consuela mi dolor, vuélveme lo que más amo, restitúyeme a Telémaco; sí, restitúyete a ti mismo! Si puede más contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor, a despecho de la sabiduría, Mentor no podrá vivir más tiempo.

Mientras hablaba seguía andando hacia el mar, y aunque Telémaco no tenía el valor necesario para seguirle espontáneamente, tenía ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, oculta bajo la figura de Mentor, cubría con su égida a Telémaco y le comunicó un rayo de luz divina y con él cierto valor que no había sentido desde que entró en la isla. Por último, llegaron a la ribera, y queriendo ver si el navío que Mentor había hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó subieron a una montaña escarpada, o más bien una eminente roca, batida siempre del mar, desde donde vieron el más triste espectáculo.

Resentido vivamente el Amor, no sólo de que un viejo desconocido fuese insensible a sus fle-

chas, sino aun mucho más de que sustrajese a Telémaco de su dominio, lloraba de despecho, y se fué a ver a Calipso, que andaba vagando por lo más intrincado de las umbrosas selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: a su vista se renovaron las heridas que la había hecho.

—¿Es posible que siendo vos diosa —le dijo el Amor— os dejéis vencer de un débil mortal, que es, además, vuestro cautivo? ¿Por qué le dejáis salir?

—¡Oh, pérfido Amor —le respondió Calipso—, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos! Tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia dejar partir a Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses, con todo su poder, no se atreviera a violar tan solemne juramento. Salga, pues, Telémaco de mi isla; y tú, infame rapaz, sal también; mayores males me has causado tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con maligna sonrisa:

—En verdad, Calipso, que es grande ese obstáculo, mas dejadlo a mi cuidado; cumplid vuestro juramento, no os opongáis a que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo las inspiraré; les haré incendiar el navío construído por Mentor, y si entonces os sorprendió tanto su diligencia, os ofrezco que no quedará él menos

sorprendido de la prontitud con que yo la inutilice, sin que después le reste ningún arbitrio para arrebatarnos a Telémaco.

Estas lisonjeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro a la margen de un arroyo recrea con su frescura el fatigado rebaño que con los ardores del estío está ya sediento y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósela el rostro, los ojos recobraron su alegría y los negros cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse e hizo mil caricias al loquillo Amor; pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho Amor de haber persuadido a la diosa partió a persuadir también a las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes, como anda un rebaño de ovejas que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir lejos de su pastor. Reúnelas Cupido y les dice:

—Aun está Telémaco en vuestro poder. No perdáis momento en poner fuego a esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevársele.

Inflamadas las ninfas, encendieron con presteza antorchas; corren furiosas a la playa, dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas bacantes. Y suben al cielo las llamas que consumen la nave, hecha de maderas secas y embreadas, arrojando torbellinos de humo y fuego hasta las nubes.

Desde la roca en que estaban, Telémaco y Mentor veían el incendio y oían la algazara de las ninfas. No le faltó mucho a Telémaco para alegrarse también, porque su mal aún no estaba curado, y a Mentor no se le ocultaba que su pasión era como un fuego mal apagado, que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas.

—¡Vedme —dijo Telémaco— otra vez preso en las mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu y lo expuesto que estaba a reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzando a ver a lo lejos, en medio del mar, un navío parado que no se atrevía a acercarse a la isla, porque sabían todos los pilotos que era inaccesible a los hombres, empuja a Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar y se arroja tras él. Telémaco, aturdido de esta violenta caída, bebía del agua salada, y vino a ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle a nadar, ya no pensó más que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las ninfas creían tenerles más seguros, y vieron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso, inconsolable, se volvió a su gruta, dando espantosos alaridos, y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzosa derrota, se remontó en los aires, batiendo las alas, hacia el frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su cruel madre; el hijo, aun más cruel, no tuvo

consuelo sino riéndose con ella de todos los males que había causado.

A medida que Telémaco se iba alejando de la isla sentía con placer que iba recobrando el esfuerzo y su amor a la virtud.

—Ahora conozco —le decía a Mentor— lo que mi inexperiencia no me dejaba conocer entonces; ahora conozco que no se vence el vicio sino huyendo. Ahora conozco también, padre mío, cuánto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando merecía que me abandonasen a mí mismo. Ya no temo al mar, ni a los vientos, ni a las tempestades; nada temo ya sino a mis pasiones: el Amor por sí sólo es más temible que todos los naufragios.

LIBRO VIII

ARGUMENTO: El navío visto por Mentor era fenicio y su navarca un hermano de Narbal, llamado Adoam. Este les recibe amistosamente; reconoce a Telémaco y le refiere la muerte de Pigmalión y Astarbe y la elevación al trono de Baleazar. Mientras ofrenda Adoam una comida a Telémaco y a Mentor, rodean el navío las nereidas, los tritones y las demás divinidades del mar, atraídas por el dulce canto de Aquitoas. Toma Mentor una lira y aventaja al cantor. Adoam refiere la suavidad del aire y del país, la vida tranquila de sus habitantes y la sencillez de sus costumbres.

La nave parada hacia la cual se dirigían, era fenicia y llevaba rumbo al Epiro. Los fenicios que la tripulaban habían visto a Telémaco en su viaje a Egipto; mas no fué fácil reconocerle viéndole nadar. Luego que Mentor se acercó a distancia suficiente para ser oído, levantó la cabeza y gritó, diciendo:

—¡Hijos de Fenicia, protectores de todas las naciones, no neguéis la vida a dos hombres, al menos por humanidad! ¡Si teméis a los dioses, admitidnos en vuestra nave, porque nosotros os seguiremos doquiera vayáis!

El comandante del navío respondió, compadecido:

—¡Tendremos la mayor satisfacción en reci-

biros, porque respetamos la desgracia aun de quien no conocemos!

Y así fué en efecto. Mas apenas entraron los náufragos, cuando quedaron exánimes sobre cubierta. Poco a poco fueron recobrándose. Les dieron vestidos secos, pues los que llevaban estaban calados, echando agua por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron en derredor suyo a la tripulación entera ansiosa de conocer sus aventuras. Preguntóles el navarca:

—¿Cómo pudisteis entrar en aquella isla, donde es fama reina una diosa cruel que impide siempre que nadie se le acerque? Por otra parte —agregó—, son tan escarpadas las rocas que la rodean, que se burlan de la bravura del mar que las azota, ni son accesibles al náufrago.

—Por un naufragio —contestó Mentor— fuimos arrojados sobre ellas. Somos griegos naturales de Itaca, isla inmediata al Epiro, adonde dirigís vuestro rumbo; mas aun cuando no os viese bien llevarnos a ella, basta que nos dejéis en el Epiro, donde hallaremos amigos que nos den lo necesario para la corta travesía, y os seremos deudores de la dicha de poder tornar a ver lo que más amamos en este mundo.

Telémaco guardaba silencio, sin atreverse a hablar, recordando las flaquezas en que había incurrido en la isla de Calipso, cuyo recuerdo le hacía más precavido. Desconfiaba de sí y reconocía la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor; por esto, cuando no podía

pedírselos de palabra, procuraba consultarle con los ojos, intentando adivinar sus pensamientos.

El navarca, mirando más detenidamente a Telémaco, quiso recordar si lo había visto antes; y así creía tener memoria de él, aun cuando confusa en tanto grado que no podía asegurarse de ello.

—Permitidme —le dijo— que os pregunte si recordáis haberme visto alguna vez; porque yo creo que os he visto en alguna otra ocasión; vuestro semblante, en efecto, no me es desconocido; por esto me llamasteis la atención. Sin embargo, no recuerdo dónde os habré visto. Ayudadme a hacer memoria.

A lo cual respondió Telémaco, lleno de admiración y aun de alegría:

—A mí me sucede otro tanto con respecto a vos; recuerdo que os he visto, mas no puedo asegurar si fué en Egipto o en Tiro.

El navarca, como despertando de un sueño, exclamó, lleno de gozo:

—¡Vos sois Telémaco, con quien Narbal estrechó su amistad a vuestra vuelta de Egipto! Yo soy su hermano, seguramente os hablaría de mí muchas veces; recuerdo que os dejé con él cuando, después de la expedición de Egipto, salí para ir a la famosa Bética, al otro lado de los mares, junto a las Columnas de Hércules. Esto fué la causa de que os viera tan poco. No es extraño que me haya costado trabajo recordaros.

—También caigo ahora —contestó Telémaco—

en que sois Adoam. Entonces apenas pude veros; pero os conocí bastante por las noticias que de vos me dió Narbal. ¡Qué honda satisfacción siento al poder tener noticias tuyas de vuestra boca! ¿Sigue en Tiro? ¿No sufre ningún maltrato del suspicaz y cruel Pigmalión?

Interrumpióle Adoam, diciéndole:

—Tened la seguridad que la Fortuna os ha puesto en manos de un hombre que os atenderá con todo esmero. Antes de ir al Epiro, os dejaré en Itaca; en mí, entretanto, tendréis un amigo que no ha de hacer por vosotros menos de lo que hizo Narbal.

Con esto despertóse el viento que estaban esperando. Levantaron el ancla, desplegaron las velas y el navío comenzó a surcar el mar a fuerza de remos.

Entonces Adoam, apartándose con Mentor y Telémaco, le dijo a éste:

—Ahora satisfaré vuestra curiosidad. Los justos dioses libraron al mundo de Pigmalión. Como desconfiaba de todos, nadie tenía confianza en él. Los virtuosos gemían y procuraban librarse de sus crueldades sin intentar hacerle daño; pero los malos no podían tener la vida segura sin librarse de él; y tanto los unos como los otros vivían siempre con el temor de ser víctimas de sus sospechas. El rey únicamente temía como a nadie a su propia guardia, puesto que sus soldados tenían a su antojo conservarle o privarle de la vida; por esto sacrificaba muchos soldados, a la más leve sos-

pecha, queriendo hacerse respetar por el terror. Esta desconfianza de Pigmalión tenía así en continuo peligro a los mismos depositarios de su existencia; por esto su guardia no tenía medio de salir de su horrible situación, más que librándose de él. Sin duda habéis oído hablar de la impía Astarbe; pues bien: ella fué quien dió el primer paso para la ruina del rey. Amaba con delirio a un joven tirio muy rico, llamado Joazar, y proyectaba elevarle al trono. Para conseguirlo persuadió al monarca que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, en la impaciencia por llegar a reinar, conspiraba contra él; ni le faltaron testigos falsos que probasen con juramento la existencia de la conspiración. El infeliz monarca los creyó y mandó matar a su propio hijo. Al segundo, llamado Beleazar, le envió a Samos con pretexto de aprender las costumbres y las leyes de Grecia; pero en verdad Astarbe le sugirió que convenía alejarle para que no entrase en relaciones con los conspiradores. Partió con efecto para Samos; y los marinos, corrompidos por aquella mujer, dispusieron cierta noche un naufragio aparente, del cual todos se salvaron a nado en unas barcas extranjeras que ya estaban sobre aviso, y al joven príncipe le precipitaron en el mar. Entretanto, nadie, fuera del mismo Pigmalión, ignoraba los amores de Astarbe; porque el rey creíala incapaz de amar a otro; sólo así se comprende cómo el rey, siempre tan desconfiado de todo el mundo, se fiase de esta mujer; el amor

le tenía cegado. Al mismo tiempo, su mucha codicia buscaba pretextos para dar muerte a Joazar, de quien Astarbe estaba tan apasionada, con objeto de apoderarse de sus riquezas. Así, Pigmalión se hallaba dominado por la desconfianza, el amor y la codicia. Astarbe no descansaba, buscando los medios de quitarle la vida, recelando pudiese llegar a saber sus infames amores; y sabía, por lo demás, que la avaricia del rey era capaz de las mayores crueldades; para evitar esta doble desgracia, adelantó los acontecimientos. Comprendía que los principales capitanes de la guardia estaban dispuestos a manchar sus manos con la sangre del monarca; todos los días oía hablar de nuevas conjuras; pero no se atrevía a confiarse a nadie, por temor a ser descubierta. Así, quiso utilizar el veneno. Pigmalión acostumbraba comer sólo con Astarbe, y aun a prepararse por sí mismo los alimentos, porque de nadie se fiaba; encerrábase en el interior del palacio para ocultar mejor su desconfianza y para que nadie le acechase cuando preparaba sus viandas; privábase de todos los placeres de la mesa, de modo que no sólo las viandas aderezadas por los cocineros palatinos, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, etc., eran de su uso. Sólo comía frutas que él mismo cogía del jardín, y las legumbres sembradas y cogidas por él mismo; ni bebía más agua que la de una fuente que tenía cerrada y cuya llave llevaba siempre consigo. Aun cuando parecía estar satisfecho de Astarbe, no por esto

dejaba de tomar ciertas precauciones, pues la hacía que bebiese y comiese antes de todo lo que él tenía que comer y beber, para que en el caso muriesen ambos envenenados y para quitarle toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con un antídoto que le suministró una vieja aún más infame que ella, confidente de sus amores; y con este preparativo no vaciló en envenenar al rey.

Ved cómo lo consiguió. Al ponerse ambos a comer, se oyó un ruido detrás de una puerta. El rey, temeroso siempre de que fueran a matarle, se sobresaltó y quiso cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada. Retiróse la vieja que lo había hecho, quedando el rey indeciso, sin saber a qué atribuir aquel ruido, ni atreverse a abrir la puerta, con objeto de averiguarlo. Entretanto, Astarbe procuraba tranquilizarle, acariciándole e instándole a comer; pero ya le había envenenado la copa, y cuando, siguiendo su costumbre, la hizo beber a ella primero. Astarbe lo hizo sin recelo, fiada en el antídoto; después bebió Pigmalión, cayendo poco después en un desmayo. Astarbe, que sabía que la menor sospecha le hubiese acarreado la muerte, empezó a desgarrar sus vestidos, arrancarse el cabello y dar lastimeros gritos; abraza al moribundo rey, le estrecha entre sus brazos y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que le costase violencia esta comedia. Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas, arrojóse sobre él y le ahogó entre sus de-

dos; le arrancó la diadema y el anillo real; hizo entrar a Joazar y le entregó aquellas prendas con la esperanza de verle pronto proclamado rey. Mas los más adictos a ella eran a su vez mercenarios y viles; ni tuvieron valor para proclamarle, y a más temían a los enemigos de Astarbe y aun la simulación y la crueldad de esta impía mujer; y todos ellos deseaban que también ella desapareciese.

Entretanto, el palacio fué teatro de la más espantosa confusión, oyéndose por todas partes: «¡El rey ha muerto!» Unos permanecen inactivos, sin salir de su asombro; otros toman las armas; y aun cuando alegres de la nueva, temen, no obstante, verse envueltos en la consecuencia del hecho. La noticia corre de boca en boca por la ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey, porque en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

Sorprendió a Narbal un accidente tan terrible; sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalión, que se vendió a sí mismo, entregándose a aquella infame, y que había preferido ser un monstruoso tirano, que el padre de su pueblo, a lo que como rey estaba obligado. Pero no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, reúne a los hombres de bien para oponerse a Astarbe, en cuyas manos hubiera el cetro sido aún más duro que en las del mismo Pigmalión.

Sabía Narbal que Baleazar vivía; pues aunque a Astarbe le aseguraron su muerte, y así lo creye-

ron los que le precipitaron, lo cierto fué que el príncipe pudo llegar a nado a unos comerciantes cretenses, que, movidos de compasión, le recibieron en su barco; y no se atrevió a volver a Tiro, sospechando que se había concertado su muerte en aquel supuesto naufragio, y porque temía tanto los celos de Pigmalión como los artificios de Ashtarbe. Estuvo mucho tiempo errante y disfrazado en las riberas del mar de Siria, hasta que por fin se vió reducido a guardar un rebaño; mas luego que encontró medio, comunicó a Narbal el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud. Con efecto, Narbal, aunque agraviado de su padre, le exhortó a sufrir con resignación su adversa fortuna.

Habíale prevenido Baleazar que cuando fuere oportuno su regreso a Tiro le enviase un anillo de oro, y con él se daría por avisado. No tuvo Narbal por discreta su vuelta mientras Pigmalión viviese; arriesgara inútilmente la vida del príncipe y la suya propia: tan difícil era valerse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero después de su muerte, digna, por cierto, de sus crímenes, le envió el anillo. Se puso Baleazar en marcha, y llegó a las puertas de Tiro a tiempo que toda la ciudad estaba en movimiento deseando saber quién sucedería a Pigmalión. Dejóse ver su hijo, y fué reconocido sin dificultad por los magnates y por el pueblo. Amábanle todos, no por su padre, a quien mortalmente abo-

recían, sino porque por su afabilidad y moderación y sus mismas desgracias daban nuevo realce a sus prendas y les disponia en su favor.

Reunió Narbal los magistrados, los ancianos que componían el consejo y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Todos le saludaron como a un rey, y por tal le proclamaron los heraldos. El pueblo correspondió con aclamaciones de júbilo. Oíalo Astarbe desde lo interior de palacio, donde permanecía encerrada con el vil e infame Joazar; abandonáronla todos aquellos pérfidos de quienes se había servido en vida de Pígmalión, porque los malvados se temen recíprocamente, desconfían unos de otros y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos, porque conocen cuán indignamente usarían de él, y hasta qué extremos llevarían sus violencias. Prefieren verle en los buenos, de quienes, a lo menos, esperan moderación e indulgencia. Por esta razón la abandonaron todos, menos aquellos cómplices de sus más horribles crímenes, que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio, porque aquella vil y afeminada gente más pensaba en la fuga que en la resistencia. Astarbe quiso huir disfrazada de esclava; pero conocióla un soldado, la detuvo y no fué poco librarla del populacho, que, furioso, quería despedazarla. Ya habían empezado a arrastrarla, cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide audiencia al nuevo rey, esperando deslumbrarle con sus he-

chizos y disponerle en su favor, prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concédesele Baleazar, y ella se le presenta tan bien adornada de modestia su hermosura, que bastaba su presencia a desarmar los más irritados corazones. Da principio a su defensa por las alabanzas del príncipe, pero insinuando con tanta delicadeza los elogios, que no pudiese darse por oíendola su modestia; hizole presente cuánto la había amado su padre; puso por medianeras sus cenizas para moverle a que se apiadase; invocó a los dioses como si los hubiera sinceramente adorado; hecha un mar de lágrimas, se arrojó a sus pies; pero después no perdonó medio para hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran más afectos y le habían mejor servido. Acusó a Narbal de haber tenido parte en una conjuración tramada contra el rey difunto, y de haber querido sobornar los pueblos para usurparle el trono, y aun añadió que había tratado de envenenarle. Por fin, no hubo tirio virtuoso a quien no comprendiese la calumnia; sin duda porque creía hallar en este príncipe la misma disposición a desconfiar de todos que había encontrado en su padre. No pudiendo Baleazar soportar más la malignidad de la infame mujer, la interrumpió, llamando a sus guardias. La pusieron presa, y se sometió el examen de su conducta a la prudencia de los más sabios ancianos.

No tardaron éstos en descubrir que ella misma había envenenado y sofocado al infeliz Pigma-

lión, y que toda su vida había sido una serie no interrumpida de monstruosos crímenes. Ibasela a condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces; mas luego que conoció que no le quedaba ninguna esperanza, hecha una furia salida del infierno, tomó el veneno que a prevención traía siempre consigo por si se la quería precisar a padecer largos tormentos. Notaron los que la guardaban las ansias violentas que padecía, y quisieron socorrerla; pero ella no quiso responder, ni admitir socorro, dándoles a entender por señas que no buscaba ningún alivio. Habláronla de los justos dioses, que tan ofendidos tenía; pero lejos de manifestar la sumisión y el arrepentimiento que sus culpas exigían, miró al cielo con arrogancia, como insultando a los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en su agonizante cara; ningún resto la quedó de aquella hermosura que fué el precipicio de tantos hombres; todas sus gracias desaparecieron; sus ojos moribundos giraban en horroroso desconcierto alrededor de sus órbitas; un movimiento convulsivo agitaba sus labios; abierta la boca, causaba espanto, el rostro contraído y dislocado, hacía los más horribles gestos; una lívida palidez y un frío mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecía que se reanimaba; pero no era más que para horrorizar con alaridos, hasta que, por fin, expiró entre las convulsiones de la desesperación, dejando sobrecogidos y atemorizados a

cuantos la estuvieron viendo. Sus impíos manes de cenderían sin duda a aquellas tristes estancias donde las crueles Danaides pagan en inútiles afanes e interminables fatigas su perfidia; donde Ixión da eternas vueltas a su rueda; donde Tántalo vivirá con los labios en el agua, rabiando de eterna sed; donde rueda Sísifo inútilmente una roca que sin cesar vuelve a despeñarse, y donde Ticio sentirá eternamente devoradas sus entrañas por un buitre roedor.

Baleazar dedicó todo su cuidado a dar gracias a los dioses, y a desagraviarles con innumerables sacrificios. Desde luego empezó a dar muestras de una conducta diametralmente opuesta a la de su padre, aplicándose a restablecer el comercio, que por instantes iba decayendo. Se aconsejaba de Narbal en los asuntos de mayor importancia; mas no por eso se dejaba gobernar de él, pues todo lo ve y lo examina todo por sí mismo; oye los consejos que le dan, y se declara por el que mejor le parece. Amanle los pueblos y en su amor posee más tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre; no habrá ni una sola familia que, si lo viera necesitado, no le diera cuanto tuviese; de modo que es más dueño de lo que les deja, que si se lo quitara. No necesita tomar precauciones para la seguridad de su persona, porque vela sobre ella el amor de los vasallos, que le custodian mejor que la guardia más fiel. A todos contrista la idea de perderle, y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar

la de un rey tan digno de serlo. Es feliz, y sus pueblos con él; teme exigirles mucho, y ellos siempre creen no ofrecerle lo bastante; les deja en la abundancia, y no por eso son indóciles, ni insolentes, porque son laboriosos, amigos del comercio y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. Así ha vuelto Fenicia a subir al más alto punto de grandeza y de gloria; y toda esta prosperidad se la debe a su joven rey. Narbal es su segundo. ¡Cuánta alegría si ahora os viera, para colmaros de presentes! ¡Con qué gusto, Telémaco, con cuánta satisfacción dispusiera restituiros con magnificencia a vuestra patria! ¡Qué felicidad la mía en hacer lo que él haría si pudiese! ¡Qué dicha la de ir a Itaca a poner en el trono de Ulises a su hijo Telémaco, desde donde pueda, como Baleazar en Tiro, dictar sabias leyes a sus pueblos!

Satisfecho Telémaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos, y mucho más por las demostraciones de cariño con que alentaba su esperanza, le abrazó tiernamente. Después le preguntó Adoam por qué acaso había entrado en la isla de Calipso, y Telémaco le correspondió contándole su historia desde que salió de Tiro; su paso por la isla de Chipre; cómo volvió a hallar a Mentor; su viaje a Creta; los juegos públicos que en aquella isla se celebraron para la elección de nuevo rey después de la fuga de Idiomeno; la venganza de Venus; su naufragio; la buena acogida que les hizo Ca-

lipso; los celos que concibió esta diosa de una de sus ninfas, y la acción de Mentor, que le arrojó al mar luego que vió el navío fenicio.

Después dispuso Adoam un espléndido banquete; hízole servir por jóvenes fenicios vestidos de blanco, coronados de flores; quemáronse aromas de los más exquisitos del Oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta, a quienes, de cuando en cuando, interrumpía Aquitoas con los dulces acentos de su voz y su lira, dignos de ser oídos en la mesa de los dioses y capaces de arrebatarse al mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que reconocen el imperio de Neptuno, hasta los monstruos marinos, atraídos por la melodía, dejaban sus húmedas y profundas grutas, y se atropellaban por llegar alrededor del navío. Un coro de mancebos fenicios, de rara gentileza, vestidos de finísimo lienzo más blanco que la nieve, danzaron largo rato al uso de su país, al de Egipto y, por último, al de la Grecia. De cuando en cuando se oía repetido el eco de las trompas, llevado por las olas hasta las más distantes riberas. El silencio de la noche, la calma del mar, el trémulo resplandor de la luna, que reverberaba en la superficie de las aguas, el apagado azul del cielo matizado de brillantes estrellas, todo contribuía a hacer el festín más agradable.

Telémaco, dotado de un natural vivo y sensible, gustaba de esta diversión; pero no se atrevía a soltar la rienda de la alegría, porque desde

que con tanta vergüenza suya experimentó en la isla de Calipso cuán dispuesta se halla la juventud a inflamarse, los más inocentes placeres alarmaban su cuidado: todo le era sospechoso. Miraba a Mentor, y examinábale el rostro y los ojos para inferir el juicio que debía hacer de estos placeres.

Mentor celebraba verle en esta incertidumbre, y hacía como que no lo notaba; hasta que, movido de la moderación de Telémaco, le dijo, sonriéndose:

—Bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al extremo. Nadie en el mundo se interesa más que yo en que disfrutes de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen, porque son los únicos capaces de divertir sin enajenar: placeres sencillos y moderados que no te priven de la razón ni te transformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de éstos con que su generosidad te convida; sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría nada tiene de austera ni de afectada; antes, por el contrario, ella es la que ofrece los verdaderos placeres; ella la que los sazona y los hace puros y duraderos; ella la que debe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones más graves y serias; preparar el placer en el trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. La sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira, y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas, arrojó la suya de despecho, encendiéronsele los ojos, mudósele el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y confusión, si la lira de Mentor no les tuviera tan suspensos y enajenados, que ni a respirar se atrevían por no interrumpir el silencio y por no perder el más mínimo acento de aquella voz celestial; a cada instante temían que lo iba a dejar. No tenía su voz ninguna dulzura afeeminada: era flexible, robusta y capaz de mover y hacer sensiblēs las más mínimas cosas.

Cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y de los hombres, que con un movimiento de su cabeza hace estremecer el universo; representó a Minerva que sale de su cabeza, esto es, a la sabiduría, engendrada dentro de él mismo, y de él emanada para instruir a los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan patético y religioso, que todos se creyeron transportados a lo más alto del Olimpo en presencia de Júpiter, cuyas miradas son más penetrantes que sus truenos. Después cantó la desgracia del joven Narciso, que, neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que, consumido de tristeza, fué convertido en la flor que tiene su nombre. Por último, cantó también la funesta muerte que un jabalí dió al bello Adonis, a quien Venus no pudo restituir la vida por más que le amaba y por amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentían placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los fenicios, se miraban unos a otros y se decían unos que era Orfeo, porque así es, decían, como con la lira amansaba a las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas; así como encantó al Cerbero, y como suspendió los tormentos de Ixión y de las Danaides; y así, finalmente, como movió al inexorable Plutón a que le dejase sacar de los infiernos a la hermosa Eurídice. Otros decían que era Lino, hijo de Apolo, y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco menos admirado que los demás, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfección cantar y tocar la lira.

Aquitoas, que había tenido todo el tiempo necesario para ocultar sus celos, empezó a aplaudir a Mentor; pero estaba tan cortado, que no pudo acabar el elogio; no dió lugar Mentor a que se conociese su turbación, porque tomando la palabra, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecía. Pero no por eso se consoló Aquitoas, resentido más de que Mentor se le aventajase en modestia que en los encantos de la voz.

Entretanto dijo Telémaco a Adoam:

—Me habíais insinuado que hicisteis no sé qué viaje a la Bética después que salimos de Egipto; y como de ella se cuentan tantas maravillas, que apenas son creíbles, me alegraré saber de vos si es verdad todo lo que se dice.

—De buena gana —respondió Adoam— os describiré aquella venturosa tierra, digna de vuestra curiosidad, que excede a todos los encarecimientos de la fama.

Y luego empezó así:

—Atraviesa el río Betis un país fértil, bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre; y el país mismo ha tomado el nombre del río, que desemboca en el Océano, muy cerca de las Columnas de Hércules y de aquella parte donde, rompiendo sus diques el furioso mar, separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande Africa. En la Bética parecen haberse conservado las delicias del Siglo de Oro. Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones, desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiros, que en lo más caluroso del día vienen a suavizar el aire: de modo que todo el año es de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano, esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada cosecha. Los caminos son verdaderas calles de jazmines, laureles, granados y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños, cuyas finísimas lanas son tan buscadas en todas las naciones conocidas. Abunda este país en minas de oro y plata; pero los habitantes, sencillos y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas: sólo aprecian lo que verdaderamente sirve a las necesidades del hombre.

Cuando empezamos a comerciar con ellos, vimos, no sin admiración, que hacían el mismo uso del oro y de la plata que del hierro: empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacían ningún comercio exterior, no necesitaban de moneda alguna; casi todos son pastores o labradores, y muy pocos artesanos, porque no permiten más artes que las realmente necesarias. Además, aunque la mayor parte de los hombres se dedican a la agricultura o a la cría de ganados, no dejan por eso de ejercer las artes necesarias a su vida sencilla y frugal.

Las mujeres hilan bellísima lana y hacen de ella paños finos de extraordinaria blancura; amasan el pan, y componen la comida; pero esto les es fácil, porque allí más se vive de frutas y de leche que de carnes. Sírvense de las pieles de los carneros para calzarse a sí, a sus maridos y a sus hijos; empléanse, además, en hacer tiendas de pieles enceradas y de corteza de árboles; en hacer y lavar la ropa de la familia y tener las casas en orden y admirable limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un país tan templado basta para la decencia una tela fina y ligera, que acomodan a su talle en largos pliegues, dándole cada una el corte y forma que más le agrada.

Las artes, si se exceptúa la agricultura y la pastoría, quedan reducidas a labrar la madera y el hierro; de éste no se sirven más que para los instrumentos indispensables a las labores del campo. Las artes que tienen por objeto la archi-

tectura, les son inútiles; según ellos, es demasiado apegarse a la tierra hacer una habitación que dure más que su dueño; y por eso se contentan con la que baste a defenderlos de las intemperies. Las otras artes que tan estimadas son de los griegos, de los egipcios y de las demás naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de los pueblos que poseen el arte de construir soberbios edificios, muebles de oro y plata, telas guarnecidas de bordados y de preciosas pedrerías, exquisitos perfumes, delicados manjares e instrumentos que encantan con su armonía, contestan así: «Harto infelices son en haber empleado tanto trabajo e industria en corromperse! Lo superfluo afemina, embriaga y atormenta a los que lo tienen; provoca a los que de ello carecen a que lo adquieran, aunque sea con violencia e injusticia. ¿Y podrá darse el nombre de bienes a una superfluidad que sólo produce males? Los habitantes de esos países, ¿son, por ventura, más sanos y robustos que nosotros? ¿Viven más largo tiempo? ¿Están más unidos entre sí? ¿Tienen una vida más libre, más tranquila ni más alegre? Antes por el contrario, deben estar celosos unos de otros, corroídos de negra envidia, agitados de la ambición, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros e inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de las cuales hacen depender su felicidad».

—Así hablan —continuó Adoam— esos hombres a quienes ha hecho tan cuerdos el solo estudio de la sencilla Naturaleza: miran con horror nuestra civilización; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras, y cada familia está gobernada por su jefe, que es de ella verdadero rey. El padre de familias tiene derecho de castigar las malas acciones de sus hijos o nietos; mas antes de imponer el castigo, toma el dictamen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros tales castigos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea, que dicen se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la hallaba, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia los juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y la leche son riquezas tan abundantes, que unos pueblos tan sobrios y moderados no necesitan dividirlos. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del paraje en que se ha establecido, se muda con sus tiendas a otro; así es como, no teniendo interés que sostener unos contra otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta unión, esta libertad se deben a la privación de las vanas riquezas y de los engañosos placeres: todos son libres, iguales todos.

No se nota entre ellos más distinción que la de

la experiencia de los sabios ancianos o de la extraordinaria sabiduría de algunos jóvenes que se igualan a los ancianos consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses, jamás se oye la voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos ni las guerras; jamás se vió teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los estados que se ven en otras naciones, apenas saben cómo explicar su admiración. «¿Qué —dicen—, no son de suyo bastante percederos los hombres, sin que los unos anticipen la muerte a los otros? ¿Les parece demasiado larga una vida tan corta, o viven sólo para despedazarse mutuamente y mutuamente hacerse infelices?»

Tampoco comprenden por qué se admira tanto a los conquistadores que subyugan los grandes imperios. ¡Qué locura! ¡Hacer consistir su felicidad en gobernar a otros hombres, cuyo gobierno ha de ser según las leyes de la razón y de la justicia! Mas ¿quién gusta de gobernarlos a su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sabiduría y de la virtud de un hombre sujetarse a gobernar un pueblo dócil que los dioses pongan a su cuidado, o un pueblo que le ruega le sirva de padre y de pastor? Gobernar a los pueblos contra su voluntad, es hacerse miserable por tenerlos esclavos. Un conquistador es un hombre que los dioses, irritados contra el género humano, lanzan en su cólera a la tierra para destruir reinos,

difundir el espanto, la miseria y la desesperación y hacer esclavos a los hombres libres que hay. Quien busca la gloria, encuentra la más sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto a su cuidado. ¿Es digno de elogio haciéndose violento, injusto, altivo, usurpador y tirano de sus vecinos? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡Dichoso el que no tiene la necia ambición de esclavizar a nadie! Esos grandes conquistadores que tan gloriosos nos representan, son semejantes a los ríos que saliendo de madre parecen tan majestuosos, pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debían sólo regar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fué la primera si bebían vino sus habitantes.

—Ni lo beben, ni lo han bebido nunca —le respondió Adoam—; no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crían más dulces, sino porque se las comen como las demás frutas, temiendo al vino como a un corruptor de los hombres. Este, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata le embrutece.» Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se arruina la salud y las buenas costumbres.

—Quisiera saber —siguió Telémaco— qué leyes siguen en sus matrimonios.

—A nadie —le respondió Adoam— se le per-

mite más de una mujer, que se obliga a conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mujeres, como en otras naciones depende el honor de las mujeres de ser fieles a sus maridos. Jamás hubo pueblo tan honesto ni tan celoso de la pureza. Las mujeres son hermosas y agraciadas, pero sencillas, modestas y laboriosas. Los consorcios son pacíficos, fecundos e inmaculados; un alma sola parece que anima ambos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos; encárgase el marido de los de fuera, y la mujer cuida de los de la casa, alivia a su marido y parece que sólo ha nacido para agradarle; merece su confianza, y le embelesa menos con su hermosura que con su virtud, haciendo que dure tanto el contento de su unión como la vida, que siempre es allí larga, por causa de la sobriedad, la moderación y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento y de ciento veinte años llenos de alegría y de vigor.

—Réstame aún saber —añadió Telémaco— de qué modo evitan la guerra con sus vecinos.

—La Naturaleza —respondió Adoam— les ha separado de los otros pueblos, por una parte, con el mar, y por la otra, con altas montañas. Además, las otras naciones les respetan a causa de su virtud. Muchas veces les eligen por árbitros, y les confían las tierras y las ciudades cuya posesión disputan; y como jamás han hecho violencia a nadie, nadie desconfía de ellos. Ríense cuando

se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¡Temen, por ventura —dicen— que falte tierra a los hombres? Siempre tendrán de sobra más de la que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres e incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese a ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, mala fe ni codicia en extender su dominio; y, por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para qué hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Este es un pueblo que abandonaría su país y se entregaría a la muerte antes que rendirse a la esclavitud; tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Por último, Adoam refirió el modo con que hacían los fenicios su comercio en la Bética.

—Admiráronse —dijo— estos pueblos al vernos venir de tan lejos, atravesando mares; dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades, nos recibieron con la mayor bondad, y aun nos dieron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos, además, todas las lanas que les sobrasen después que habrían acopiado las necesarias para su uso; y, con efecto, nos hicieron de ellas un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar a los extranjeros lo que les sobra.

Sus minas nos las cedieron sin dificultad, por-

que a ellos les eran inútiles. Parecíales poco cuerdo que los hombres, por entre tantos trabajos, fuesen desde tan lejos a buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. «No cavéis —nos decían— tan profundamente la tierra; contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten; de ella sacaréis frutos que valen más que el oro y la plata, pues que el hombre no busca estos metales más que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.»

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegación, y llevar algunos jóvenes a Fenicia; pero jamás permitieron que sus hijos aprendiesen a vivir como nosotros. «Así, fuera —nos decían— es como se acostumbrarían a tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: quisieran adquirirlas, y si no hubiera otro medio de obtenerlas, a despecho de la virtud, se valdrían de la violencia. Vendrían a ser como el que, teniendo buenas piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse a la necesidad de que otro le lleve como a un enfermo.» Miran la navegación como un arte admirable por su ingenio; sin embargo, le miran como pernicioso. «Si estas gentes —dicen— tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué van a buscar en las entrañas? ¿Acaso lo que basta a satisfacer las verdaderas necesidades no les es a ellos suficiente?

En verdad que merecen naufragar los que así exponen la vida al rigor de las borrascas para saciar la codicia de los traficantes y lisonjear las pasiones de los demás hombres.»

Admirado Telémaco de la noticia de que aún hubiese en el mundo una nación que, gobernada por las leyes de la sencilla Naturaleza, fuese a un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó:

—¡Oh, cuánto se desemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural. Miramos las costumbres de ese pueblo como una hermosa fábula, y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

LIBRO IX

ARGUMENTO: Indignada Venus contra Telémaco, ruega a Júpiter que le pierda. Como los hados no lo permiten, concierta entonces con Neptuno el alejamiento del hijo de Ulises de Itaca, adonde era conducido por Adoam; a este fin, una engañosa divinidad hace entrar a toda vela al piloto Atamas en el puerto de Salento, tomado equivocadamente por el de Itaca. El rey Idomeneo recibe a Telémaco en su nueva ciudad cuando estaban preparando un sacrificio a Júpiter por la victoria obtenida contra los mandurienses. El sacerdote, después de consultar las entrañas de las víctimas, ofrece al rey los mejores augurios, diciendo que deberá a sus dos huéspedes la felicidad de que ha de gozar.

Telémaco y Adoam entreteníanse en estas pláticas, olvidando el sueño, sin echar de ver que era pasada la mitad de la noche; entretanto, una deidad enemiga y engañosa les había alejado de Itaca, cuya vista buscaba en vano el piloto Atamas; porque Neptuno, a pesar de ser el protector de las armadas fenicias, no pudo verle más tiempo libre del naufragio, después de haber salido vencedor de él entre los escollos de la isla de Calipso. Y aun más que Neptuno estaba resentida Venus de ver cómo aquel joven triunfaba, a su despecho, del amor y de todos sus encantos. En un momento de ira, esta diosa abandonó Citerea, Pafos, Idalia y Chipre, porque le eran insoportables estos lugares, que le recorda-

ban el desprecio que de ellos habia hecho Telémaco, y sube al Olimpo. Allí se habían juntado todos los dioses junto al trono de Júpiter; debajo de sus pies giraban los astros; el globo de la tierra no parecía a sus ojos más que un montoncito de lodo y los inmensos mares unas gotitas de agua que los humedecían, porque a los ojos de los dioses los más grandes imperios no son más que un poco de arena cubriendo un trozo de tierra; los pueblos más numerosos y los ejércitos más nutridos, como hormigas que se disputan una arista de paja; y reíanse de los negocios más serios, en que los hombres se afanaban, pareciéndoles juegos de niños, y lo que los hombres llaman grandeza, poder, política, tiénelo aquellos dioses como miseria y flaquezas.

En estas regiones tan encumbradas tenía su trono Júpiter; sus ojos penetran los abismos y ven los secretos más recónditos del corazón; sus miradas, apacibles y serenas, difunden por el orbe entero la paz y la alegría; mas cuando mueve, irritado, su cabellera, entonces los cielos y la tierra se estremecen y los dioses tiemblan, deslumbrados por los rayos de su gloria.

Cuando Venus llegó al trono de Júpiter estaban presentes todas las deidades del Olimpo. Venus presentábase con todos los hechizos que brotan de su seno. Sus hermosas vestiduras resplandecían más que los colores del arco iris cuando llega, al fin de la tempestad, para dar la buena nueva de la serenidad a los desventurados mortales. Llevá-

balas ceñidas con el famoso cinto que usan las Gracias, y los cabellos recogidos con un cintillo de oro. Como si nunca la hubiesen contemplado, sorprendió su hermosura a todas las divinidades, ni les deslumbró menos que Febo cuando, después de una larga noche, les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse los unos a los otros llenos de admiración y volvíanse a dirigir los ojos de todos en la diosa, porque repararon que las lágrimas arrasaban sus bellos ojos y llevaba retratado en su semblante el más acerbo dolor.

Venus entonces acercóse al trono de Júpiter con leve paso, semejante al ave que hiende el espacio inmenso de los aires; Júpiter recibióla con agrado, sonrióse un poco y, levantándose, la dió un abrazo, mientras la preguntaba:

—¡Querida hija! ¿Qué es lo que te aflige? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazón; no dudes en abrirme el tuyo, pues bien conoces el cariño y la deferencia que te tengo.

—¿Es posible —contestó Venus con voz dulce, pero entrecortada por los sollozos— que a vos, que todo lo tenéis presente, se os oculte la causa de mis dolos? No contenta Minerva con haber destruído hasta los fundamentos la poderosa ciudad de Troya, que yo protegía, y de haberse vengado de Paris porque prefirió mi hermosura a la suya, conduce por sí misma a todas partes y por todas las tierras y los mares al hijo de Ulises, el cruel destructor de Troya; ella es quien acompaña a Telémaco, y esta es la causa por qué hoy no se

halla entre las deidades, y ella es la que, para mi ultraje, condujo a este joven temerario a la isla de Chipre. El se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun a quemar incienso en mis aras; él ha puesto de manifiesto el mayor horror a las fiestas que en mi honor se celebran, y él, por fin, se ha negado a todos mis placeres. En vano Neptuno quiso castigarles, a instancias mías, levantando contra él los vientos y las ondas. Arrojado Telémaco por un naufragio a la isla de Calipso, triunfó en ella del Amor mismo, que yo envié para que se apoderase de su corazón. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni las encendidas flechas del Amor pudieron contrarrestar los artificios de Minerva; ésta arrancóle de la isla, dejándome confundida y afrentada. ¡Es un niño quien triunfa de mí!

Queriendo Júpiter consolar a Venus la dijo:

—Verdad es, querida hija, que Minerva defienda a ese joven de las flechas de tu hijo y que le prepare una gloria de que ningún joven ha gozado. Yo siento que despreciase tus aras; pero no puedo someterle a tu poder. Lo único que podría hacer sería atraerle vagando por los mares y las tierras, hacerle vivir lejos de su patria y exponerle a toda suerte de peligros y desventuras. Mas no permiten los hados hacer que perezca ni que su virtud sucumba a los placeres con que halagas a los hombres. ¡Consuélate, pues, hija mía, y contentate con tener bajo tu imperio a tantos otros héroes y a tantos inmortales!

Diciendo esto la miró, sonrióse con la mayor gracia y majestad y despidió de sus ojos un rayo de luz más vivo que el más encendido relámpago. Dió a Venus un tierno ósculo y difundió un olor de ambrosía que embalsamó todo el Olimpo. La diosa no pudo mostrarse insensible a semejante prueba de cariño del más alto de los dioses, y a través de sus lágrimas asomó la alegría en su semblante y tuvo que echarse el velo sobre el rostro para ocultar el rubor que encendía sus mejillas y la confusión que sentía en sí misma. Todos los dioses aplaudieron la determinación de Júpiter, y Venus, sin perder momento, fué a concertar con Neptuno la venganza sobre Telémaco.

Contóle lo que Júpiter había dicho; Neptuno la contestó:

—Ya conocía yo el orden inmutable de los hados; mas supuesto que no podemos sepultar a Telémaco en los abismos del mar, usemos de los medios que le hagan infeliz, retardando su regreso a Itaca. No consentiré, eso no, que naufrague el navío fenicio en que navega, porque amo a los fenicios, la Fenicia es mi pueblo y es la nación que más frecuenta mi imperio; a Fenicia se debe que, por medio del mar, se asocien todas las naciones de la tierra; ella me honra con continuos sacrificios en mis altares; ellos son sabios, juiciosos, trabajadores y, por medio de su comercio, llevan a todas partes la comodidad y la abundancia. Por esto nunca haré que naufrague ninguna de sus naves en venganza tuya; pero haré que

el piloto pierda el rumbo de Itaca, donde quiere ir.

Venus, contenta con esta resolución, sonrióse malignamente y retornó a su carro y voló en él a los floridos prados de Idalia, donde las Gracias, los Juegos y las Risas manifestaron su alegría, danzando en derredor de la diosa sobre las flores que llenan de fragancia aquellos deliciosos parajes.

Entretanto Neptuno envió una deidad engañosa, semejante a los sueños, con la diferencia que éstos solamente engañan a los dormidos, puesto que esta otra hechiza a los que están despiertos. Llegó, pues, la deidad engañosa con una multitud de aladas ficciones, derramando un sutil y encantador licor en los ojos del piloto Atamas cuando examinaba atentamente la claridad de la luna, el curso de los astros y las costas de Itaca, cuyas escarpadas rocas tenía ya muy cerca.

Y comenzó la ficción: nada verdadero le representaron sus ojos; fingido era el cielo, fingida la tierra que miraba; los astros se le presentaban como si hubiesen cambiado de postura; parecía que el Olimpo acababa de decretar nuevas leyes; hasta la tierra estaba mudada. Y mientras se iba alejando de la Itaca verdadera, se le representaba otra supuesta Itaca, y cuando más adelantaba hacia la playa, tanto más se retiraba, como que huyese delante de él, y no sabía a qué atribuir semejante fuga. Alguna vez creyó percibir que oía el ruido de los puertos y, según la orden recibida,

se disponía a ir secretamente a desembarcar en una pequeña isla inmediata a la grande, con el fin de ocultar a los amantes de Penélope, conjurados contra Telémaco, el regreso de éste. Otras veces temía a los escollos que rodeaban aquella costa y le parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellaban. Luego, repentinamente, advertía que la tierra estaba aún muy distante, de modo que sus montañas bien parecían algo así como las nubecillas que, al ponerse el sol, obscurecen el horizonte. Atamas se hallaba atónito y lleno de un sobresalto desconocido hasta entonces, que le causaba aquella deidad embelesando sus ojos. Tentado estuvo de creer que soñaba y que las ilusiones del sueño le tenían en aquella indecisión.

Entretanto Neptuno ordenó al viento de levante que soprase hacia las costas de Hesperia, y obedeció el viento con tanta violencia que bien pronto el navío pudo llegar a las riberas señaladas por Neptuno. El alba anunciaba el día y los luceros, temerosos de los rayos del sol, de quien siempre tienen envidia, iban ocultando en el océano su escaso fulgor, cuando el piloto gritó:

—Por fin he salido de dudas, pues ya tocamos las costas de Itaca.

Y dirigiéndose a Telémaco dijo:

—¡Alegraos, Telémaco, porque dentro de una hora podréis ver a Penélope y acaso hallaréis a Ulises devuelto al trono!

A estas voces despierta Telémaco, que había

estado descansando en brazos del sueño; se levanta, sube cabe el timonel, abraza al piloto y fija sus ojos en la vecina costa, y no reconociendo en ella a su patria exclama:

—¡Ay de mí! ¿Dónde estamos? ¡Esta no es mi patria querida! ¡Me habéis engañado! ¡Atamas, mal conocéis esta costa tan apartada de vuestra tierra!

—No me engaño —contestó Atamas—, ni es posible engañarme al considerar las costas de esta isla. ¿Cuántas veces no he entrado en vuestro puerto? Conozco hasta los más pequeños escollos, que me son tan familiares como los de Tiro; y en prueba de ello, ¿no veis aquella montaña que sale y aquel peñasco que se eriza como una torre? ¿No oís las olas que rompen en estas rocas, que parecen amenazar al mar con su caída? ¿No veis allí el templo de Minerva, alto hasta las nubes? Ved a ese otro lado la fortaleza y el palacio de Ulises, vuestro padre.

—Os engañáis, Atamas —contestó Telémaco—; yo veo, por el contrario, una costa elevada, pero no quebrada; veo muy bien una ciudad; pero no es la de Itaca. ¡Oh, dioses! ¿De este modo os burláis de los hombres?

Mientras Telémaco se lamentaba se hizo en los ojos de Atamas una mutación inesperada; rasgóse el velo y deshízose el engaño, viendo entonces la playa tal cual era en realidad, y no pudo menos el piloto de reconocer su error.

—Lo confieso —dijo—; seguramente alguna

deidad me embelesaba; creía estar viendo a Itaca y tenía delante su imagen; pero todo ha desaparecido como un sueño y veo esta ciudad, que seguramente es Salento, que acaba de fundar en las costas de Hesperia Idomeneo, fugitivo de Creta. Distingo bien los muros, sin concluir aún, y veo el puerto, todavía no bien fortificado.

Cuando Atamas notaba las diferentes construcciones que se hacían en la ciudad, Telémaco lloraba su nueva desgracia, y el viento que Neptuno enviaba les metió a toda vela en una cala inmediata al puerto, de mucho abrigo.

Mentor, que reconocía la venganza de Neptuno y el cruel artificio de Venus, se reía de los errores de Atamas, y al hallarse ya en la rada, dirigiéndose a Telémaco, le dijo:

—Júpiter te prueba, mas no quiere tu ruina; antes, al contrario, quiere abrirte, por medio de las pruebas, el camino de la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules y los de tu propio padre y no echés en olvido que la falta de sufrimiento prueba a su vez la falta de magnanimidad. La cruel fortuna te persigue implacable; tú debes cansarla a tu vez a fuerza de paciencia y de valor. Prefiero verte objeto de las venganzas de Neptuno que satisfecho con las lisonjeras caricias de la diosa que te retenía en su isla. ¿Qué nos detiene? —exclamó luego—; entremos ya en el puerto, que es éste un pueblo amigo, puesto que es griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente tendrá compasión de nosotros.

Y habiendo dicho esto entraron en el puerto sin dificultad, porque los fenicios están en paz y mantienen excelentes relaciones con todos los pueblos de la tierra.

Telémaco contemplaba lleno de admiración la naciente ciudad, semejante a una planta tierna que, refrigerada por el rocío de la noche, siente desde la mañana los primeros rayos del sol que vienen para embellecerla, y crece así y abre sus tiernos capullos, y extiende sus verdes hojas, y presenta sus olorosas flores matizadas de mil colores, de modo que cada vez que se la mira se la encuentran nuevas galas. Así florecía en las riberas la nueva ciudad de Idomeneo, creciendo en magnificencia y mostraba a los extranjeros que se hallaban en el mar los nuevos ornatos de su arquitectura, que se iban subiendo hasta el cielo. En toda la costa resonaban los gritos y los martillazos de los obreros; las piedras estaban suspendidas de maromas por medio de habilidosas maquinarias; los principales de la ciudad animaban al pueblo al trabajo desde que despuntaba la aurora, y el mismo rey Idomeneo, ordenando por todas partes, hacía adelantar las obras con destreza increíble.

Los cretenses, en cuanto arribó la nave fenicia, dieron a Telémaco y a Mentor las más sinceras muestras de amistad y fueron a anunciar al rey la llegada del hijo de Ulises.

—¿El hijo de Ulises —exclamó Idomeneo—; de Ulises, de aquel querido amigo, de aquel sabio

héroe por quien conseguimos la ruina de Troya? Conducídmelo al instante para demostrarle cuánto amé a su padre.

Seguidamente le presentaron a Telémaco, el cual, después de decirle quién fuese, le pidió hospitalidad. Idomeneo le contestó, afable y risueño:

—Aun cuando no me hubieses dicho quién eres, creo que te hubiera conocido. Porque, viéndote, creo ver al mismo Ulises: sus ojos llenos de fuego y tan serenos; su aire, a primera vista frío y reservado, que tanta vivacidad y tanta gracia escondía; aquella fina sonrisa; la dulzura de sus palabras, sencillas y significativas, que persuadían siempre sin dejar lugar a dudas. Con efecto, eres tú el hijo de Ulises, y también serás mi hijo. ¡Hijo mío! ¡Mi hijo bien amado! ¿Quién te ha conducido a mis riberas? ¿Vienes acaso buscando a tu padre? ¡Pobre de mí! ¡Nada sé de él! Ambos hemos sido perseguidos por la fortuna: él en no poder restituirse a su patria, y yo teniendo a los dioses irritados contra mí en la mía propia.

Mientras Idomeneo hablaba así, miraba fijamente a Mentor, como queriendo reconocerle, y no atinando en su nombre. Telémaco le respondió, anegado en lágrimas:

—¡Oh, rey! Disimulad si no consigo dominar el dolor que me aflige cuando debiera manifestaros la alegría que me causa vuestra bondad. Con el sentimiento que manifestáis con la pérdida de Ulises, me adoctrináis cómo he de sentir la desgracia de no encontrarle. Mucho tiempo ha le es-

toy buscando por todos los mares; mas los dioses, irritados, no permiten que le halle ni sepa si ha naufragado, y aun se oponen a que regrese a Itaca, donde Penélope se consume en deseos de verse libre de los pretendientes que la asedian. Creí hallaros en la isla de Creta; en ella supe vuestro cruel destino y jamás pensé poder llegar a ver el nuevo reino que habéis fundado en Hesperia; mas la fortuna, que se burla de los hombres y me trae vagando por los mares lejos de mi patria, me ha arrojado a vuestras costas. Este es, sin duda, el mal menos insoportable que me ha producido, porque, aun cuando lejos de mi patria, me da ocasión de conocer al más generoso de los reyes.

Idomeneo le abrazó estrechamente y, mientras le iba conduciendo a su palacio, le preguntó:

—¿Quién es ese venerable anciano que te acompaña? Me parece haberlo visto antes de ahora muchas veces.

—Es Mentor —le contestó—, amigo de Ulises, a quien dejó confiada mi educación y a quien soy deudor en más de cuanto pudiera decir.

Acercándose entonces Idomeneo a Mentor le alargó la mano, diciendo:

—Nosotros nos hemos visto antes de ahora. ¿Recordáis el viaje que hicisteis a Creta y de los buenos consejos que me disteis? Entonces, por cierto, me arrastraba el ardor de mis años juveniles y el amor a los deleites. Ha sido necesario que mis infortunios me instruyesen para aprender lo que no quería creer. ¡Ojalá los dioses

hubieran querido que os escuchase! Poco se ha alterado vuestro semblante; es admirable, aun habiendo transcurrido tantos años, porque conserváis la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad; sólo advierto que habéis encanecido algo.

—Gran rey —respondió Mentor—; si yo fuese adulator, os diría también que conservasteis aquellas gracias que ennoblecían vuestro rostro antes del sitio de Troya; pero prefiero desagradaros a faltar a la verdad; por lo demás, bien veo que huís de las lisonjas y que nada aventuro hablándoos llanamente. Vos habéis decaído tanto que bien se advierten los trabajos que habréis sufrido; pero no habéis ganado poco en sufrirlos, porque os han adiestrado en la prudencia. El hombre debe consolarse fácilmente, aunque las arrugas afeen el rostro, si el ánimo se ejercita y la virtud se fortalece. Sabed, además, que los reyes se gastan más que los demás hombres, porque la adversidad, las amarguras y las fatigas del cuerpo les envejecen antes de tiempo, y en la prosperidad más les aniquilan los placeres de la vida afeminada que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malsano como los deleites del hombre que no sabe contenerse. De esto procede que los reyes, sea en paz o en guerra, siempre tienen disgustos y placeres que llaman antes de hora a la vejez. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del

varón sabio la frescura de la juventud, que sin estas precauciones está siempre dispuesta a huir en alas del tiempo.

Idomeneo le escuchaba con la mayor complacencia, ni hubiese terminado su plática a no advertirle los suyos que daba la hora señalada para el sacrificio que tenía ofrecido a Júpiter. Telémaco y Mentor le siguieron, atrayendo la curiosidad de las gentes, como extranjeros que eran; les observaban detenidamente y se decían los unos a los otros:

—Ved aquí a dos hombres bien diferentes. El joven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en su porte y en su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo ni afeminado; y no obstante sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido en el trabajo. El otro, aunque de mucha más edad, nada ha perdido de su vigor. A primera vista su aspecto es menos agraciado y hermoso; pero si bien se observa, su misma sencillez descubre mucha sabiduría y virtud y una admirable grandeza de ánimo. Seguramente cuando bajaron los dioses del Olimpo tomarían figuras parecidas a la de estos dos extranjeros.

Llegaron, por fin, al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, había enriquecido con gran magnificencia. Le rodeaban dos series de columnas de jaspe, cuyos capiteles eran de plata; incrustaciones de mármol le enriquecían, ostentando en bajorrelieves a Júpiter transfor-

mado en toro cuando se llevaba a la hurtada Europa y su paso a la isla de Creta a través de las ondas; el nacimiento y la juventud de Minos; el mismo ya de edad avanzada, dictando las leyes a su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia; los principales hechos del asedio de Troya, en que Idomeneo ganó justa reputación de gran capitán. Telémaco, estando observándolos, reconoció a su padre cogiendo los caballos de Reso, a quien Diómedes acababa de matar; en otra parte disputando con Ajax las armas de Aquiles, en presencia de todos los jefes del ejército griego, y, por último, saliendo del fatal caballo para derramar tanta sangre troyana. Telémaco le reconoció en aquellas escenas, de que muchas veces le había hablado Mentor, y a su vista se le saltaron las lágrimas, mudó de color y sintió una gran turbación. Por más que hizo Telémaco para ocultarlo, Idomeneo lo advirtió todo, y le dijo:

—No os cause vergüenza, ¡oh, Telémaco!, parecer sensible a la gloria y a los infortunios de vuestro padre.

El pueblo rodeaba los vastos pórticos que formaban las dos series de columnas que rodeaban al templo, y en éste, dos coros de jóvenes entonaban himnos en loor del dios que tiene en sus manos el rayo. Estos jovencitos, escogidos entre los más bellos, iban vestidos de blanco, llevando el cabello suelto sobre la espalda y una corona de rosas en la frente. El sacrificio que hacía a Jú-

piter Idomeneo consistía en cien toros, y hacíalo para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos había emprendido. Humeaba por doquiera la sangre de las numerosas víctimas y corría luego en grandes vasijas de oro y plata, construídas a este fin.

El anciano Teófanos, amigo de los dioses y sacerdote del templo, cubría su cabeza con una extremidad de su vestido purpúreo. Después examinó las entrañas de las víctimas, aun palpitantes, y sentándose en el sagrado trípode, exclamó:

—¡Oh, dioses! ¡Quiénes son estos dos extranjeros que el cielo nos envía? ¡Sin ellos nos fuera muy funesta la guerra! Salento sería arruinada antes de ser completamente edificada. Yo distingo un héroe joven a quien la sabiduría conduce de la mano... pero... ¡Ya no es posible a un mortal entender más!

Diciendo estas cosas sus ojos despedían llamas y parecía distinguir otros objetos que los que tenía presentes; su rostro estaba arrebolado y todo él como fuera de sí; se le erizaba el cabello y tenía levantados los brazos; su voz, alterada, era más fuerte que la humana; como que le faltase el aliento, y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió a exclamar:

—¡Feliz Idomeneo! ¡Qué es lo que estoy viendo? ¡Cuántas desgracias evitadas! ¡Cuántos combates y victorias!... ¡Oh, Telémaco! Tus trabajos exceden a los de tu padre. El fiero enemigo gime bajo los tajos de tu espada. Las puertas de hierro y los innacesibles muros caen a tus pies. ¡Oh,

gran diosa, a quien su padre!... ¡Oh, joven! ¡Tú, en fin, volverás a ver...

Y al llegar aquí, expiraron sus palabras y quedó silencioso.

Todo el pueblo hallábase sobrecogido de terror. Idomeneo, lleno de admiración, no se atreve a rogarle que termine. El mismo Telémaco, sorprendido, apenas comprende lo que acaba de oír ni atina a creer haber oído realmente tales augurios. Mentor es el único a quien nada sorprende, y así, dirigiéndose a Idomeneo, le dice:

—Ya sabéis los decretos de los dioses. Contra la nación que tengáis que combatir obtendréis la victoria y seréis deudor al hijo de vuestro amigo de la prosperidad de vuestras armas. No le enviéis este favor. Contentaos con el favor que, por él, os otorgan los dioses.

Idomeneo, todavía conturbado con estas cosas, no acertaba a contestar, como si tuviese la lengua entorpecida; pero Telémaco, volviéndose a Mentor, dijo:

—No tengo ningún interés en esta gloria que se me promete. Pero me intriga saber a quién pueden hacer relación aquellas palabras del augurio: «Tú volverás a ver...» ¿Será a mi padre o solamente a Itaca? ¡Pobre de mí, que no atino a explicármelo! ¡De modo que me agito en peor incertidumbre que antes! ¡Oh, Ulises! ¡Padre mío! ¿Seréis vos a quien he de volver a ver? ¿Será esto verdad? ¡Cruel oráculo, que te complaces en burlarte de un desgraciado! ¡Con una sola pala-

bra más me hubieras hecho el más aventurado de los hombres!

—Respetar — dijo Mentor a estas palabras — lo que los dioses revelan y no intentes descubrir lo que te ocultan, porque la temeraria curiosidad bien merece que se la confunda. Los dioses, por su infinita misericordia y bondad, ocultan a los débiles mortales su destino en una impenetrable obscuridad. Bien está que el hombre procure saber lo que de él dependa para desempeñarlo bien. Pero no es menos útil ignorar lo que dependa únicamente de la providencia de los dioses.

Respetando el sentido de estas palabras contúvose Telémaco, aunque dificultosamente. Mas Idomeneo, recobrado de su asombro, alabó grandemente a Júpiter por haberle enviado al joven Telémaco y a Mentor para triunfar de sus enemigos.

Después del sacrificio se sirvió un espléndido banquete, y terminado éste habló así a sus dos huéspedes:

—Confieso que ignoraba bastante el arte de reinar cuando, después del sitio de Troya, arribé a Creta. Ya sabéis, amigos, las desgracias que me privaron del trono en aquella isla, porque habéis estado en ella después de mi huida. Todo lo doy por bien pagado si mi adversa fortuna me ha adoctrinado suficientemente y enseñado la moderación. Atravesé los mares como un perseguido por la justa venganza de los dioses y de los hombres. Más vergonzosa y desde luego menos soportable era mi caída, recordando mi pasada gran-

deza. Por fin, pude poner a salvo en esta isla mis dioses pennates; aquí no hallé más que terrenos incultos, cubiertos de matorrales y espinos; selvas tan viejas como la tierra; rocas casi inaccesibles, donde tenían sus madrigueras las bestias salvajes. Mas me veía forzosamente reducido en esta tierra salvaje con los pocos soldados y compañeros que quisieron acompañarme, puesto que era de todo punto imposible mi retorno a la tierra donde reiné y donde había nacido. ¡Cuánta mudanza! —me decía a mí mismo—. ¡Qué ejemplo más terrible ofrezco a los demás reyes! ¡Y cuán conveniente les fuera escarmentando en mí! Los reyes creen que, por lo mismo que se hallan encumbrados sobre los demás hombres, no tienen nada que temer, cuando este encumbramiento ha de llenar de temor. Temido de mis enemigos y amado de mis vasallos, regía una nación poderosa y aguerrida; la fama había llevado mi nombre en sus alas hasta los países lejanos; mi isla era fértil y deliciosa; recibía el tributo de cien ciudades y todos me reconocían como descendiente de Júpiter, originario del país; todos me amaban como al nieto de Minos, recordando que a sus leyes sabias debían su gloria y su prosperidad. Sólo me faltaba para ser feliz gozar moderadamente de tanta fortuna. Pero mi orgullo, por una parte, y las lisonjas, que no desechara, por otra, me derribaron del trono. De la misma manera caerán los reyes que gobiernan dando oído a sus pasiones y a las lisonjas de los aduladores.

Durante el día tenía sumo cuidado en mostrar la alegría en el semblante y alentar con mi esperanza a los que me habían seguido. Fundemos —deciales— una nueva ciudad que nos consuele de nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que nos animan con su ejemplo a emprender la tarea. Cerca de nosotros tenemos a Tarento, fundada por Falante y los lacedemonios; Filoctetes da su nombre a Petilia, la gran ciudad que fundara en la misma costa; Metaponto es también una colonia parecida. ¿Podemos hacer menos que estos extranjeros errantes? La fortuna, por lo demás, no nos es adversa. Así procuraba alentar a mis compañeros en sus trabajos, por más que mi corazón sufría horriblemente. Era para mí un consuelo el que se alejase la luz del día y me envolviesen las tinieblas en sus sombras, para poder llorar con libertad mis infortunios, porque mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocían el sueño; y al día siguiente volvía a mis acostumbradas tareas. Tal es, Mentor, la causa de verme tan envejecido.

Después que Idomeneo refirió sus trabajos rogó a Telémaco y a Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido.

—En cuanto se concluya —decía— os devolveré a Itaca.

Y agregaba:

—Entretanto, mis navíos recorrerán los mares, procurando noticias sobre Ulises, y aun me ofrezco a sacarle de cualquier parte del mundo

donde haya sido arrojado por las borrascas o la cólera de los dioses. ¡Quieran éstos que aun viva! A vosotros os enviaré en las mejores naves que se hayan construído en Creta con madera del monte Ida, cuna de Júpiter. Este sagrado leño no puede sucumbir; los vientos y las rocas le temen y respetan, y el mismo Neptuno, aun encolerizado, no se atreverá a conmovér las ondas contra él. Tened la seguridad de que arribaréis a Itaca y que no habrá ninguna deidad enemiga capaz de haceros andar errantes por más tiempo; por lo demás, la travesía es corta y fácil. Despedid al navío fenicio que hasta aquí os ha conducido y no penséis sino en establecer gloriosamente el nuevo reino de Idomeneo, para reparar las pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seáis tenido por digno hijo de vuestro padre; aun cuando los rigurosos hados le hubiesen llevado al tenebroso reino de Plutón, toda la Grecia se regocijará teniéndole a Ulises en vos.

Entonces Telémaco dijo:

—Despidamos, pues, el navío fenicio y no tardemos en tomar las armas y atacar a nuestros enemigos, porque ya lo son los vuestros. Si vencimos en Sicilia luchando por Acestes, troyano y enemigo de los griegos, más animosos y más favorecidos de los dioses seremos sin duda, porque combatiremos por uno de los héroes griegos que destruyeron la impía ciudad de Priamo. El oráculo que acabamos de oír no deja lugar a duda.

LIBRO X

ARGUMENTO: Se manifiesta el motivo de la guerra contra los mandurienses. Idomeneo cuenta a Mentor cómo aquellos pueblos le cedieron la costa Hesperia donde han fundado la nueva ciudad; cómo, retirándose a los montes vecinos, algunos habían sido maltratados por una tropa de sus súbditos, cuestión que fué zanjada mediante un convenio pacífico. Una infracción de uno de los suyos, que ignoraban el convenio, motivó la declaración de guerra. Cuando Idomeneo contaba estas cosas, los mandurienses tomaron las armas, presentándose a las puertas de Salento, observándose que entre ellos hallábanse Nestor, Filoctetes y Falanto, a quienes Idomeneo había creído neutrales. Mentor sale solo de Salento hacia el campo enemigo para proponerle condiciones de paz.

Mentor, mirando afable y sereno a Telémaco, inflamado con el noble ardor a la lid, hablóle en estos términos:

—Mucho me alegra, hijo de Ulises, verte inclinado a la belleza de la gloria, mas no olvides que Ulises la obtuvo mayor con su sabiduría y moderación que cuando vencía en el sitio de Troya. Aun cuando Aquiles era inexpugnable y llevaba el terror y la muerte doquiera iba, no obstante, no pudo vencer a Troya, sino que cayó al pie de sus muros, triunfando la ciudad del vencedor de Héctor. Mas Ulises, cuya prudencia aquilatava su valor, llevó el fuego y el hierro en medio de los

troyanos, y bajo su impulso cayeron aquellas fuertes torres que durante diez años fueron el terror de la Grecia. Minerva es superior a Marte porque la prudencia y la precaución son aún mayores que su esfuerzo impetuoso y feroz. Por tanto, Idomeneo, comencemos por estudiar las circunstancias de esta guerra. No temo ningún peligro; mas antes es conveniente conocer la justicia que os asiste y las fuerzas con que contáis para poder esperar el éxito de la empresa.

Idomeneo le contestó:

—Cuando llegamos a estas riberas hallamos al pueblo salvaje, que vaga por las selvas viviendo de la caza y de los frutos que espontáneamente producen los árboles; estos pueblos, llamados mandurienses, se asombraron de nuestras naves y de nuestras armas, retirándose a los montes; pero, movidos nuestros soldados de la curiosidad de conocer el país, se internaron en los montes cuando, persiguiendo a unos ciervos, se encontraron con unos salvajes fugitivos, cuyo jefe les dijo:

—Hemos abandonado pacíficamente las costas para cedéros las y sólo nos contentamos con las montañas casi inaccesibles; es justo, pues, que nos dejéis en ellas para que gocemos de la paz y de la libertad. Ahora, errantes, dispersos e inferiores a vosotros en fuerzas, está en nuestra mano quitaros la vida e impedir que comuniquéis a vuestros compañeros vuestra desgracia; mas no queremos manchar nuestras manos con la sangre

de nuestros semejantes. Id en paz y acordaos que debéis la vida a nuestros sentimientos de humanidad y no olvidéis que de este pueblo, al que vosotros llamáis grosero y salvaje, es de quien recibís esta lección de prudencia y de generosidad.

—Vueltos al campo los nuestros contaron lo sucedido. Los soldados irritáronse y tuvieron a menos que unos cretenses debieran la vida a una caterva de fugitivos, que mejor les parecían osos que hombres. Por esto tornaron a caza con muchos más, prevenidos de armas, y encontrando a los salvajes, les acometieron. Volaban los dardos de una a otra parte como el granizo cae sobre el campo en una tempestad. El combate fué cruel; por fin, viéronse precisados a internarse en las fragosidades del monte, adonde no se atrevieron a entrar los nuestros. Poco después vinieron a mí dos de sus ancianos con ofertas de paz. Como presente trajéronme pieles de las bestias que cazan y frutas del país; después de ofrecerme sus regalos me hablaron de esta manera:

—Ya ves, ¡oh, rey!, que en una mano tenemos el ramo de olivo y en la otra la espada (así era, en efecto); he aquí la paz y la guerra; nosotros preferimos la paz; por conservarla os hemos cedido esta hermosa tierra fertilizada por el sol, que da tan delicados frutos, porque nos son más apreciables los frutos que produce la paz; por ella nos hemos refugiado en las escabrosidades de la sierra, siempre cubiertas de hielos y nieve y donde

nunca florecen las flores de la primavera ni maduran los frutos del otoño. Nosotros tenemos horror a esta brutalidad que, disfrazada con los hermosos nombres de ambición y de gloria, devasta provincias enteras y derrama abundantemente la sangre de los hombres, siendo todos ellos hermanos entre sí. No te envidiamos si deseas esta gloria; solamente rogamos a los dioses que nos libren de tu furor. Nosotros nos encontramos muy felices sin poseer vuestra ciencia, aprendida por los griegos con tanta aplicación, ni vuestra cultura, de que hacéis alarde, si no os inspiran otra cosa que esta detestable injusticia. Seremos ignorantes y bárbaros; pero justos, humanos, fieles, desinteresados; nos contentaremos con poco y odiamos la liviana delicadeza que echa tantas cosas de menos. Estimamos únicamente la salud, la frugalidad, el vigor del cuerpo y del alma, el amor a la virtud, el temor de los dioses, el afecto a nuestra sangre, la inclinación a nuestros amigos, la fidelidad con todo el mundo, la moderación en medio de la prosperidad, la firmeza en la adversidad, la osadía de decir siempre la verdad y el horror a la lisonja. Tales son los pueblos que tienes por vecinos y te ofrecemos por aliados. Si los dioses, irritados contra ti, te ciegan para que desprecies nuestra amistad, aprenderás, aunque tardíamente, que los que con prudencia buscan la paz, también saben ser temibles en la guerra.

—Entretanto que hablaban estaba observán-

dolos detenidamente. Usaban larga y descuidada barba, corto y cano el cabello, pobladas las cejas, vivos los ojos, la mirada denodada, el modo de hablar grave y modesto y al mismo tiempo lleno de autoridad y los modales modestos e ingenuos. Vestían pieles anudadas a la espalda, enseñando unos brazos recios y fornidos aún más que nuestros atletas. Les contesté que yo también deseaba la paz. Y así, acordamos de buena fe las condiciones y nos despedimos después de haberles obsequiado con varios presentes. Mas los dioses que me arrojaron del trono no se causaban de perseguirme. Nuestros cazadores, que aun no podían tener noticia de nuestro tratado de paz, encontraron en su camino a una multitud armada que acompañaban a sus enviados de regreso de nuestro campo; les atacaron furiosamente, mataron algunos y persiguieron a los demás hasta los bosques; y ved ahí de nuevo la guerra, ante la creencia de estos vecinos de que no atendemos a nuestras promesas y juramentos. Para hacerse más poderosos contra nosotros han llamado en su auxilio a los locrenses, apulienses, lucanienses y brucios y a los habitantes de Crotona, Nerita, Mesapia y Brindes. Los lucanienses traen carros armados de cortantes hoces; cada uno de los apulienses viste las pieles de las fieras que ha matado y va provisto de una maza guarnecida de puntas de hierro; son de estatura de gigantes y tan robustos con los penosos trabajos a que se dedican que su presencia causa espanto. Los locrenses, originarios de

la Grecia, son más humanos que los otros, recordando la herencia de la raza, pero a la exacta disciplina de los griegos, unen el vigor consiguiente a la vida dura que sobrellevan, y que les hace invencibles; van armados de escudos ligeros, tejidos de mimbres, y empuñan largas espadas. Los brucios son tan ligeros como los ciervos y los gamos; la hierba, cuando corren, no parece hollarse bajo sus pies; su táctica es cargar inopinadamente contra sus enemigos, emprendiendo luego rápida y veloz carrera. Los de Crotona son diestros en el manejo del arco; pocos griegos sabrían tender los arcos de los crotonenses; si se dedicaran a nuestros juegos, no habría premio inseguro para ellos; tiñen sus flechas con el jugo de ciertas plantas venenosas, que proceden, según dicen, de las márgenes del infierno, y cuya ponzoña es mortífera. Los de Nerita, Mesapia y Brindes sólo poseen gran vigor corporal, pero sin arte; al ver al enemigo gritan desaforadamente; usan de la honda y cuando lanzan la granizada de piedras núblase el aire; pero pelean sin orden. Ya sabéis, pues, lo que deseabais: el origen de la guerra y cuáles son nuestros enemigos.

Después Telémaco daba muestras de su impaciencia por entrar en combate; pero Mentor, conteniéndole, dirigiéndose a Idomeneo, le habló de la siguiente manera:

—¿En qué consiste que los locrenses, siendo griegos, se unan con los bárbaros contra los griegos? ¿En qué consiste que, existiendo en estas

costas tantas colonias griegas, ninguna de ellas, fuera la vuestra, se ve obligada a estas guerras? ¡Idomeneo! Os quejáis de que los dioses no se han cansado de perseguiros; pero yo afirmo que no han acabado de enseñaros. Tantos infortunios como habéis padecido no han bastado para enseñaros a evitar la guerra. Lo que nos habéis dicho de la buena fe de estos bárbaros, prueba lo fácil que hubiera sido vivir en paz con ellos; mas la altanería y la soberbia acarrearán siempre el peligro de las guerras. Os hubiera sido fácil entregar y recibir rehenes; enviar con sus embajadores algunos de vuestros principales que los condujesen con seguridad, y aun después de renovada la guerra, podíais aplacarlos, dándoles satisfacciones por aquel insospechado y lamentable suceso; debisteis haberles ofrecido todas las seguridades precisas e imponer las penas más rigurosas contra el vasallo, de los vuestros, que violare las leyes de alianza. Pero, decidme: ¿Qué sucesos han mediado desde que se rompieron las hostilidades?

—Yo creí indecoroso —dijo Idomeneo— dar satisfacción a estos bárbaros; y ellos, sin perder momento, juntaron todos los aptos para entrar en combate y llamaron seguidamente en su ayuda a los vecinos contra nosotros, haciéndonos sospechosos y aborrecibles a todos éstos. Por esto me pareció conveniente ocupar los pasos peor guardados de las montañas; lo cual conseguimos fácilmente, poniéndonos así en disposición de ex-

pugnar al enemigo. En las montañas hice levantar torres desde donde pueden los míos lanzar sus dardos contra los que se aventuren a descender por la vertiente a nuestro país; y con esto aseguraba la posibilidad de nuestra entrada en el de ellos. Así que nos es posible resistirle, aun contando con fuerzas muy desiguales. Nuestra reconciliación, al presente, es muy difícil, porque no podemos abandonar aquellas torres sin exponernos a sus incursiones; ellos las miran como ciudadelas desde las cuales pretendemos esclavizarlos.

Mentor contestó a Idomeneo:

—Puedo deciros la verdad sin paliativos, porque sois un rey sabio. No sois como esos hombres débiles que la temen, por faltarles el valor de corregirse y sólo lo tienen para ocultar bajo su autoridad los propios desaciertos. Por esto no dudo manifestaros que este pueblo bárbaro os dió una lección admirable cuando os ofreció la paz; y, ciertamente, no por flaqueza, ni por falta de valor ni de medios con que haceros la guerra. Ya veis, al contrario, lo aguerrido que se presenta y cómo le sostienen tantos y tan poderosos vecinos. ¡Ojalá hubieseis sido tan discreto como ellos! Sólo la dañosa vergüenza y la más detestable presunción os han traído esta desgracia; temisteis engreírle con vuestra moderación, sin considerar que vuestra altivez vendría contra vos mismo poderosa y formidablemente. ¿De qué sirven estas torres de que tanto blasonáis, sino de ponerlos en la alternativa de morir o de mataros

para librarse de la esclavitud? Estas torres que habéis levantado para vuestra seguridad, son precisamente lo que os pone en peligro. La más segura defensa de un pueblo es la justicia, la moderación, la buena fe, la confianza que debe inspirar a los vecinos de que es incapaz de usurparles sus tierras. Mil accidentes imprevistos arruinan los muros más poderosos; la fortuna es siempre caprichosa e inconstante en la guerra; mas ganando a fuerza de moderación y de justicia el afecto y la confianza de las naciones fronterizas, es como el príncipe adquiere la seguridad de no ser vencido ni atacado. Y aun cuando hubiese alguno tan injusto que lo intentase, los demás interesados en su conservación, inmediatamente saldrían en defensa suya. Más poderoso que estas torres que están erguidas para vuestra ruina, fuera el apoyo de los demás pueblos interesados. Si desde un principio hubierais puesto cuidado en no haceros sospechoso, crecería vuestra ciudad a la sombra de la paz y aun fuerais el árbitro de todas las naciones de Hesperia. Mas vamos ahora a examinar los medios de reparar en el futuro los yerros del ayer. Me habéis dicho que en estas costas existen varias colonias griegas; no es probable que se nieguen a prestaros auxilio, porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Júpiter, ni vuestro heroísmo en el sitio de Troya, donde os señalasteis, en bien de toda Grecia, en medio de los demás príncipes combatientes. ¿Por qué no los atraéis a vuestro partido?

—Porque todas han resuelto sostener la neutralidad —objetó Idomeneo—; no porque les falte inclinación a socorrerme, sino porque el excesivo esplendor que desde su fundación tuvo esta ciudad les asombra y les inspira recelos de que algún día conspiremos contra su propia libertad. Temen que, después de subyugar a los bárbaros de la sierra, llevemos adelante nuestras ambiciones. Así que todo está contra nosotros; pues los que no nos hacen la guerra, desean vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

—Ved ahí la contradicción —dijo Mentor—. Por parecer poderoso destruisteis vuestro mismo poder; y mientras sois en el exterior objeto de odio y de temor por vuestros vecinos, interiormente os aniquiláis y consumís con los esfuerzos a que os obliga esta guerra. ¡Oh, una y mil veces desgraciado Idomeneo! Los infortunios sólo os han adoctrinado a medias. ¿Necesitaréis acaso una segunda caída para aprender a prever los riesgos que amenazan a los más poderosos monarcas? Dejadme obrar a mí y decidme cuáles son estas colonias griegas que rehusan vuestra alianza.

—La principal —contestó Idomeneo— es Taranto, fundada, hace tres años, por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia nacidos de las mujeres que olvidaron a sus maridos ausentes durante el sitio de Troya. Al retorno de sus maridos, estas mujeres sólo se acordaron de

aplacar a éstos, desentendiéndose de sus faltas; estos jóvenes nacidos fuera de matrimonio, de padres desconocidos, vivían en el mayor desenfreno y sólo pudo contenerlos la severidad de las leyes. Falanto, caudillo lleno de osadía, intrépido, ambicioso de gloria y diestro en ganar voluntades, los reunió y con ellos vino a esta costa y con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. Filoctetes, que ganó tanta reputación en el sitio de Troya con la flecha de Hércules, ha levantado también, no lejos de aquí, los muros de Petilia, menos poderosa, pero mejor regida que Tarento. Finalmente, tenemos también a poca distancia la ciudad de Metaponto, fundada por el sabio Néstor con sus pilios.

—Cómo es posible —exclamó Mentor— que teniendo aquí al gran Néstor; que tantas veces os vió pelear en Troya, no le habéis sabido interesar en vuestra causa? ¿No tenía con vos una estrecha amistad?

—¡Sí! —contestó Idomeneo—; mas la he perdido, porque estos pueblos bárbaros son muy sagaces y han logrado persuadirle que yo tenía el proyecto de tiranizar la Hesperia.

—Nosotros le desengañaremos —dijo Mentor—. Telémaco le vió en Pilos antes de la fundación de esta colonia y antes que emprendiésemos estos largos viajes en busca de Ulises; y no es creíble que haya olvidado al héroe, ni las muestras de cariño de su hijo. Lo importante es desvanecer sus sospechas; y puesto que ellas han encendido la gue-

rra, disipándolas, también ésta se disipará. Os ruego de nuevo que lo dejéis a mi cuidado.

Al oír esto Idomeneo abrazó a Mentor, y tan enternecido estaba, que no podía hablar. Por fin pudo decir estas palabras:

—¡Oh, sabio anciano enviado por los dioses para deshacer mis entuertos! Confieso que me hubiera irritado cualquiera otro que me hablara con tanta libertad, y también confieso que sólo vos pudierais obligarme a pedir la paz. Había tomado la resolución de morir o vencer; pero, como quiero ser razonable, prefiero seguir vuestros consejos que la voz de mi pasión. ¡Feliz de vos, oh, Telémaco, que, con semejante maestro, no podréis desviaros, como yo me he desviado, del camino de la justicia! Vos, Mentor, seréis el árbitro; la sabiduría de los dioses está con vos; la misma Minerva no daría más saludables consejos. Id, pues, y estipulad y dad lo mío si es preciso; porque Idomeneo aprobaré cuanto en vuestra discreción consideréis deber hacer.

Razonando estaba, cuando oyóse inesperadamente el confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos y el ronco son de las trompas bélicas que llenaban el aire de estruendo.

—¡Ahí están los enemigos! —gritaba la gente—; pues han dado un rodeo para evitar los pasos guardados. ¡Ya vienen a sitiar a Salento!

Los ancianos y las mujeres exclamaban:

—¡Pobres de nosotros, que abandonamos nuestra querida patria, la fértil Creta, y seguimos a

un rey infortunado, atravesando los mares, para fundar esta ciudad, que, como Troya, será convertida en ruinas!

Desde las murallas nuevamente construídas se veían en la vasta campiña los cascos, corazas y broqueles del enemigo, brillando al sol y ofuscando la vista. Veíanse también las picas levantadas que cubrían largo trecho, así como el estío cubre la tierra con la abundante cosecha con que Ceres recompensa, en Sicilia y en los campos del Etna, las fatigas del labrador. Por último, veíanse los carros armados de afiladas hoces y se distinguía con facilidad los pueblos confederados para la guerra.

Para mejor reconocerlos, subió Mentor a una alta torre, seguido de Idomeneo y Telémaco. Apenas llega, cuando descubre a un lado a Filoctetes y a otro a Néstor, con su hijo Pisistrato. Fácil era reconocer a Néstor por su venerable ancianidad.

—¡Qué es lo que veo! —exclama Mentor—, Vos, Idomeneo, habíais creído que Filoctetes y Néstor se contentaban con no ayudaros; pero vedlos ahí que han tomado las armas contra vosotros, y, si no me engaño, esas otras tropas que marchan tan ordenadamente, los lacedemonios, mandados por Falanto. Todos están contra vos; ningún pueblo de la costa es amigo vuestro.

Diciendo esto, baja precipitadamente, dirigiéndose a la puerta de la ciudad, hacia donde avanzaba el enemigo; mándala abrir, y queda tan absorto Idomeneo de la majestad con que actúa

Mentor, que ni aun se atreve a preguntarle qué se propone hacer. Pero Mentor hace seña de que nadie le siga. Acercándose entonces a los enemigos, quedan éstos sorprendidos al verle solo. Desde lejos les enseña un ramo de olivo en señal de paz; y cuando se hubo acercado bastante para ser oído, les pidió que se juntasen los cabos de los ejércitos; y una vez juntos, les habló de la siguiente manera:

—Generosos varones de tantas naciones como florecen en la Hesperia: ya sé que sólo vinisteis aquí por amor a la libertad. Alabo este noble celo; pero permitidme que os haga presente un medio el más fácil de conservar vuestra libertad gloriosamente, sin tener que derramar sangre humana... Sabio Néstor, a quien veo en la asamblea: no ignoráis cuán funesta es la guerra a los mismos que la emprenden asistidos de la justicia bajo la protección de los dioses; porque la guerra es el peor mal que puede sobrevenir a los hombres. Nunca podréis olvidar cuánto sufrieron por espacio de diez años los griegos ante los muros de Troya. ¡Divisiones entre los jefes! ¡Destrozos de griegos por mano de Héctor! ¡Desgracias abundosas en las ciudades, durante la ausencia de sus reyes! A su vuelta naufragaron unos en el cabo de Cefarea y otros encontraron mísera muerte en el sero de sus mismas esposas. ¡Oh, dioses! Fué vuestro enojo quien armó a los griegos para aquellas luchas aciagas. Troya es un montón de cenizas; pero mejor les fuera a los que a tanta costa

la incendiaron, que conservase su esplendor y que el afeminado Paris gozase con Elena de sus infames amores. Filoctetes, por tanto tiempo abandonado en la isla de Lemnos, ¿no teméis nuevas desventuras después de esta campaña? No olvido que los pueblos de Laconia padecieron también los disturbios en la ausencia de sus reyes y soldados. ¡Oh, griegos, que vinisteis a Hesperia...! ¡Todos arribasteis a estas riberas de resultas de los infortunios causados por la guerra de Troya!

Después de hablar de esta manera, adelantóse hacia los pilios; y Néstor, que ya le había conocido, se adelantó para saludarle, diciendo:

—¡Vuelvo a veros con gusto, sabio Mentor! Muchos años hace que os vi por vez primera en la Fócida, cuando sólo teníais quince años, y desde entonces preví que seríais tan sabio como sois ahora. Pero, ¿a qué se debe que habéis llegado hasta aquí? ¿Cuáles son los medios para dar término a esta guerra? Idomeneo nos ha obligado a ella. Nosotros sólo deseábamos la paz, y aun tenemos interés urgente en tenerla; pero con él no era posible obtener seguridad alguna. Ha violado cuantas promesas ha hecho a sus inmediatos vecinos, y recelamos que ahora sólo desea la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa. Ha manifestado a los demás pueblos la ambición de reducirles a la servidumbre y ya sólo podremos tener seguridad destruyendo su reino. Su mala fe nos pone en este compromiso de aniquilarle o de sufrir el yugo de la es-

clavitud. Si tenéis algún recurso para que sea posible fiarse de él y asegurar la paz, todos los pueblos que aquí se han reunido depondrán las armas y confesaremos con satisfacción que nos aventajáis en sabiduría.

Mentor le contestó:

—Ya sabéis que Ulises puso a mi cuidado a su hijo Telémaco. Impaciente este joven por averiguar la suerte de su padre, pasó a veros a Pilos, donde le recibisteis con tanta afabilidad cual podía esperar de tan fiel amigo de su padre, y le disteis a vuestro propio hijo para que le acompañase. Desde entonces hizo largos viajes marinos; ha estado en Sicilia, Egipto, Chipre y Creta; y ahora que creía volver a su patria, los vientos y los dioses le han arrojado a esta costa. Y llegamos aquí bien a punto de evitar una guerra cruel. Ya no es Idomeneo, sino el hijo de Ulises y yo quien os prometen el cumplimiento de lo tratado.

Idomeneo y Telémaco hallábanse, con el ejército cretense, observando desde las murallas salentinas la conversación que Mentor sostenía con el venerable Néstor, procurando adivinar a lo menos cómo eran recibidas las ofertas de su embajador, ya que no podían oírles. Néstor era tenido como el más experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. El, en el sitio de Troya, templó la fogosidad y la saña de Aquiles, el orgullo de Agamenón, la fiereza y la valentía impetuosa de Diómedes. Como una fuente de miel, así co-

rría de sus labios la más dulce persuasión; su voz era escuchada por todos aquellos héroes, de modo que sólo él merecía los honores del silencio cuando hablaba; y él sabía ahuyentar siempre del campo la ferocidad de la discordia. Aun cuando ya sentía las injurias de la vejez, todavía sus palabras eran dulces y enérgicas; contaba los sucesos acontecidos para enseñanza de los jóvenes, y, si bien lentamente, lo hacía siempre con gracia.

Mas pareció que este venerable, ante Mentor, había perdido toda su elocuencia y majestad; su ancianidad era lánguida y abatida comparada con la de Mentor, cuyo vigor y temperamento habían conservado maravillosamente los dioses. Las palabras de Mentor, si bien graves y sencillas, tenían aquella soberanía y vigor que faltaba en Néstor; y así, sus discursos eran breves, precisos y enérgicos. Nunca repetía lo que había dicho, ni hablaba más de lo necesario sobre el asunto de que se trataba. Cuando se veía precisado a retornar a un asunto determinado para explicarlo o persuadirlo más, lo hacía siempre usando de sensibles parábolas, ungiendo con esto la conversación de cierta novedad sugestiva. Era complaciente y jovial cuando quería acomodarse a la capacidad ajena, con el fin de inculcar la razón de alguna verdad. Estos dos hombres tan venerables, dieron el más interesante espectáculo a aquellos dos pueblos.

Entretanto, la coalición de los enemigos de Salento se apretujaba en derredor suyo, con el fin

de verlos más de cerca y de poder oír sus sabios discursos; Idomeneo y los suyos se esforzaban en adivinar, con los ojos fijos ansiosamente en ellos, el significado de sus gestos y de las expresiones de sus semblantes.

FIN DEL TOMO I

NOMENCLATOR DEL TOMO PRIMERO

- ACESTES.** — Hijo de Criniso (río de Sicilia) y de Gesta, princesa troyana. Recibió en sus establos a Anquises y Eneas cuando iban a Italia (Virgilio, *Eneida*, lib. V).
- ADONIS.** — Hijo de Cinira, rey de Cipro, y de Myrra. Era un joven muy hermoso y muy amado de Venus. Fué muerto por un jabalí, y como la diosa no acertase a devolverle la vida le convirtió en anémona.
- AGAMENÓN.** — Rey de Micenas, general de los griegos en el sitio de Troya.
- ANFITRITES.** — Hija del Océano y de Doris, mujer de Neptuno, la diosa del mar.
- APOLO.** — Hijo de Júpiter y de Latona, inventor de la medicina, de la lira, de la poesía y del arte de adivinar. Es el príncipe de las musas.
- ARGONAUTAS.** — Héroes griegos que fueron a la Cólquida con Jasón para apoderarse del *vellocillo de oro*. Su nave fué construída por Palas en Tesalia; se llamó Argos.
- AQUILES.** — Hijo de Peleo, rey de Tesalia, y Tésis, hija de Nereo. Fué muerto por París, hermano de Héctor, en el templo de Apolo cuando se celebraban sus nupcias con Polixena, hija de Príamo.
- ASTREA.** — Diosa de la justicia, que pudo reinar entre los hombres en la Edad de Oro (tiempos de Saturno), traída al mundo por Jano. Era hija de Júpiter y de Temis. Cuando, terminada la Edad de Oro, subió al Olimpo, los hombres volvieron a sus corrupciones.
- AYAX.** — Hijo de Oileo, rey de los locreses. Deshonró a Casandra en el templo de Palas, después de la toma de Troya. En castigo fué herido de un rayo.
- BACANTES.** — Mujeres que sacrificaban a Baco en el monte Cite-reón, cerca de Tebas, u otros montes de la Tracia. Usaban unos bastones cubiertos de hiedra, llamados *tirsos*, y eran poseídas de un furor divino.

- BACO.** — Hijo de Júpiter y Semele, inventor del vino. Le inmolaron asnos y machos cabrios para significar que los excesos de las libaciones hacen a los hombres estúpidos y lujuriosos.
- BÉTICA.** — Parte meridional de España.
- BRINDES.** — Brindisi (Italia).
- BRUCIOS** (Pueblo de los). — Habitaban la Calabria Ulterior (Italia), en la desembocadura del río Metauro.
- CAFAREA.** — Cabo occidental de la isla del Negroponto.
- CALIPSO.** — Hija del Atlas y de Tefis, reina de Ogigia, donde abordó Ulises.
- CARTAGO.** — En la costa de Africa, émula de Roma, fundada por Dido. Fué asolada por Escipión el Africano.
- CERBERO.** — Perro de tres cabezas, que guarda la entrada del infierno; fué encantado por el dulce son de la lira de Orfeo, con lo cual suspendiéronse los tormentos de Ixión y de las Danaides.
- CESTO** (Combate del). — En que los atletas armaban sus manos con unas manoplas de baqueta guarnecida de plomo, llamadas *cestos*.
- CIPRE.** En el Mediterráneo. Isla consagrada a Venus.
- CIRCE** (Isla de). — Monte cercano a Formisas. Homero la llama «Isla» porque el mar y el pantano que lo rodean le dan la semejanza de una isla. Allí los compañeros de Ulises fueron convertidos en cerdos (*Odis.*, lib. XII).
- CITERES.** — Cerca de Cancia, donde aportó Venus en un bajel formado por una concha marina.
- COLUMNAS DE HÉRCULES.** — Los promontorios de Calpe (Gibraltar) y Abila (Ceuta), en el estrecho de Gibraltar, límite de los viajes de Hércules.
- CRETA** (Candia). — Isla del Mediterráneo, célebre por sus vinos y por sus cien ciudades.
- DANAIDES.** — Así se llamaban las 50 hijas de Danao, rey de Argos, casadas con tantos otros hijos del Egipto, sus primos, a quienes mataron la misma noche de sus bodas, excepto Hipermnestra, que perdonó al suyo, llamado Linceo. En castigo se afanan en el infierno llenando de agua unos cubos sin suelo.
- DIADEMA.** — Cintilla de tejido de oro con que los reyes ceñían su frente.
- DIDO.** — Hija de Belo, rey de Tiro y de Sidona. Pigmalión dió muerte a su marido Siqueo, para apoderarse de sus riquezas.
- DIÓMEDES.** — Rey de la Etolia, hijo de Tídeo. Se distinguió en el asedio de Troya y fué uno de los que se llevaron el Paladión.
- DISCORDIA.** — La diosa que echó una manzana de oro en medio de los convidados a las bodas de Peleo y Tedis; esta manzana llevaba una inscripción según la cual debía ser adjudicada a la más hermosa de las concurrentes. Disputáronse la Juno, Palas

y Venus, siendo juez Paris. Seducido éste por los atractivos de Venus, se decidió por su favor, acarreado las venganzas de las otras dos.

- EGIDA.** — Nombre griego que significa *cabra*. Fué primitivamente un arma defensiva, consistente en una piel de cabra con que se envolvía el brazo derecho o se escudaba el pecho. Minerva le añadió la cabeza de Medusa, y más tarde se la adornó con escamas de oro o plata. También recubría a veces el escudo campal. Algunos poetas clásicos atribuyen exclusivamente su uso a Júpiter y a Minerva.
- ELÍSEOS (Los Campos).** — La morada de los bienaventurados (libro IV de la *Eneida*).
- ELOPONESO (Morea).** — Parte meridional de Grecia, unida a ésta por el istmo de Corinto. Báñanla las aguas del golfo de Lepanto, el mar de Grecia y el mar del Archipiélago.
- EOLO.** — Hijo de Júpiter y Acesta, hija de Hipotas. Era de Troya y fué dios de los vientos, porque supo pronosticar de ellos según las estaciones.
- ERICE.** — Monte donde estaba situado el sepulcro de Anquises; allí le sepultaron Acestes y Eneas.
- ESTIGIA (Fuente de la).** — Situada en la falda del monte Nonacris; sus aguas eran tan frías que daban la muerte al desventurado que las bebía. Los poetas clásicos dan también este nombre (y es el sentido aludido en el texto) a una laguna del infierno, por la cual juran los dioses, y es tanto el respeto que éstos la tienen, que nunca quebrantarían tales juramentos.
- EUROPA.** — Hija de Agenor, rey de los fenicios, y hermana de Camo. Júpiter la transformó en toro.
- FEACIOS (Isla de los).** — Corcira (Corfú), frente al Epiro.
- FILCTETES.** — Amigo y compañero de Hércules, a quien hizo jurar que no descubriría a nadie su sepulcro y a quien regaló sus flechas teñidas en sangre de Hidra. Mucho le valieron éstas en el sitio de Troya. Fundó Petilia.
- FOCIDA.** — País del Acaya, en Grecia.
- GADIR, o Cades.** — Junto a Cádiz, fundada por los tirios y una de sus más ricas colonias.
- GRACIS (Las).** — Llamadas también Carites. Fueron hijas de Venu⁸ y acompañaban siempre a la diosa.
- HÉRCULES.** — Hijo de Júpiter y de Alcmena, mujer de Anfitrión. Aborrecido de Juno, fué expuesto a los monstruos; pero Hércules supo vencerles.
- HESPERIA.** — Italia fué llamada así por los griegos (según Fenelón), por estar al poniente respecto a ellos. Fenelón la sitúa en Italia.
- HIMERA (Ciudad de).** — En Sicilia. Floreció por espacio de ciento

cuarenta años, siendo destruída por los cartagineses al mando de Aníbal cuatrocientos años antes de Jesucristo.

IXIÓN. — Hijo de Flegias, rey de Tesalia. Para castigar su violento amor a Juno, Júpiter dió a una nube la figura de ésta, y habiéndola abrazado furiosamente, fué padre de los centauros; luego fué precipitado en el infierno, donde da incesantes vueltas a una rueda.

LACONIA. — Provincia de Peloponeso.

LEMNOS. — Isla del mar Egeo.

LESTRIGONES. — Gigantes antropófagos oriundos de Sicilia, que habitaban la ciudad de Lamos o Formias (Campania). Bajo su imperio cayeron los compañeros de Ulises, siendo devorados y destruída su armada, con excepción del navío en que Ulises navegaba.

LETEO (Río). — Su voz, griega, significa *olvido*, porque sus aguas quitan el recuerdo del pasado.

LINO. — Hijo de Apolo y Tersícore, maestro de Orfeo en el arte de la música. También fué maestro de Hércules y, como se burlase de éste viendo lo mal que tocaba, este héroe con la misma lira le abrió la cabeza.

LOCRENSES (Pueblo de los). — Habitaban ambas vertientes del monte Parnaso, en la Fócida.

MANDURIENSES. — Pueblos que sitúa el autor en Las Pullas (Italia); nombrados así por vivir junto al lago Andario, cuyas aguas saladas nunca menguaban ni crecían (la referencia es de Plinio).

MENELAO. — Hijo de Atreo y Europa, casado con Elena, hija de Júpiter y Leda, cuyo rapto fué causa de la guerra de Troya.

MENTOR. — Uno de los amigos de Homero. Este, agradecido, le colocó en la *Odisea* por haberle recibido en Itaca en su propia casa a su vuelta de Iberia. Homero hace a Mentor el más amigo de Ulises. La misma ficción continúa en Telémaco, y como esta obra de Fenelón está destinada al duque de Borgoña, dice que Mentor era Minerva, con el fin de dar los mayores prestigios a sus consejos.

MERCURIO. — Hijo de Júpiter y de Maia, hija del Atlas; era el intérprete y el mensajero de los dioses. Dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

MESAPIA. — Comarca italiana correspondiente a la actual Calabria.

METAPONTO. — El golfo de Tarento.

MINOS. — Hijo de Júpiter y Europa, rey de Creta; como fué tan justo, le eligió Plutón para que fuese juez de los infiernos.

NARCISO. — Hijo de Cefiso y Liriopa; joven hermosísimo, despreció a Eco y demás ninfas que se habían prendado de él. Pasaba su vida contemplando su hermosura retratada en las lim-

pias aguas de una fuente. Consumido por la melancolía, fué convertido en la flor de su nombre.

NERITA (Nardo). — Pequeña villa de Calabria (Italia).

NÉSTOR. — Hijo de Neleo y Cloris; uno de los reyes que sitiaron a Troya; llevaba bajo su mando una armada de 90 navios.

NINFAS de la isla de Naxos, mar Egeo. Habiendo criado a Baco, fueron convertidas en estrellas (las *Iliadas*) por el cuidado que tuvieron del hijo de Júpiter y Semele.

OGIGIA. — La isla de Calipso, llamada también Gaulos, situada un poco más allá de Méliu (Malta).

ORFEO. — Hijo de Apolo y Caliope, una de las musas. Sobresalió en el manejo de la lira; sus sonatas eran tan dulces que amansaban a las fieras.

ORO (Edad de). — Se atribuye al reinado de Saturno, porque en este tiempo trajo Jano al mundo la felicidad; la tierra producía sin cultivo toda suerte de bienes, y Astrea pudo establecer su tribunal; todos los hombres vivían en común en una amistad perfecta.

PENÉLOPE. — Mujer de Ulises, cuya rara hermosura había atraído a su corte a muchos príncipes que, creyendo muerto a Ulises, luchaban por casarse con ella.

PENNATES (Dioses). — Llamados también *lares* y *domésticos*. Eran honrados como los protectores del hogar doméstico y les ofrecían vino e incienso en sacrificio.

PETILIA. — Fundada por Filoctetes, en Italia (corresponde a la Toscana).

POLIFEMO (Cueva de). — En ella se hallaron encerrados Ulises y sus compañeros, donde cegaron el ojo al gigante Polifemo, después de haberle embriagado, saliendo de ella atados bajo los corderos de los rebaños del Cíclope. Se la sitúa en Sicilia (*Odissea*, lib. IX).

SALENTO. — Otranto; en las Pullas (Nápoles).

SCILLA ET CARIBDIS. — Dos peñascos que abren el estrecho de Sicilia por la parte del Peloro (Faro). Allí también perdió Ulises algunos de sus compañeros.

SEMELE. — Hija de Cadmo, rey de Tebas, esposa de Júpiter y madre de Baco.

SÍQUEO. — Marido de Dido. Pigmalión le hizo morir, a fin de apoderarse de sus riquezas.

SÍSIFO. — Hijo de Eolo. Ejerciendo el oficio de ladrón en el Atica, recibió la muerte de manos de Teseo. Ahora, en los infiernos, sube una piedra hasta la cumbre, de donde vuelve a caer sin cesar.

TÁNTALO. — Hijo de Júpiter y de la ninfa Flora, dispuso un banquete para tentar la divinidad de los dioses, presentándoles en

vianda los miembros de su hijo Pélops. Júpiter conoció el delito y con un rayo de su cólera le precipitó en el infierno, donde padece hambre y sed eternas.

TARENTO. — Otranto, Italia.

TÁRTARO. — Voz griega que significa *perturbar* y también *temblar*. Lugares infernales donde los reos son atormentados.

TESEO. — Hijo de Egeo, rey de Atenas. Bajó a los infiernos con el fin de raptar a Proserpina; pero fué encadenado por orden de Plutón, siendo libertado más tarde por Hércules.

TICIO. — Hijo de Júpiter y Elara. Como solicitase a Latona, con singular osadía, Apolo le mató a flechazos. Precipitado en los infiernos, un bultre le roe sin cesar el corazón.

TIRSOS. — Los bastones cubiertos de hiedra que usaban las bacantes.

ULISES. — Hijo de Laerto y Anticlea, rey de Itaca. Casó con Penélope, de quien tuvo a Telémaco. Después del sitio de Troya, anduvo errante durante diez años; y durante esta odisea una borrasca le arrojó sobre las costas de la Isla de Calipso, llamada Ogigia, donde estuvo retenido durante siete años, por Calipso, que quería hacerle esposo suyo; una orden superior precisó a Calipso la orden de dejarle en libertad. Calipso, no pudiéndose consolar sin su presencia, atribuyó la partida de Ulises a la envidia de los dioses (*Odís.*, lib. V).

ÍNDICE

Págs.

- LIBRO PRIMERO.** — Telémaco, conducido por Minerva, que ha tomado la figura de Mentor, es arrojado por un naufragio a la isla de Calipso. Esta diosa, inconsolable después de la partida de Ulises, acoge favorablemente al hijo del héroe, y concibiendo por él una violenta pasión, le ofrece la inmortalidad si permanece en la isla. Ruégale después que le cuente sus aventuras, y Telémaco le describe su viaje a Pilos y a Lacedemonia, su naufragio en las costas de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado a los manes de Anquises, el auxilio que Mentor y él dieron a Ancestes en una incursión de bárbaros y la generosidad con que este rey manifestó su reconocimiento, dándoles un navío fenicio para que pudiesen retornar a su país..... 11
- LIBRO II.** — Telémaco fué cogido por la armada de Sesostris en el navío sirio y llevado cautivo a Egipto; pinta la hermosura de aquel país y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo y enviado a Etiopía y que él mismo se vió reducido a guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló, enseñándole a que imitase a este dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta que, sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar y, persuadido de su inocencia, le prometió restituirle a Itaca; pero que la muerte del rey le volvió a sumergir en nuevas desgracias y que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los tirios..... 80
- LIBRO III.** — Telémaco cuenta cómo el sucesor de Boccoris devolvió todos los prisioneros tirios; que él fué conducido a Tiro en el navío de Narbal, de la armada

tiria, y la pintura que éste le hizo de Pigmalión, su rey, temible por su avaricia. Refiere también que Nabal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba a embarcarse en un navío de Chipre, para ir por esta isla a la de Itaca, cuando descubrió Pigmalión que era extranjero y quiso ponerle preso; que estuvo entonces a punto de perecer; pero que Astarbe le libertó, haciendo morir en su lugar a un joven cuyo desprecio le había irritado.....

52

LIBRO IV. — Calipso ruega a Telémaco que descansa. Repréndele Mentor a solas porque había hecho tan exacta narración de sus aventuras. Telémaco refiere que durante su navegación desde Tiro hasta Chipre tuvo un sueño en que vió a Venus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva; que después le pareció haber visto a Mentor que le exhortaba a que huyese de aquella isla; que, al despertar, halló que se había levantado una borrasca en que, sin duda, hubiera naufragado el navío si él mismo no hubiera tomado el timón, porque los chipriotas se habían embriagado de modo que no se hallaban en estado de dirigirle; que a su arribo a la isla vió con horror los ejemplos más contagiosos, pero que hallándose también en ella el sirio Hazael, de quien Mentor había venido a ser esclavo, le devolvió su sabio preceptor, y los embarcó en su navío para llevarlos a Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anftrite en su carro tirado de caballos marinos.....

75

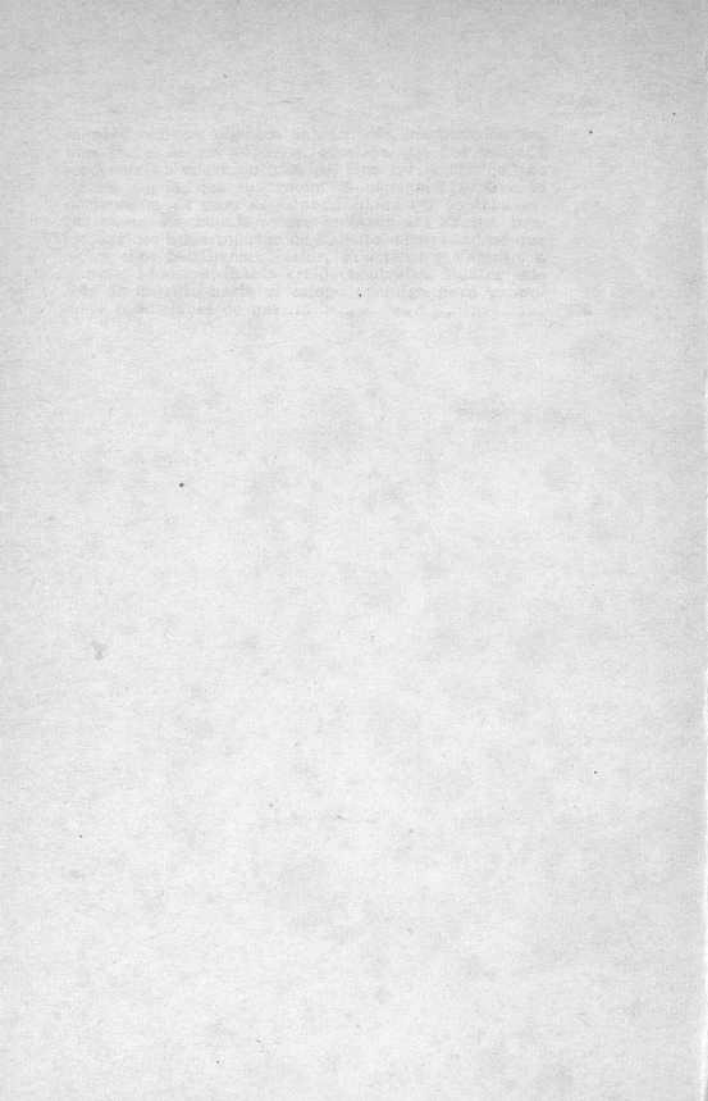
LIBRO V. — Cuando Telémaco llegó a Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, había sacrificado a su hijo único para cumplir un voto indiscreto; que los cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habían obligado al padre a que dejase el país y que, congregados para elegir otro rey, los cretenses le admitieron en aquella asamblea; ganó el premio en diferentes juegos; resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes y, vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo entero, le quisieron hacer rey.....

95

LIBRO VI. — Refiere Telémaco que rehusó la corona de Creta para poder volver a Itaca; que propuso elegir a Mentor, quien también la rehusó; instado Mentor por la asamblea para que, en nombre de la nación, eligiese el que le pareciera más digno, expuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual fué al instante proclamado rey; después se embarca-

- ron para Itaca; pero Neptuno, por complacer a Venus, irritada, les hizo padecer naufragio, por el que fueron a parar a la isla de Calipso..... 116
- LIBRO VII. — Admira Calipso las aventuras de Telémaco y quiere retenerle en su isla. Mentor sostiene a Telémaco contra los artificios de la diosa y contra Cupido, que Venus había conducido en su auxilio. Telémaco y la ninfa Eucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los celos de Calipso y después su enojo. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido a consolarla, y obliga a sus ninfas a que, mientras Mentor se llevaba a Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que a este fin había hecho. Alégrase Telémaco de verle arder y, conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar a nado otro navío que veía cerca de la costa..... 130
- LIBRO VIII. — El navío visto por Mentor era fenicio y su navarca un hermano de Narbal, llamado Adoam. Este les recibe amistosamente; reconoce a Telémaco y le refiere la muerte de Pigmalión y Astarbe y la elevación al trono de Baleazar. Mientras ofrenda Adoam una comida a Telémaco y a Mentor, rodean el navío las nereidas, los tritones y las demás divinidades del mar, atraídas por el dulce canto de Aquitoas. Toma Mentor una lira y aventaja al cantor. Adoam refiere la suavidad del aire y del país, la vida tranquila de sus habitantes y la sencillez de sus costumbres..... 156
- LIBRO IX. — Indignada Venus contra Telémaco, ruega a Júpiter que le pierda. Como los hados no lo permiten, concierta entonces con Neptuno el alejamiento del hijo de Ulises de Itaca, adonde era conducido por Adoam; a este fin, una engañosa divinidad hace entrar a toda vela al piloto Atamas en el puerto de Salento, tomado equivocadamente por el de Itaca. El rey Idomeneo recibe a Telémaco en su nueva ciudad cuando estaban preparando un sacrificio a Júpiter por la victoria obtenida contra los mandurienses. El sacerdote, después de consultar las entrañas de las víctimas, ofrece al rey los mejores augurios, diciendo que deberá a sus dos huéspedes la felicidad de que ha de gozar. 184
- LIBRO X. — Se manifiesta el motivo de la guerra contra los mandurienses. Idomeneo cuenta a Mentor cómo aquellos pueblos le cedieron la costa Hesperia donde han fundado la nueva ciudad; cómo, retirándose a los

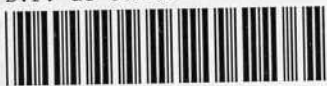
montes vecinos, algunos habían sido maltratados por una tropa de sus súbditos, cuestión que fué zanjada mediante un convenio pacífico. Una infracción de uno de los suyos, que ignoraban el convenio, motivó la declaración de guerra. Cuando Idomeneo contaba estas cosas, los mandurienses tomaron las armas, presentándose a las puertas de Salento, observándose que entre ellos hallábanse Néstor, Filoctetes y Falanto, a quienes Idomeneo había creído neutrales. Mentor sale solo de Salento hacia el campo enemigo para proponerle condiciones de paz.....







B.P. de Soria



61177903

DR 5824

D

58

FENELON
—
AVENTURAS
DE
TELEMACO

I

DR
5824